



CON C DE
CRETINO

Liah S. Queipo

CON C DE CRETINO

LIAH S. QUEIPO

Primera edición:

Abril 2017

© Liah S. Queipo, 2017

Todos los derechos reservados.

Registro de la Propiedad Intelectual.

Barcelona, Abril 2017.

Quedan estrictamente reservados todos los derechos y rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento.

ÍNDICE

[PRÓLOGO](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[CAPÍTULO 28](#)

[CAPÍTULO 29](#)

[CAPÍTULO 30](#)

EPÍLOGO

AGRADECIMIENTOS

Para Batman y Deadpool,
mis superhéroes favoritos.

PRÓLOGO

¿Queréis que os dé un consejo? Id siempre con la verdad por delante; aunque duela, decidla. Yo siempre lo hago y, por ahora, me va bien. Normalmente no me creen, pero ese ya es su jodido problema.

Las mujeres, y sí, voy a generalizar, tan solo escuchan lo que quieren oír. Les dices que solo quieres un polvo y ellas, aceptan gustosas mientras que su pequeña y retorcida mente imagina que no has querido decir eso realmente y que, en realidad, quieres casarte con ellas. No, queridas. Solo os quiero para un rato. ¿Tan difícil os resulta aceptarlo?

No te esfuerces, no intentes ser la mejor novia del mundo; solo me interesa pasar un buen rato. Uno en el que los dos gocemos y se acabó. Después, dejarás de interesarme. No es por ti. No es que seas mala, ni fea, ni nada por el estilo; directamente, ya no tengo interés en repetir. Podemos disfrutar de dos polvos en una noche pero mañana no esperes que te llame, porque no lo haré.

Si quieres que duerma contigo en plan “cucharita”, o esperas que te prepare el desayuno, lo llevas mal; mal no, fatal. Yo no duermo con nadie, es más, me molesta hacerlo. No te voy a regalar bombones, ni pienso arrastrarme en busca de tu cariño. Si me quieres, tómame, pero tengo fecha de caducidad, como todo lo bueno en esta vida.

Si seguís mi consejo os irá bien. Quizás os insulten, tal vez os odien; pero seréis felices.

El problema aparece cuando te mientes a ti mismo, cuando llega un punto en el que no sabes cómo ni por qué, pero lo que empezó como un juego se convierte en una obsesión. Cuando tienes ganas de dormir con esa persona, cuando no te corresponde, cuando está prohibida, para eso...

Para eso no tengo putos consejos.

James Cooper.

CAPÍTULO 1

La cruda realidad.

*Háblame de la diosa,
la mujer que te partió el corazón.*

Fíjate en tu hermano, él lo hace todo bien.
Deberías aprender de él.

El sonido replicante de la cucharita girando en el interior de la taza me devuelve a la puta realidad. Mi madre está frente a mí, con la mirada perdida en el gran ventanal del salón. Sus labios permanecen ligeramente fruncidos e incluso, juraría que un tímido suspiro ha salido de

su boca.

Está feliz. ¿Cómo no va a estarlo? Ryan va a presentarnos oficialmente a su novia; su hijo, el responsable, el perfecto. A mi madre le importa tres pimientos que la novia en cuestión sea la culpable de mis dolores de cabeza. No me escucha, nunca lo ha hecho. Yo siempre he estado un paso por detrás de Ryan y allí seguiré siempre.

El pomo de la puerta gira y con él, mi madre se pone en pie. Se apresura a recomponerse el vestido, inquieta porque ninguna arruga estropee la primera impresión que vaya a llevarse de ella su querida y recién estrenada nuera. ¡Puto asco! Escucho la voz de mi hermano, risueña, mientras le pide a Laura que no se ponga nerviosa.

Sus cuerpos se adentran en el salón, pero no me levanto. ¿Para qué esforzarme en parecer

una persona educada cuando no me apetece serlo? Me quedo allí, sentado en mi sillón favorito, mientras que todos los que están a mi alrededor sonrían. Hasta mi perro mueve la cola. Sucio traidor.

Laura entra con su melena dorada repleta de rizos, sonriendo como si este fuera el día más bonito de toda su vida. Sus ojos verdes me encuentran. Percibo la indiferencia en ellos, como si yo no fuera más que el reflejo de mi hermano en un espejo, como si yo no le hubiera regalado mis más preciados *te quiero*. La odio. Sí, joder, lo hago. ¿Por qué el mundo está tan jodidamente enfermo? No lo entiendo. Hay miles de hombres en el mundo y ella ha tenido que escoger a mi hermano. Mi hermano gemelo. Ryan, el bueno, el que sonrío desde la puerta como si nunca hubiera

roto un plato.

—Vamos, James, no seas maleducado. Preséntate —suelta mi madre entre sonrisas, como si estuviera bromeando. Es toda una experta en quedar bien siempre—. No se lo tengas en cuenta, querida, él es así, un poco independiente.

Laura sonrío ante el comentario de mi madre. Siento tanto asco, tanto, que me prometo que nunca más volveré a sentir nada por nadie. El amor es peor que cualquier veneno. El amor les da a los demás el poder para destruirnos, para machacarnos con una simple y llana sonrisa.

Me pongo en pie y me importa una mierda si mi ropa está arrugada o no. Sonrío de lado; ella siempre me decía lo mucho que le gustaba que sonriera así.

—Te llamabas Lorena, ¿verdad?

—Laura —corrige con la frente arrugada. Aprecio la sorpresa en su mirada, como si el podio de ego en el que estaba subida se estuviera tambaleando.

—Encantado —contesto, disfrutando del daño que puede llegar a hacer la indiferencia.

Por un momento, me planteo darle la mano o darle los dos besos más fríos que mi boca haya podido regalar, pero algo cambia en mi interior. Escucho una especie de chasquido en mi cabeza que me hace ver el mundo de un modo distinto.

Me acerco a ella, le paso la mano por la cintura y la beso con pasión; no en la boca... no estoy tan loco. Lo hago en la mejilla, dejando que mis labios marquen el territorio. La beso con uno de esos besos que dicen claramente «fóllame». Porque esos besos existen, son de los que lo piden

a gritos.

Su cuerpo se remueve ligeramente. Ryan se aclara la garganta y yo me aparto. Miro a mi hermano, Don Perfecto. Él lo sabía. Sabía que yo la quería, sabía lo que sentía por ella y a pesar de todo, ahí está. Cogido de su mano, en nuestra casa, sonriendo como un auténtico estúpido.

—Estaría encantado de quedarme aquí con vosotros jugando a las tacitas de té, pero tengo otros planes.

Mi madre parlotea sin parar, explicándole a Laura cada detalle del salón. Incluso, le cuenta dónde guarda la cubertería, esa que solo usamos para las fiestas de navidad. Ruedo los ojos mientras me dirijo hacia el mueble del recibidor a por mis llaves. Ryan me sujeta del brazo. Sus

dedos se aferran a mi piel con fuerza y le miro por encima del hombro.

—¿A qué juegas? —dice entre dientes, manteniendo la compostura. Así es él: El hermano bueno y amable, el que tira la piedra y esconde la mano... El que siempre queda bien. A mí me gusta más ir de frente.

—¿Yo? Ah, que soy yo el que juego. Lo que uno tiene que oír...

—La quiero, ¿entiendes?

Le miro a los ojos y siento pena por este pobre infeliz. Está tan acostumbrado a conseguir todo lo que se propone que no sabe lo que significa querer. Asiento en su dirección y deseo por un momento que tenga razón, que Laura no sea otro de sus caprichos. La gente caprichosa tiene un puto problema, se obsesiona con algo con tanto

ahínco que, una vez lo consiguen, este se disipa igual de rápido.

—Toda tuya. Espero que no te atragantes con mis babas —digo antes de cruzar la puerta.

Odio el mundo que nos rodea. Odio cómo la gente se regala, cómo pierden todos los valores que se supone que deberían tener... y me prometo que no dejaré que esto me vuelva a suceder. No amaré; no dejaré que el veneno me atrape y siempre iré con la verdad por delante.

No regalaré falsas promesas, nunca.

CAPÍTULO 2

Puro veneno.

*El amor es un veneno. Un veneno dulce,
sí,
pero un veneno que mata.*

G. R. Martin

La gente habla de la primavera como si esta fuera la mejor estación del año. Que si la primavera la sangre altera, que si la primavera es una época propensa al amor... Pues yo digo: ¡que le den a la primavera! Donde esté el verano, que se quite todo lo demás. El verano es la estación del año en la

que más relaciones se rompen, en la que más veneno hay en el amor, aquella en la que la gente tiene cortocircuitos en la cabeza y creen que follarse a siete es mejor que follarse siete veces a la misma. Después, cuando llega el invierno, se lamentan y se lamen las heridas mientras recuerdan lo bueno que fue su verano.

El sol amenaza con batir un récord y declarar este día como el más caluroso del año así pues, no me queda otra opción más que ir a la piscina, la misma a la que la gente se empeña en llamar playa.

Fran se encarga de pedir las bebidas, él y su barriga cervecera. No sé qué narices le ha pasado durante este último año, pero sus abdominales han pasado a convertirse en un único abdominal; de hecho, todavía se puede apreciar el

punto en el que antes había una “V” bien marcada.

—Mañana me apunto al gimnasio —comenta totalmente convencido mientras deja una cerveza bien fría en la mesa y unas aceitunas para acompañarla.

—Eso dijiste la semana pasada, cabrón —le recuerdo, antes de darle un sorbo a la cerveza que me ha pasado.

Un niño pasa por mi lado a toda prisa mientras que alguien le lanza globos de agua, uno de ellos con tanta puntería, que explota contra su cabeza y termina salpicándome también a mí.

—Contraataca, chaval —le digo, pero él, ajeno a mis palabras, sale corriendo llamando a su madre.

El niño llora desconsolado y se esconde entre los brazos de la mujer mientras esta mira a

los demás con un odio infernal.

—Hijos... ¿Te lo puedes creer? ¡Quería que tuviéramos hijos!

Miro a Fran y doy un largo trago a la cerveza, tengo que aprovechar ahora que está fresca porque con el calor que hace, en apenas dos minutos se convertirá en meado de burra.

Fran es mi mejor amigo desde que tengo uso de razón. Conoció a una chica perfecta para él, o eso era lo que pensábamos todos; todos menos él. El miedo a dar un paso más en la relación, sumado a la esencia propia del verano, hicieron que él se cagara por las patas abajo y la mandase a paseo.

—Podrías haberle dicho que más adelante —le sugiero, intentando no machacarle mucho con el tema—. Pero bueno, si tú estás seguro de tu

decisión, ya está bien.

—Está loca, tío. ¿Críos? Yo quiero vivir.

—Y apuntarte al gimnasio —añado entre risas para cambiar de tema.

Estoy cansado de dramas. Fran pasa la mano por su estómago asintiendo y después se lanza a por las aceitunas sin ningún miramiento. Se las come como si fueran pipas.

—¿A cuál vas tú?

—¿Yo? Esto es genética, chaval —digo, apretando el bíceps para que este se defina todavía más.

—Subnormal.

—Yo también te quiero, tío, pero quiero tener hijos, no me interesas.

Me manda a la mierda, pero su enfado solo dura medio segundo. Se incorpora y mete barriga

en un santiamén, lo que solo puede significar que hay alguna chica cerca. Termino mi cerveza de un trago y me giro sin disimulo. He aprendido que el descaro les gusta a las mujeres. Los tímidos están desfasados.

En la barra veo a dos chicas, una morena y una rubia. Ambas nos miran con fingido disimulo y ríen entre sí. Siento una extraña atracción por la rubia, quizá sea algo enfermizo, pero me recuerda a Laura y siento la necesidad de conquistarla. Me levanto, guiado por un impulso primitivo que nace en mi interior y voy hasta donde están ellas. El nerviosismo aumenta a medida que me acerco.

—¿Querías decirme algo? —le pregunto, mirándola directamente a los ojos.

Son marrones, con unas diminutas motitas de color miel. Son grandes, bonitos y cargados de

unas pestañas extra largas. Parpadea nerviosa al tiempo que se muerde el labio inferior.

—¿Perdón?

La timidez toma sus mejillas, adornándolas con un tono rosado. Puede parecer adorable, pero yo no quiero ser adorable con ella, en absoluto.

—He visto que me mirabas y me preguntaba si querías decirme algo. No sé... Algo como si tengo planes para esta noche. La respuesta es no, no tengo nada que hacer.

Sus ojos se abren como platos y su amiga parece no poder cerrar la boca. Traga saliva antes de humedecerse el labio inferior. No sabe qué decir, quizá no esté acostumbrada a que alguien sin camiseta la invite a salir de un modo tan atrevido.

—Yo... no sé qué decir.

—Fácil, solo tienes que decirme una hora y

un lugar.

Fran aparece a mis espaldas con una sonrisa forzada que estoy seguro de que ha estado ensayando frente al espejo. Dos años y medio fuera del mercado le han dejado medio oxidado.

—Hola, soy Fran.

Solo le falta la coetilla de “Feliz Navidad”. La morena le sonríe dejando la timidez para su amiga. Se presenta. Habla mucho y lo hace deprisa, en un tono de voz de esos que se te quedan timbrando en la cabeza. Parecen conectar, eso est a bien para ellos, pero yo continúo con la mirada puesta en mi presa.

—Qu e bien, podríamos quedar los cuatro si quer is.

Error. La chica rubia se est a llevando una impresión que no es la que me interesa. No pienses

en rosas y bombones, no pienses en rosas y bombones, me repito mentalmente. Me apoyo en la barra del bar, justo a su lado.

—¿Quieres que follemos los cuatro esta noche? Porque eso era lo que pensaba hacerte, follarte.

La timidez la desborda. Sus ojos me miran como si alguien la hubiera apuñalado; parece no reaccionar. Me mira de arriba abajo sin saber qué decir. Quizá deba mostrar mi descaro en su justa medida, pero solo estoy siendo sincero, no quiero andarme a medias tintas, ni ser un ilusionista. Las falsas esperanzas se las dejo a los niños, yo soy claro como el agua. Lo quieres, lo tienes y si no, a otra cosa.

—Yo...

No sé qué decir. Su mente todavía danza

con la estúpida idea de que yo seré el hombre de su vida, que seré ese tipo al que después, podrá cambiar por otro que le interese más. ¡Y una mierda!

—Piénsatelo: tú, yo y una bonita noche de verano.

Sus pestañas parpadean más rápido de lo normal. Mira a su amiga, que se mantiene ajena a nuestra conversación. Fran parece estar bromeando sobre su nueva barriga y, joder, creo que le está contando a la morena que su ex quería tener hijos. No, tío, no. Así no.

—Está bien —afirma la rubia con un hilo de voz—. ¿Cómo te llamas?

Sonrío. ¿Cambiará algo saber mi nombre? ¿Se sentirá menos sucia? ¿Menos fresca?

—Mi nombre es James.

—Yo soy Raquel. No eres de aquí, ¿verdad?

Todos me hacen la misma pregunta. Si tienes nombre extranjero, dan por hecho que vienes de fuera. Estamos en el siglo XXI, los nombres evolucionan y las mentes se van abriendo pero, incluso así, le explico mi historia resumiéndola en dos sencillas frases.

—Mi padre es americano, pero mi madre es española. Yo soy español.

—Las mujeres españolas sabemos conquistar muy bien.

Una patada en el estómago. Esta afirmación me sienta como una puñetera patada en el estómago. Ya están aquí las estúpidas fantasías de las mujeres en las que se creen las conquistadoras del mundo, aquellas en las que, a pesar de dejarles

claro que solo quieres sexo, ellas insisten en pensar que son el ombligo del mundo.

Sonrío. No pondré en duda sus dotes de seducción, pero yo no quiero amor en mi vida. Solo sexo. Cuatro letras y un orgasmo bien largo. Fin.

Las horas pasan y el sol se esconde para dar paso a la noche. Es calurosa, pero la luna llena la convertirá en una noche mágica.

La chica rubia del bar, esa cuyo nombre no recuerdo, está esperándome en la parada del autobús, tal y como hemos quedado. Lleva un vestido negro ceñido y el pelo recogido en una coleta alta. Qué cosas tiene la vida, en ocasiones resulta más sexy ver a alguien vestido que desnudo.

Detengo mi coche a su lado y veo cómo sus ojos se emocionan al ver el Mercedes de color negro. La humanidad está contaminada con el materialismo.

CAPÍTULO 3

Laura.

*No puedo volver al ayer.
Porque ya soy una persona diferente.*

Lewis Carroll

Laura está sentada frente a mí. Tiene la mirada perdida en algún punto de la mesa. No digo nada, ella ha sido la que me ha llamado, pues que hable.

—Si hemos venido a contemplar el paisaje, me voy —anuncio, cansado del silencio.

—No —comenta con desesperación—, te echo de menos, ¿sabes?

En otro momento de mi vida, esas palabras me habrían destrozado, pero hoy no. No me echa de menos, se está engañando. Se siente sola, mi hermano la ha dejado y se siente sola.

—¿Y qué quieres que haga? ¿Te doy un premio? —pregunto sin ninguna cortesía. ¿Por qué debería de ser amable? Ella no lo fue conmigo.

Me dejó tirado por mi hermano; si ahora está sola, es su problema.

—Todavía te quiero —murmura con los ojos anegados en lágrimas.

¡Falsa! ¿Ahora lloras? ¿Ahora te importo? Menuda estafa de mujer.

—No, no te engañes. No soy la misma persona. He cambiado. Ya no soy el mismo gilipollas que se enamoró de ti.

—No me hagas esto —me ruega mientras

su mano busca la mía. Me desprendo de su agarre, no quiero que me toque. La miro y no veo nada. Ya no me gusta, ahora solo me provoca asco. Es lo que tiene la traición, te rompe algo en la cabeza o quizá, simplemente lo coloca en su sitio, pero ya no la veo igual. Ahora solo me provoca asco y dolor, a partes iguales.

No digo nada, aunque mi boca esté cargada de palabras de desprecio pero, por el amor que sentí por ella en su día, no se las diré. Miro hacia otro lado, hacia otra mesa, una que hay en la esquina, justo donde está la entrada. Hay una chica morena que me sonrío.

Me encantan las mujeres así, las que te sonrían sin vergüenza. Aquellas a las que les importa una mierda que tengas otra tía delante.

Me levanto, dejo a Laura sentada y me

dirijo hacia su mesa.

—¿Puedo sentarme contigo? —pregunto y ella asiente divertida—. Me llamo James y tú, encanto, ¿cómo te llamas?

—Mavi.

Sé que su nombre no se me olvidará, pues acaba de salvarme el culo. Sus ojos están maquillados con sombras oscuras y tiene un *piercing* debajo del labio.

Llama la atención, quizá sea por su sonrisa de niña mala o tal vez por su descaro, pero Laura nos mira atónita.

—¿Es tu novia? —pregunta Mavi, mirándola de reojo.

—¿Acaso importa quién es?

Niega enseguida, así me gusta. No quiero que las mujeres se metan en mi vida.

—Bien, Mavi. Entonces, dime, ¿qué tienes pensado hacer hoy?

Sus dientes atrapan su labio inferior y parece que intente contener sus palabras. Quizá tiene miedo a sonar descarada, pero yo se lo quitaré todo, incluso el miedo.

—Había quedado con un chico que he conocido por internet.

Había, lo ha usado en pasado y en este momento, me parece un plan divertido. Miro hacia la puerta esperando encontrar tras ella al tipo en cuestión y justo en ese instante, entra un chico. No es feo, pero tampoco es guapo. Lleva una camiseta negra con unas letras estampadas en el centro, tejanos rotos y unas botas negras. Tiene estilo, aunque no como el mío, evidentemente.

—¿Es ese? —pregunto flojito. Asiente.

Me levanto y voy hacia él. En ocasiones sé que puedo resultar muy pedante, pero hoy tengo un mal día. No me gusta que me lloren, no me gusta que me hagan sentir un segundo plato.

—Hola, tío. Perdona, sé que habías quedado con Mavi, la chica morena de ojos bonitos, pero la he visto y no he podido resistirme.

Me mira mal y no sé si quiere pegarme o quizás, huir a su casa. Lo siento, no parece un mal tío, pero no soy una puta ONG. Hoy no.

Se da media vuelta y se va. ¿En serio? ¿Dónde tiene la sangre este hombre? Yo quería un poco de acción, una pelea, sacar adrenalina, que me rompieran la boca, pero nada. Tendré que buscar otra forma de descargar energías.

Miro a Mavi, parece contenta con mi carácter de macho alfa. Mierda, no le he dejado

nada claro.

—Mavi, cielo, antes de continuar con esto, quiero comentarte que yo no me enamoro.

—Corta el rollo —dice de forma tajante. Mis cejas se alzan ante la respuesta—, no espero enamorarme. Estoy aquí para pasar un buen rato. ¿Qué? Las mujeres también queremos pasar un buen rato, ¿o te piensas que todas quieren casarse y tener hijos contigo? Despierta, guapo, despierta.

Podría sentirme ofendido, tal vez dolido, pero no lo hago. Bien, esto lo hará todo más fácil.

—Perfecto, entonces solo me queda añadir una cosa: ¿En tu casa o en la mía?

CAPÍTULO 4

Mavi bajo las sábanas.

Ven a mi cama y te contaré una maravillosa historia bajo las sábanas.

Si tuviera que denominar a alguien *mi binomio*, sería a ella. Es una cretina. Con todas las letras. No le importa el amor, ni que le prometa nada, sino que se la meta.

Joder, sé que muchos pensaréis: pues es una fresca. Pero yo solo puedo decir: ¡Que vivan las frescas!

¿Por qué si lo hago yo está bien y si lo

hace una mujer está mal? Bueno, vale que lo que yo hago tampoco está bien... ¡Y una mierda! Eso solo lo piensa la gente de mente cerrada. Si no engañas, si no dices cosas que no vas a hacer... solo se trata de disfrutar de la vida y de nuestros cuerpos. ¿Qué hay de malo? Nada.

Entramos en un hotel. Según ella, las direcciones son demasiado personales para tratarse solo de sexo. Ella mantiene la teoría de que la cama en la que uno duerme es sagrada; realmente es una buena teoría, pero a mí me gusta follar mucho y los hoteles son caros.

Entra en la habitación y me doy cuenta de que todavía no me ha besado, quizá lo de no besar en los labios sea otra de sus normas. Pero esta norma me fastidia un poco, a mí me encanta

besar...

Camina con pasos firmes y se deshace de la gabardina que lleva puesta, una negra de tres cuartos que realza su figura. Sin embargo, lo que realmente realza es la ropa interior que lleva debajo.

¿No lleva nada más?

Bajo la chaqueta solo distingo un sujetador de encaje, un tanga y unas medias —también de encaje—, enganchadas a unos preciosos ligeros de color negro.

—Ibas bien preparada para tu cita, sí señor.

No contesta, simplemente me mira y sonrío. No es una sonrisa tímida ni agradable, es de las que prometen sexo y del bueno.

—Te sobra ropa.

Lo dice en tono ronco, sexy, mirándome a los ojos. No lo pide, me lo exige, y yo obedezco encantado. Me deshago de mi ropa mirándola también a los ojos.

Me contempla de arriba abajo, evaluándome, y siento la necesidad de terminar con toda esa chulería que desprende. Así pues, voy hasta ella humedeciendo mis labios.

¿Vas a hacer algo más que dar órdenes?

Sonríe ante mi pregunta. Se acerca hasta mí y se aferra a mi sexo sin pudor, sin miedo, sabiendo cómo tiene que hacerlo.

—¿Estás preparado?

—Siempre.

Aparta su mano del agarre que ha protagonizado, me lame un par de veces seguidas dejando que su mirada desafíe a la mía y después,

vuelve a tomar mi sexo. Lo acaricia con ganas, con ímpetu, demostrando la maestría que posee en este arte.

—La necesito bien dura —comenta juguetona.

¡Pero si me va a explotar!

Su mano sigue jugando de arriba abajo, de arriba abajo y simplemente, me dejo hacer.

Me empuja con suavidad y me dejo caer en un sillón que hay cerca de la cama. Sonríe y entonces saca un preservativo del sujetador. Mujer precavida, sí señor.

Me lo coloca con habilidad, se da media vuelta y se sienta sobre mí, dándome la espalda, dejando que mi única vista sea la de su nuca.

Se siente bien, pues no ha sido nada cautelosa en el momento de la penetración. Gime y

sé que no hay nada más sexy que el sonido de una mujer disfrutando.

Se mueve con ritmo. Sus caderas son perfectas, tienen carne a la que agarrarse. La ayudo en el movimiento e incluso, me animo y le doy una palmada en el trasero. Parece gustarle y ahora se mueve de forma distinta, dibujando un medio círculo invisible. Sin embargo, al cabo de unos minutos, frena y me mira con una expresión divertida.

—Vamos a jugar a una cosa... a ver quién aguanta más.

—¿Aguanta más? —pregunto desubicado.

—Sin correrse.

Al final, ha resultado ser una noche diferente y

después de esta, estoy seguro de que vendrán muchas más, pero con otras personas.

Porque los cretinos no repiten.

Eso sería demasiado personal.

CAPÍTULO 5

Destiñendo príncipes.

La vida no es el maravilloso cuento de hadas que yo creía... porque los príncipes azules también destiñen.

Megan Maxwell

El sonido de la puerta cerrándose de golpe me despierta. ¿Qué narices...? Cojo el teléfono móvil de la mesita de noche y miro la hora con un solo ojo. ¿Qué hace mi hermano a estas horas en casa? Ryan es, sin duda, el ser más metódico y

responsable que conozco. Alguna virtud debía de tener Don Perfecto. Son las nueve menos cinco de la mañana; que me maten, quiero dormir más.

Me doy media vuelta con la esperanza de cerrar los ojos y poder regresar a ese sueño tan placentero que estaba teniendo. Una chica de pelo castaño y ojos verdes que sabía hacer de todo con su lengua. Por desgracia, escuchar a mi hermano maldiciendo en el aire me pica demasiado la curiosidad y con ella, mi sueño se esfuma. Tal y como dicen... la curiosidad mató al gato.

Voy hasta el salón procurando que mis ojos no sufran demasiado por el exceso de luz cuando le veo quitarse los pantalones a toda prisa. Tienen una mancha considerable pero él no parece enfadado, es más, sonrío como un auténtico tonto.

—¿Quién es la dueña de esa sonrisa?

Sus ojos me buscan sobresaltados. No se había dado cuenta de mi presencia. Su frente se arruga ligeramente justo antes de cambiar su semblante por uno de pura indiferencia. Cree que me va a engañar con su espontaneo disimulo, pero no, eso solo hace que mi curiosidad se multiplique.

—Nadie. Me río de mí mismo... Estoy perdiendo facultades.

Miente. Lo hace, le conozco más que nadie en este mundo. Somos hermanos, hermanos gemelos.

Me apoyo en la mesa del salón, una redonda que no pega con nada. Realmente no tenemos ningún mueble combinado en esta mierda de piso que compartimos; de hecho, no sé ni por qué nos empeñamos en seguir viviendo juntos, no

nos soportamos, pero algo más allá de esto nos une. Es como una extraña combinación de amor-odio.

Ryan se apresura a entrar en su habitación, ordenada y pulcra, en la que almacena la ropa en el armario organizada siempre por colores. Puto maniático del control.

Le sigo con la mirada y veo que se pone unos pantalones muy similares a los que llevaba. No sé cómo no aborrece tener que ir siempre vestido con traje, con lo cómodos que son los tejanos. Lo peor de las personas controladoras y maniáticas es que siempre tienen puntos débiles.

Mientras mi hermano termina de cambiarse, abro la agenda que ha dejado sobre su mesa, esa donde escribe todo lo que hace. Allí está anotado el nombre de la cafetería donde

imagino que le han manchado el pantalón y de paso, la misma en la que le han regalado esa sonrisa.

Ryan se esfuma de mi vista sin apenas despedirse y yo me tiro de nuevo sobre la cama. La vida resulta mucho más fácil cuando los días empiezan a las once de la mañana. Me quedo mirando al techo y mi mente comienza a dar vueltas a cosas en las que no debería ni pensar, cosas que te quitan el sueño y yo quiero dormir, joder.

Desgraciado, me digo a mí mismo al ver que no consigo conciliar el sueño pensando en los fantasmas del pasado. Laura, maldita Laura. La tengo más que superada, joder, ni siquiera la veo guapa, pero la traición todavía escuece. Es como una herida que nunca termina de sanar. Mi hermano

y ella jugaron a ser novios. Ella escogió al hermano bueno, el tarado se quedó en el proceso y después, ella salió perdiendo. Se quedó sin príncipe azul. Se quedó con la calabaza, una enorme que, por cierto, se tenía bien merecida.

Llamo a Fran, pero el maldito no me coge el puto teléfono. Estará trabajando, es lo que hace la gente normal. Llamo a mi gestor pero al momento sé que es una mala idea. Me pellizco el puente de la nariz cuando escucho la voz de su secretaria, no puedo evitarlo, esos tonos tan agudos me provocan dolor de cabeza.

—Soy James —afirmo, aun sabiendo que sabe perfectamente que soy yo el que está llamando. Desde aquí puedo escuchar cómo babea, vieja salida.

—Francisco ha salido. ¿Puedo ayudarte

yo?

Su tono, agudo y molesto, aumenta cuando se pone así de cachonda, joder, eso es más propio de una línea erótica, no me jodas. ¿Puedo ayudarte en algo?, repito mentalmente. No, cariño, no puedes. No me interesas.

—Dile que necesito que me llame, si puede ser hoy, que siempre lo deja todo para otro momento.

Me despido sin apenas darle tiempo a que diga nada más. Bien, ya he trabajado bastante por hoy. Salgo a la calle y veo a gente paseando por todos lados. ¿Por qué no duermen? Qué estrés a estas horas. Iré a tomar una cerveza y después trataré de encontrar algo con lo que distraerme hasta la hora de comer. Finalmente, decido —por puro aburrimiento— seguir el mismo recorrido

que se supone que realiza mi hermano de camino al trabajo y, *et voilà*, allí está la cafetería en cuestión. Pienso en entrar y descubrir un poco el ambiente, aunque la verdad es que desde fuera no me llama demasiado. Parece la típica cafetería regentada por una familia, es más, juraría que he visto a una mujer mayor con un moño de esos tan típicos de abuela. Sonríó al imaginar a mi hermano con una tipa así.

—¿Crees que le he quemado, ya sabes... su...?

Escucho la voz de una chica. Es una voz dulce, como la de una jovencita que nunca antes ha roto un plato. Estas son las que más me ponen. Que te digan todo lo que te harían en ese tono resulta jodidamente excitante.

—Tranquila, jovencita, no lo has dejado

estéril si es lo que te preocupa.

Sonrío ante la respuesta de la vieja del moño.

—Oh, Dolores, eso... no había pensado en eso.

No, qué va. No había pensado en eso... La gente suele mentirse a sí misma. Paso de largo y la observo con disimulo. La chica tiene el pelo castaño y lo lleva recogido en una coleta baja. ¿Será la misma por la que se ha interesado tanto mi hermano? No tiene nada de especial. No es fea, porque no lo es, pero tampoco es una chica que llame la atención.

Continúo mi camino en cierto modo decepcionado. Pienso que, quizá, me lo he inventado todo. Tal vez mi hermano simplemente reía de otra cosa, pero mi intuición masculina no

suele fallar y en esta ocasión, juraría que tampoco lo hizo.

Mi cabezonería, innata y tan propia de mí, me hace regresar a la cafetería al día siguiente. No entiendo cómo puede seguir abierta. Está mal ubicada, tiene un cartel cutre y la clientela está compuesta en su mayoría por gente mayor. ¿Qué deben consumir, un carajillo al día? ¿Tal vez un vaso de agua del grifo para jugar al dominó?

He convencido a Fran para que se escaquee durante su media hora de descanso. No me ha costado demasiado pero, sin duda alguna, ha resultado una pésima idea. Al llegar, no hay ni rastro de la jovencita *tira-cafés*, y la señora del moño me sonríe al entrar. Las mujeres maduras son como yo, descaradas a más no poder. Le devuelvo la sonrisa. El mundo sería mucho mejor si las

personas fueran más descaradas.

Nos sentamos en uno de los taburetes que hay junto a la barra; paso de sentarme en una de aquellas mesas, aunque no estoy muy cómodo en realidad. Fran suelta un comentario sobre su pérdida de peso. Por lo visto, ha perdido diez kilos desde que lo dejó con su ex, pero todavía continúa hablando de ella. Las chicas que conoce siempre tienen un “pero”. No sé por qué se empeña en conocer a alguien para salir después, con lo fácil que resulta ir de flor en flor, sin complicaciones ni dolores de cabeza.

Estoy a punto de llamar a la mujer del moño cuando veo que su rostro se transforma por momentos, pasando de un gesto amigable a algo más parecido a la mueca de un trol.

—¡Llegas tarde! —exclama de malas

maneras.

—Lo siento, tenía un examen.

¡Qué excusa más mala! Alguien debería decirle a la *tira-cafés* que lo mejor sería buscar otro tipo de justificación, esa está demasiado vista. Las malas pulgas de la señora desaparecen al momento y veo que sonrío, haciéndole un gesto con el que señala en mi dirección. Me hago el despistado. Así que a la *tira-cafés* le gustó mi hermano... Auguro una mañana divertida.

—Tu apuesto hombre ha vuelto para que le tires el café por encima, otra vez.

Toso, no puedo evitarlo. ¿Apuesto hombre? ¿Aún se estila hablar de ese modo? La muchacha se sonroja. No hay nada que me atraiga más de una mujer que esa repentina inocencia, que se ruboricen.

Fran comenta algo sobre su nuevo ligue y me enseña una fotografía que la chica le ha enviado. Nunca llegaré a comprender por qué las chicas ponen morritos en las fotos. ¿Se ven más sexis? ¿Creerán que los tíos besamos sus fotos? No, chica, no.

Alzo la vista y veo que la camarera me observa con curiosidad. Sus ojos son grandes, no tienen ningún color especial, pero parecen poder leerte por completo.

Sonrío sin apartar la mirada de ellos.

—Hola, preciosa, ¿dónde te habías metido?

Mi tono ha sonado roto, como si estuviera invitándola a tener sexo ahí mismo. No es mi intención, en absoluto, pero me encanta que ellas lo piensen. Como si fuera un encantador de

serpientes.

Sus mejillas se sonrojan y es ahí cuando sé que está totalmente pillada por mi hermano. Pobre infeliz. Parece tener un debate interno sobre qué decir o quizá, todavía está procesando que la haya llamado preciosa. Mi hermano no suele hacerlo, es demasiado cortés.

—¿Quieres tomar algo? —dispara como si las palabras le quemaran la lengua.

—Sí —afirmo con total seguridad.

Quiero tomarte a ti, entera. Eso es lo que le diría tan solo para ver cómo se encienden sus mejillas, pero no lo haré. Me contengo, aunque solo sea por cinco o diez minutos.

—Me gustaría tomar una cerveza fresca.

Asiente cargada de timidez. ¡Que me maten! ¿Será así con todo? Alguna idea debe

cruzar por su mente porque, por un momento, parece haberse desilusionado. ¿Qué quería que dijera? ¿Por favor?

Se gira y se agacha, regalándome un bonito campo de visión de su trasero. No está nada mal, me pregunto si le gustará que le den por detrás...

¡Dios! Estoy fatal. Se gira y me mira. No puedo evitar sonreír al pensar qué cara pondría si supiera lo que realmente estaba pensando.

—¿Pudiste eliminar la mancha del pantalón?

Su voz suena rasgada por la timidez. Fran tose ante la pregunta, realmente no creo que puedan nominarla como la mejor pregunta del año. Pienso en mi hermano quitándose los pantalones con aquella sonrisa de estúpido en la cara.

—Si quieres, podemos ir al baño y así

compruebas lo de la mancha.

Lo digo sin pensar, dejando que mi parte más insolente sea la que hable. Fran no ayuda con esas risitas y ella abre los ojos como dos platos. Vuelve a girarse, esta vez cerrando las pequeñas manos en dos puños, y se pierde en el interior de la cocina.

Por un momento me siento mal. He desteñido a su príncipe azul. Seguramente habrá estado soñando con que se casaría con mi hermano y habrá imaginado todas esas estupideces con las que las mujeres llenan su mente.

La jefa se disculpa mientras nos acerca un pequeño plato de aceitunas. Fran lanza su mano veloz hacia el mismo pero le freno el paso con un golpe seco.

—¿Dónde está tu dieta?

—Vete a la mierda —contesta llevándose una a la boca.

Pasado un minuto, la princesita en apuros sale de su escondite. No me mira, tan solo pasa por mi lado con los labios ligeramente fruncidos. ¿Estará desilusionada? Qué graciosa es. Camina con pasos firmes, en plan «estoy enfadada y lo sabes». Va hasta una mesa que hay en el rincón, donde un obrero la mira con cara de pocos amigos. Le escucho refunfuñar desde donde estoy sentado. Al parecer, hoy no es un buen día para mi nueva amiga.

Pasa por mi lado sin mirarme, intentando hacerse la digna. Sin embargo, el tiempo de Fran se agota y por mucho que me gustaría quedarme un rato más, decido que lo mejor será que nos marchemos.

Dejo algo de propina en la barra para ella.

CAPÍTULO 6

No te acerques a ella.

*Todos queremos lo que no se puede,
somos fanáticos de lo prohibido.*

Mario Benedetti

—¡Eres imbécil!

—Yo también te quiero —contesto a mi hermano mientras me tapo la cara con la almohada. ¿Qué maldita hora es?—. No sé qué he hecho esta vez, pero estoy seguro de que podemos hablar sobre ello dentro de un par de horas.

Ryan, para variar, me ignora. Va hasta la

ventana y sube la persiana hasta que esta golpea contra la pared. Está furioso y me encanta que así sea, pero podría estarlo en otro puto sitio y no en mi habitación.

—¿¿Ahora me sigues?? ¿Acaso eres mi perro faldero? ¡Cómprate una vida!

Cómprate una vida. Me apunto esa frase, no está nada mal. Me incorporo con esfuerzo. Tengo sueño, anoche salí y llegué tarde a casa. Miro a mi lado. Juraría que me quedé dormido después de tres eternos orgasmos con aquella morena de ojos rasgados. ¿Dónde está? ¿Nos despedimos? Siento un martilleo en la puta cabeza, la resaca me va a joder el día, lo veo venir, y más aún si Ryan no se calla de una vez.

—Cuando termines con tu drama, cierra la puerta al salir.

Me dejo caer en la cama de nuevo. No tengo ni fuerzas, ni ganas para empezar un nuevo día. No volveré a beber, bueno, seguramente sí, pero ahora quiero pensar que no volveré a hacerlo nunca más. Mentirse a uno mismo es necesario de vez en cuando. Cierro los ojos, la luz duele y siento que una almohada golpea mi cara.

Puto loco.

—¿Por qué? ¿Por qué tuviste que ir y hacerte pasar por mí?

—Yo no fingí ser tú. Fui yo mismo, con todo mi encanto.

—Fuiste un cretino.

—Ese soy yo —contesto, dedicándole una fría sonrisa.

—No te acerques a ella, ¿me oyes?

Le miro sin decir nada. Ahí está mi

hermano, con su semblante serio. Está furioso, demasiado para una simple camarera torpe. Me pregunto cuán fácil sería terminar con esa ilusión tan espontánea que siente. ¿Cuánto ha pasado? ¿Una semana? Quizás debería volver a hacerle una pequeña visita a la morena de ojos almendrados. ¿Cómo se llamaba? Creo que ni se lo pregunté, qué más dará. Un nombre no cambia nada.

—Que tengas un buen día, voy a seguir durmiendo.

Ryan se marcha resoplando y enfurecido, y escucho la puerta de casa al cerrarse con un sonoro golpe. Me encantaría dormir un rato más, pero siento la extraña necesidad de regresar a aquella cafetería para incordiar a la muchacha. Mi hermano no aprende. Tan listo que es y no tiene ni idea de que a un hombre nunca se le debe decir lo

que NO puede hacer porque, desde el instante en que lo hacen, en su mente deja de existir cualquier otra cosa.

La cafetería se encuentra a dos minutos de mi casa. No entiendo cómo nunca antes me he fijado en ella, bueno, sí, básicamente porque es hortera. Entro en el pequeño y extrañamente acogedor lugar y la veo. Sus mejillas están salpicadas de rubor. Parece vivir en un constante estado de timidez.

—Hola de nuevo —saludo con la esperanza de hacerme pasar por mi hermano durante un ratito más.

Sonrío al verla, con esos tejanos medio rotos y la que debe de ser su peor camiseta. Sus ojos también parecen ilusionados al verme. Dios, está pillada por mi hermano. Qué vomitivo es el

amor. Cierra los ojos, como lo haría la bella durmiente esperando el beso de su amado príncipe, o qué sé yo, quizá simplemente se ha mareado de la impresión al verme.

—¿Te encuentras bien?

Los abre de repente. Me mira de forma extraña y su ceja izquierda se alza al tiempo que su labio se frunce.

Lo sabe.

—¡Tú!

—¡Yo! —contesto sin poder evitar reírme.

Se ruboriza de nuevo.

—¿Qué quieres? —pregunta dejando todo su encanto en otro lugar.

Esto se pone interesante. Chasqueo la lengua intentando transmitirle el rechazo que me produce su nueva actitud.

—¿Esta es la forma que tienes de tratar a los clientes? —pregunto en un tono lo suficientemente alto como para esperar que su jefa lo escuche. Necesito que me dedique toda su atención, no quiero que huya como la otra vez.—. Te recordaba más simpática.

Sus ojos se suavizan por un instante. Resulta fácil domar a esta linda gatita.

—No sé de qué me hablas. Nunca te he visto antes. Puede que hablaras con mi hermana gemela.

Sonrío ante su salida. Intenta ir de lista y no hay cosa que más me moleste en el mundo. Decido hacerme el tonto, siempre es mejor fingir serlo porque, de ese modo, después no te ven venir. Bajan la guardia, creyéndose seres superiores y en ese instante, es cuando tienes que

atacar.

—¿Hermana gemela? ¿En serio?

—pregunto, ganándome una nominación a un Óscar como mejor actor—. Yo también tengo un gemelo.

Su expresión se suaviza, pero la dulzura solo está presente durante unos segundos pues sus ataques, teñidos de toda su mordacidad, regresan al momento.

—¿En serio? No me digas...

—Sí —afirmo con contundencia. A irónico nadie me gana, nadie—. Tal vez podríamos quedar los cuatro, pero tú eres para mí —confieso, estrechando la distancia que hay entre los dos. Solo he dado un paso, pero resulta más que suficiente para que su dulce perfume acaricie mis fosas nasales.

—Entre nosotros... Tu hermana es un poco

arisca. Le pega más a mi hermano.

Me encantaría haberle dicho alguna guarrada, haberle confesado lo que le haría o le dejaría de hacer, pero decido atacarla y bajarle esos humos de princesa que ha adquirido. Definitivamente, está pillada por mi hermano... Y alguien debería decirle que eso es un puto problema.

CAPÍTULO 7

Helado de chocolate.

*La vida es como un helado, si la disfrutas se
acaba,
sino, también.*

Anónimo

—He caído.

Acabo de descolgar el teléfono y esa es la única frase que ha dicho Fran. He caído. En otros tiempos solía captarlo todo a la primera pero, ahora mismo, estoy viendo una película mientras como Doritos.

—Si no te explicas mejor...

—He caído. Anoche me acosté con Yas.

Yas. Yasmina. Su ex. La chica a la que dejó porque ella quería tener hijos. Sabía que aquello iba a ocurrir, lo sabía desde el minuto cero. Él la quería, lo único que estaba cagado. A los hombres, nos dicen la palabra niño y antes de que digan algo más, ya estamos cerrando la puerta. Es algo que toda mujer debería saber, pero, ¡qué va!, a ellas les gusta el riesgo. Lo que pasa es que la mayoría de hombres son unos calzonazos y aceptan sin mediar palabra y después, pasa lo que pasa... A los seis meses están separados. Entonces, habrá un niño que crecerá con padres separados, padres que ni se entienden, que solo discuten, y todo por falta de huevos, por no saber decir «no, no es el momento» o «no, no quiero tener hijos» o porque,

simplemente, una vez que los tienen, se dan cuenta de que les han cortado las alas a su libertad y ahora, quieren volver a tener quince años.

—¿Lo hiciste con condón? —pregunto solo por fastidiarle un poquito.

—Hijo de perra.

—Sí, hijo de perra y todo lo que tú quieras, pero ha sido un polvo nostálgico y mañana si eso, no me acuerdo... ¿O me estás llamando porque te has dado cuenta de que es lo mejor que te ha pasado en tu puta vida y que quieres volver con ella?

Escucho un sollozo. No, no puede ser verdad. ¿Está llorando? ¿Por qué? Fran no llora, Fran promete ir al gimnasio, Fran come aceitunas, pero Fran no llora.

—Tío, que era broma.

—La quiero tío —confiesa sorbiéndose la nariz.

—Sabes que no soy muy apasionado del amor... pero eso no es malo, tío. La quieres, vale, pues céntrate de una vez y ya está.

—Está con otro tío. Me lo ha dicho hoy. Me ha dicho que lo de anoche fue un error, que se dejó llevar, que está viviendo con un chico.

Apago el televisor, no sin antes maldecirme a mí mismo por ser un buen colega justo cuando llegaba a la parte más interesante de la película. Ya podría haberme llamado durante la eterna pausa de publicidad y no ahora...

—¿Está viviendo con otro? Pero si lo dejasteis el verano pasado, ¿no?

Escucho más sollozos al otro lado de la línea.

—Tío, no llores. No merece la pena. No era para ti. Mira, quedamos mañana por la noche y vamos a ese local donde hacen aquellos batidos de chocolate enormes. A las mujeres les funciona.

—Soy un hombre.

—Un hombre llorón —digo en tono cariñoso.

—Vete a la mierda.

—Yo también te quiero.

Pasados unos cinco minutos más colgamos el teléfono al fin. Enciendo el televisor de nuevo pero he perdido el hilo de la película. Ya la alquilaré. Cambio de canal en busca de nada en concreto, pero no dan más que telebasura. Cada vez me gusta menos la tele.

Me dirijo hacia la nevera en busca de una

cerveza cuando algo que hay sobre la mesa me llama la atención. Apilados, veo algunos exámenes de la universidad. ¿Qué narices hace eso ahí? Cojo el que está encima del montón. Sara Ramírez.

La perfección. (Mínimo diez páginas).

No puede ser. Mi hermano está enfermo. Enfermo es poco, está loco. Me juego el huevo izquierdo a que este examen es de la camarera enamoradiza. ¿Tantas molestias por una tía? Nunca lo entenderé. Hizo lo mismo con Laura, se esforzó en conquistarla, se vino arriba, nos la presentó al resto de la familia y después... Paso de darle más vueltas porque me hierva la sangre.

Como no tengo nada mejor que hacer, leo el examen. Debo reconocer que la tía es una crack. Juraría que no tenía ni puta idea y que escribió lo primero que le vino a la cabeza.

“La perfección es relativa; depende de los ojos que miren”. Vamos, que el que está bizco nunca encuentra nada perfecto, ¿no? Se le ha ido la castaña con la redacción, pero me he reído bastante. Esta tía se flipa. Creo que vive en un mundo paralelo al nuestro, donde cree que la perfección existe y está demasiado equivocada. La perfección es humo. Nada —ni nadie— es perfecto, y mucho menos todavía en lo que se refiere al amor. El problema es que tendemos a idealizar a las personas y no somos capaces de ver sus defectos porque estamos cegados por culpa del amor. Sin embargo, cuando el veneno de este desaparece de nuestra sangre, lo que antes nos gustaba empieza a molestarnos e incluso, nos da rabia.

Así es el amor, así de falso.

Así de mierda.

No hay nada que deteste más que tener que esperar a alguien. Miro el teléfono por quinta vez en el último minuto. ¿Dónde se habrá metido Fran?

«Lo siento tío, no puedo ir. Mañana te cuento».

¡Venga ya! Y me lo dice ahora. Cabrón. ¿Y ahora, qué narices hago? Echo un vistazo a mi teléfono con la esperanza de llamar a alguna amiga cuando la veo. ¿Es Sara? Lleva un vestido amarillo, no sabía que existieran prendas de ese color. Demasiado llamativo para mi gusto, y más cuando eres tan sumamente pálida. Se adentra en la

heladería junto a dos chicas más.

Como no tengo nada mejor que hacer, decido que entrar ahí es un buen plan. Atormentar a gente tímida acabará convirtiéndose en mi mayor *hobbie*.

El local está abarrotado de gente, pero resulta fácil localizarla gracias a ese maldito vestido. Está sentada en una mesa del fondo frente a un enorme batido de chocolate. ¿Mal de amores?

Ella dice algo y sus amigas parecen sorprendidas. Después, una de ellas se dirige hacia la barra. Sara me observa, pero finjo que no la veo y siento su mirada evaluándome. Quizás esté nerviosa por descubrir qué hermano soy, el ángel o el demonio.

Voy hasta la barra y me coloco al lado de su amiga. Es guapa, bueno, realmente no, es

resultona, la típica mujer que sabe cómo sacarse partido y cómo comerse la vida. Puede que también sea una experta en comerse otras cosas.

Me mira y al momento sé que le gusto. No es porque sea un creído, o tal vez sí, pero eso es algo que se nota. Las mujeres miran de un modo distinto cuando se sienten atraídas por un hombre.

—Si tú pones la lengua, el dulce lo pongo yo —le digo junto al oído en un susurro que lucha contra la música que está demasiado alta.

—¿Perdón? —Sonríe.

Me ha entendido. No hay rubores, hay una sonrisa y el deseo llameando en sus ojos, perfecto.

—Me llamo James.

—Esther —contesta mordiéndose el labio inferior—. Estoy ahí con unas amigas. ¿Te vienes?

Lo estoy deseando.

La sigo hasta la mesa y Sara baja la mirada. Oh, aquí tenemos a Doña Timidez en persona. Lo que necesita es que alguien la empotre bien.

—¿Ya os ha dicho quién le gusta? —suelta Esther en un tono lo suficientemente alto como para que lo haya escuchado medio local.

Con amigas así quién necesita una revista del corazón... Sin embargo, aprovecho la ocasión que me ha brindado en bandeja para inmiscuirme en la conversación.

—¿Quién le gusta a quién?

—Chicas, os presento a James.

Lástima. La rubia ha dicho mi nombre. No puedo jugar a ser mi hermano. Sara continúa con los ojos clavados en la mesa. Vamos, chica, que no muerdo.

—Encantada —contesta su otra amiga.

—Voy a por una cerveza. ¿Alguien quiere tomar algo más? Parece que a tu amiga le ha comido la lengua el gato.

Nuestros ojos se encuentran al tiempo que niega con la cabeza.

—Pero si es la camarera... ¿Quién eres, la simpática o la borde? —pregunto, sin abandonar el papel de tontito. Quizás esta información baste para que las otras dos sepan quién soy. ¿Les habrá hablado de mí o solo de mi hermano?

Me giro y las dejo hablando. Sé que en este momento la estarán acribillando a preguntas sobre si soy el chico que le gusta... típico de las mujeres. Espero que la rubia no sea de las que respetan a sus amigas y esas cosas. Está buena y el plan «ella, su lengua y yo» me resulta bastante

apetecible.

¿Sara se habrá puesto celosa? Porque esa era mi intención. Los celos despiertan las necesidades más primitivas del cuerpo.

Veo que se acerca a la barra y deja sobre ella las copas vacías. Es una clara invitación para que me aproxime, de otro modo, ¿para qué iba a hacerlo?

—No te pongas celosa de tu amiga, siempre sacaré tiempo para ti —digo para molestarla, aunque en parte es verdad.

No estaría nada mal levantarle la chica a mi hermano. Ojo por ojo.

—Tranquilo, no necesito tu tiempo. No me interesas.

Suelto una carcajada. ¡Venga, no me jodas! Claro, has venido tan solo porque te molestaba el

desorden de la mesa... No cuela, guapa. Te has levantado para llamar mi atención. Vas de dura, bueno, lo intentas, pero en el fondo sabes que te estás mintiendo a ti misma.

Me paso la mano por el pelo y dudo sobre si entrarle o no. ¡Qué narices! Voy a hacer que sea consciente de lo diferentes que somos mi hermano y yo.

—Por mucho que disimules, sé que te gusto. Nadie se me resiste, nunca. Y tú, terminarás en mi cama. Lo sabes, ¿verdad?

Ahí está. La rabia se apodera de su pequeño cuerpo y el color de sus mejillas le da un poco de vida a su rostro. Por un momento pienso que me va a pegar, pero no lo hace. Coloca sus delicados brazos en forma de jarra y resulta bastante graciosa con esa nueva actitud.

—Te vas a acostar con mi amiga. ¿De veras crees que soy la típica tía que se tira a los rollos de sus amigas?

Alzo ambas cejas ante su respuesta. ¿Me dice que no tan solo porque me voy a acostar con su amiga? Tonterías. Todas las mujeres están cortadas por el mismo patrón. Todas tienen el mismo punto débil.

—Con otro quizá no, pero yo soy superior a tus fuerzas.

La veo dudar y pienso en mandar todas sus dudas a la mierda. Me pego a ella, mi pecho contra su espalda, y dejo que mi dedo la acaricie sin piedad. Se tensa bajo mi presencia, ¿se habrá excitado?

—Es más, te propongo una cosa: ¿Qué te parece si lo hacemos los tres? No puedo esperar

más para colarme entre tus piernas.

Giro la cadera dejando que mi sexo, expectante, roce contra su trasero. Ella se agarra a la barra. ¿Qué tenemos aquí? Quizás al final no resulte tan difícil como lo había imaginado.

—Sí, nena. Tú, la rubia y yo. Los tres.

En este momento sé que he forzado la máquina. Quizá, si hubiera hablado solo por los dos habría caído, pero en cuanto he mencionado a los tres he notado cómo se helaban sus venas.

—Ni lo sueñes —me dice con total desprecio.

Pobre infeliz. Estoy seguro de que por un momento se ha planteado aceptar. Me muerdo el labio inferior al imaginar cómo debe de ser acostarse con ella, pero dejaré que me siga deseando. Al final me lo acabará pidiendo.

—No, yo no lo soñaré. Estaré ocupado haciendo que tu amiga grite una y otra vez, pero tú sí que lo harás. Los dos lo sabemos.

—¡Eres un cretino!

—¡Y tú una estrecha!

Está dolida, lo percibo. Sus esperanzas de ser la única mujer en mi vida se han evaporado. Pobre, que se ponga a la cola de ilusas... Sin embargo, algo ha despertado en ella, algo que quizás no sabe ni que está ahí.

La rubia se acerca y lame mi cuello como si este fuera un maldito helado.

—¿Dónde guardas el dulce, nene?

Sonrío, no por lo que ha dicho sino por la cara que pone Sarita. La mano de la rubia baja hasta mi culo y lo toma como si este fuera de su total propiedad.

—Está justo al otro lado de donde estás tocando.

Sarita, la inocente, me mira con el rostro iluminado por los celos. Sonrío, que se muera de celos, que piense en todo lo que yo le podría hacer y que mi hermano nunca le hará.

—Vámonos, a ver si se va a deshacer el helado ahora que está duro.

No me despido de Sara. ¿Para qué? Sé que pasará toda la noche pensando en mí.

CAPÍTULO 8

Pónmelo.

*¿Por qué lo llaman amor cuando quieren decir
sexo?*

Groucho Marx

No tengo ganas de ir a un hotel así que subimos a mi coche y voy directo a casa. No sé si mi hermano estará y si lo está, me da exactamente igual. La rubia es muy peligrosa y su mano viaja hasta mi sexo cuando todavía estamos en el rellano. Intento abrir la puerta, pero no es tarea fácil.

He conocido a chicas muy lanzadas y después está ella. Flash, la llamaré. Después de un torpe intento de introducir las llaves, consigo entrar en el apartamento. La aferro del brazo y la estampo contra la puerta que termino de cerrar. Su expresión es una mezcla entre sorpresa y excitación. Que se prepare que vienen curvas.

La tomo de las muñecas, dejando las delicadezas para todos aquellos que quieren hacer el amor, y tiro de ellas hasta entrecruzar sus brazos por encima de la cabeza. Los dejo ahí, sujetándolos con una de mis manos mientras que con la otra me deshago de esas engorrosas medias de color negro que lleva. Tiro de ellas y me da completamente igual si se rompen o no.

Intenta besarme y opto por atacar directamente su cuello. Paseo mi lengua por él

para después dejar que mis dientes lo arañen con una suavidad infernal.

Meto una pierna entre las suyas y haciendo palanca, consigo que estas se abran. La tomo de la cadera y la levanto. Entrelaza sus piernas en mi cintura y comienzo a moverme. Lo hago provocando que nuestros sexos se froten por encima de la ropa y noto que el calor de su cuerpo se va multiplicando.

—Te sobra la ropa.

Acomoda su cuerpo en el suelo. Tiene la boca entreabierta y me mira juguetona. Es tan rápida abriéndose de piernas como quitándose la ropa. Busco en mi bolsillo y saco un preservativo. Me quito la ropa y la tiro sin pudor por el suelo del salón. ¿Para qué ir a la habitación? Cualquier sitio es válido si el momento lo requiere.

—Toma, pónmelo.

Sus ojos miran mi sexo, noto su deseo, su sorpresa, y siento una extraña excitación en el estómago. Tengo la curiosa necesidad de sorprenderla y quiero llenarla en todos los sentidos. Quiero que cada poro de su piel se quede impregnado de mí, que se vuelva adicta a mí.

Se arrodilla para colocármelo con sus delicadas manos pero la freno a tiempo. Niego con la cabeza al tiempo que sonrío de forma descortés.

—Con la boca —exijo, ansioso por ver su reacción.

Se sorprende pero, al parecer, a ella nada la frena. La miro, me resulta excitante observar a las mujeres mientras se dedican a darme placer. Ella pone todo su empeño por complacerme, arrodillada frente a mí, mirándome a los ojos.

Pero algo no anda bien para mí. La corto, necesito hacerlo ya o mi excitación se irá a la porra. La levanto y la conduzco hasta la mesa del salón, la inclino y dejo su pecho contra la mesa. Llevo mis dedos hasta su sexo y compruebo si está preparada para mí. Lo está. Sin ninguna consideración, entro en ella desde atrás, sintiéndola al completo. La escucho gritar y ese sonido se convierte en una melodía para mis oídos. Aumento el ritmo, quiero que disfrute, quiero que lo haga y joder, quiero que después se lo cuente a Sara.

Putas obsesión. La chica de ojos castaños y mejillas rosadas está en mi mente mientras me tiro a su amiga. Puto desgraciado. La rubia grita cuando llega al orgasmo y yo continuo moviendo mis caderas sin darle tiempo para recomponerse.

—¿Quieres más? —pregunto mientras enredo mi mano en su pelo y tiro de él hacia atrás. Su cuerpo se curva permitiendo que sienta mis penetraciones de una forma mucho más profunda.

—Sí, joder.

—¿Te gusta así?

Asiente, pero yo tengo otros planes. Salgo de su interior y le doy la vuelta, la inclino sobre la mesa, tomo sus piernas, las coloco en mis hombros y vuelvo a entrar en ella, dejando que mis manos se apoderen de sus pechos. Continúo moviéndome en su interior, haciendo que todo su cuerpo me acompañe en un insistente vaivén.

—¿Así mejor?

—Como sea —contesta a duras penas.

—Me vas a dar otro antes de que yo acabe, ¿verdad?

Asiente y cierra los ojos de placer. Llevo mi mano izquierda hasta ese pequeño botón activador del placer que tienen las mujeres y con la otra, le toco la cara. Abre los ojos y me mira.

—Mírame, quiero que veas cómo me corro.

Me mira y deseo que retenga esta imagen en la retina, que este sea su mejor polvo, el único que tendrá conmigo, uno que jamás olvidará. Qué cojones, quiero que le diga a Sara lo bien que se lo hice pasar. Quiero que la otra se muera por ser la próxima y, para ser sinceros, deseo que lo sea, que me lo pida. Quiero que me diga: James, fóllame.

—Eres tonto —insulto a Fran por octava vez—. Te dice que lo vuestro fue un error, que tiene novio, te pasas un día entero llorando y después, te llama y pierdes el culo por ir a su encuentro.

Fran agacha la mirada.

—Y encima me dejas tirado.

—Bueno, tú te apañas rápido —contesta antes de dar un sorbo a su cerveza.

—Porque las tengo a todas locas —contesto haciéndome el chulo. En el fondo sabe que lo digo en plan cachondeo o quizá no, qué más da—, pero eso no te da motivos para dejarme tirado. Lo habrías pasado bien.

—Nos acostamos —me confiesa—, otra vez.

—Eres un mierda. Ni te impones, ni nada.

Un poco de dignidad, tío.

Hablando de dignidad, la mía se va a la mierda cuando descubro a Sara y a mi hermano sonriéndose en la arena. Puta vida. ¿Por qué tengo que sentirme así? Sé que ella es una tía más, no es llamativa, ni resultona, ni tampoco sabe cómo combinar la ropa, pero detesto que me rechacen.

Mi hermano hace uso de un viejo truco que aprendió de mí cuando veraneábamos en Tarragona, y finge que le ha entrado arena en los ojos. Sarita le acompaña hasta la ducha para limpiárselos y *et voilà*, en ese instante, mi hermano ataca y la besa. Y yo, como soy un jodido corta-rollos, voy a ir hasta allí y les voy a saludar.

Llego justo en ese momento en el que sus labios se juntan bajo el agua que cae sobre los dos. Resulta todo tan bonito, tan de película...

pero les interrumpo.

—Hombre, Ryan...

Me coloco cerca de donde está ella que, de repente, abre los ojos. Sara es de las que besa en plan romántico, con los ojos cerrados y el corazón latiendo a mil por hora. Es tan bonito que voy a llorar. Le sonrío de forma torcida, con esa sonrisa por la que las mujeres pierden las bragas.

—James, ¿qué haces aquí? —pregunta mi hermano e instintivamente, rodea la cintura de Sara. Está marcando el territorio, dejando claro que es solo suya.

—Veo que te diviertes con la gemela —comento mientras mi lasciva mirada la repasa entera.

Se sonroja, quizá todavía piense que me tragué ese cuento de que eran dos. Pobre ilusa.

—Mi otro yo... —dice con torpeza mientras agita sus delicados brazos—. Admito —aclara— que ese día dejé la timidez a un lado para mostrarme irónica, pero tu hermano no lo captó.

No me ha gustado nada cómo ha sonado lo de “tu hermano”, lo ha dicho con desprecio, como si ambos se hubieran confabulado para hablar mal de mí. Necesito un poco de agua fría o acabaré permitiendo que la sangre domine mi cuerpo, y no es precisamente la mejor idea.

Giro el grifo de la ducha contigua y me meto debajo esperando poder recuperar así parte de mi cordura bajo el chorro de agua fría. Sus grandes ojos almendrados me miran con disimulo pero entonces, mi hermano reclama su atención y la besa. El pobre infeliz solo quiere que ella se

fije en él.

—¡Qué tierno! —me burlo, cuando en realidad siento una rabia irracional.

—James, corre, ve a buscar la pelotita.

Ryan trata de hacerse el macho alfa, pero conmigo está muy equivocado. Hace el amago de lanzar una pelota al aire, pero lo ignoro.

—Mejor ve a buscarla tú, yo me quedo con tu amiga.

Sé que Ryan está molesto, siente miedo de que Sara escoja al cretino que va de frente pero en realidad, él va un paso por delante. La abraza y la pega a su cuerpo mientras le dice cosas al oído. Cosas sin sentido llenas de cursilerías.

—Ryan, tu manera de calentar resulta poco eficaz. Bueno... cuando la señorita se canse de tus castos abrazos, ya me llamará. Siempre lo hacen.

Ahora, os dejo intimidad pero, recordad: hay niños en la piscina. Dejo la ducha abierta antes de dirigirme hacia el agua.

Sabía que tarde o temprano acudiría a mí, lo que no puedo creer es que haya sucedido tan deprisa, tan solo ha pasado un minuto desde que los he dejado en la ducha y ella ha aparecido de la nada y se ha abalanzado contra mí.

Me besa, lo hace con ganas y yo le devuelvo el beso. Se apodera de mí una pasión irrefrenable por culpa de la pequeña y tímida mocosa y mis manos se aventuran y las llevo a su culo. Su lengua parece un torbellino que se adentra en mi boca, invadiéndola por completo. Es un beso tan ardiente que me la follaría ahí mismo.

Se separa de mí y en ese instante espero

algún comentario caliente del tipo «¿vamos a mi casa?», pero no lo hace. Se gira y me deja ahí plantado, va hasta la ducha y se coloca donde antes había estado yo. Mi hermano la observa con la clara decepción reflejada en el rostro.

No entiendo nada, ¿qué narices acaba de pasar? Están discutiendo, ¿lo harán por mí? Qué más da, ambos agitan las manos como si de un matrimonio desavenido se tratara. Ella se va, recoge sus cosas y se marcha directa hacia el bar con mi hermano detrás.

Voy hasta donde está Fran.

—¿Qué hace tu hermano bebiendo alcohol?

Me encojo de hombros sorprendido al ver cómo los dos parecen sonreírse. Están como una puta cabra. Puto asco.

—Que les den.

CAPÍTULO 9

La virginidad crece.

*La mujer pierde la virginidad cuando
quiere,
y el hombre, cuando puede.
Enrique Jardiel*

Que le den.

Que le den.

Observo cómo beben, cómo se ríen, cómo entrelazan sus copas. Sara y su habitual torpeza vuelven a protagonizar el momento de la noche cuando ella derrama todo el contenido de su vaso

sobre mi hermano. Él se ríe, cómo iba a no hacerlo con lo educado que es. Después, sale del bar.

Debería estar sentado y quietecito, pero nunca me comporto de forma racional. Me levanto y voy hacia ella. Todavía tengo el sabor de sus labios en mi boca, maldita sea.

—Veo que mi hermano no sabe aprovechar lo que tiene. ¿Te han dicho alguna vez que besas muy bien?

Acabo de soltar un cumplido. Puta mierda. ¿Desde cuándo hago cumplidos? Los cumplidos no abren piernas, James, lo hacen otras cosas, pero ya está dicho.

Me mira con sus ojos almendrados y me sonrío. Lo hace de esa forma que posee tan especial y veo que le salen unas graciosas arrugas alrededor de los ojos, como si estos se achinaran.

—Oh, me alaga que un cretino diga que beso bien.

—¿Lo haces todo igual?

La pregunta escapa de mis labios y noto cómo esta, lejos de ofenderla, le divierte. Mi cuerpo parece querer comprobar si ella lo hace bien o mal. Ríe de nuevo y me hace una señal con el dedo para que me acerque un poco más.

—Te contaré un secreto —dice entrelazando las palabras con un ligero hipo. Alguien debería decirle que ha bebido demasiado—. Soy virgen.

Sus palabras hacen que mi polla se ponga dura al instante. No debería de ser así, montárselo con una virgen es un puto engorro. Tienes que ir con cuidado y contenerte, pero ser el primero podría estar bien y si de paso, lo soy yo antes que

mi hermano, mucho mejor.

—No puede ser verdad —contesto apaciguando a mi fiera interior.

—Lo es. La virginidad crece —dice, llevándose las manos hacia las caderas—. La primera vez que lo hice estaba tan borracha que ni me acuerdo. Fue en la parte trasera de un coche y no la recuerdo mucho, la verdad.

La virginidad crece. Olé sus ovarios. ¿Qué leches está diciendo? El camarero le sirve otro chupito que me afano en quitarle de las manos y que engullo con tal de que ella ya no beba nada más.

—¿Solo follas cuando estás borracha?

Me mira mal, bueno, en realidad intenta hacerlo porque está tan borracha que le cuesta incluso gesticular una mueca de odio.

—Yo no follo, yo hago el amor.

¿Hacer el amor? ¿En serio? No me extraña demasiado viniendo de ella, cuánto mundo le queda por ver. Cuán equivocada está, joder.

—Lo que tú digas. Entonces, ¿solo haces el amor cuando estás borracha? Porque, cariño, en estos momentos estás borracha y estamos tú y yo.

No pienso acostarme con ella. No en ese estado, pero me encanta ver cómo incluso con toda esa cantidad de alcohol, sus mejillas se sonrojan con mis palabras.

—Tú no sabes hacer el amor —sentencia, y en eso tiene toda la razón.

—Yo no hago el amor, yo follo duro.

Lo digo en cachondeo, es más, se ha reído. La miro a los ojos y me devuelve el gesto con timidez. Sus ojos parecen querer estudiarme al

completo. Son extraños, como una pequeña puerta que puede llevarte hacia el interior de su alma.

Dios, el alcohol me está afectando demasiado. Tengo tantas ganas de levantarle la chica a mi hermano que me engañó a mí mismo buscándole aspectos positivos. No es fea, tiene dos tetas bien puestas, caderas redondeadas y un cuerpo equilibrado y bonito. Lo suficiente para pasar un buen rato. Fin de la historia.

—Eres un gilipollas.

Ryan está de vuelta. Ya pensaba que se había perdido por algún lugar de camino al puto coche. ¿Se ha cambiado la camiseta? Puto maniático.

—Vamos, Sara —le dice tomándola de la muñeca para ayudarle a bajar del taburete en el que está sentada.

No le contesto, no tengo ganas de enzarzarme en una pelea con él. Hace tiempo que no nos pegamos, hace demasiado tiempo que me prometí que no volveríamos a hacerlo.

Desde siempre hemos chocado. Eso de que los hermanos gemelos están más unidos que el resto es una puta mentira. Bueno, quizá nosotros seamos la excepción que confirma la regla. Ryan siempre tiene que ser el mejor en todo. No entiendo por qué me odia tanto, pero es cierto que me he emborrachado de él, de su odio y ahora, lo compartimos. Compartimos todo. Compartimos el rencor, las conquistas, no nos respetamos. ¿Para qué hacerlo? Él siempre intenta quitármelo todo y yo, no voy a ser menos.

Se van y siento pena por ella. Puedo parecer todo lo cretino que quieran, pero siempre

voy de frente. Los peores son aquellos que no ves venir, los lobos con piel de cordero.

Tomo otro trago y dejo el vaso en la barra con desgana.

—Pareces tener un mal día —comenta una chica a mi lado.

No la miro, no me apetece hacerlo. Le hago una señal al camarero para que me sirva otra. Puedo ver una mueca de disgusto en su rostro, quizá piense que he bebido demasiado, pero no le pagan para pensar sino para servir.

Me llena el vaso y lo vacío en mi estómago en medio segundo. Dejo un billete de veinte sobre la barra y le hago una señal a Fran indicándole que ya es hora de irnos. Él insiste en llevarme, en que deje mi coche allí y vuelva a por él mañana, pero no me apetece en absoluto. Sé lo que me hago,

además, necesito conducir y escuchar una canción a todo volumen mientras el aire despeja estas ideas de mierda que se amontonan en mi cabeza.

Conduzco durante veinte minutos. No he tomado el camino más rápido, ni mucho menos, sino que me he desviado sin rumbo alguno, dejando que la música sea la única que me acompañe durante esta maldita noche. Podría haberme ido con la chica del bar. ¡Qué leches! Podría haberme ido con cualquiera. Pero no. La quiero a ella. Es como aquellas cosas que tienen una advertencia de prohibido tocar, o las que te dicen que no puedes contemplar. Putas prohibiciones. No la deseo con amor, yo no tengo de eso para nadie. La quiero de otra forma, como el trofeo que nos estamos disputando mi hermano y yo. Y James Cooper

siempre quiere ganar.

Giro el volante con un golpe tan brusco que me gano un fuerte pitido de otro conductor. Me encamino hacia casa. No quiero huir de la situación, seré un grano en el culo durante un rato más.

Entro y lo primero que veo es la camiseta de Sara colgada en la puerta. Maravilloso. Se la va a tirar a pesar de que está súper borracha y después se hará el digno.

La cojo y me la llevo a la cara. ¿Qué cojones hago oliendo su camiseta? Enfermo, estoy enfermo. Camino hasta el pasillo. La puerta de su habitación está abierta y no puedo evitar mirar hacia la cama, soy así de depravado.

Está tumbada, totalmente dormida con la

boca abierta. Todavía lleva el bikini puesto. No puede ser, tiene los pantalones medio bajados, como si se hubiera quedado dormida mientras se los quitaba. Mi hermano también duerme a su lado.

Niego con la cabeza y me recreo con la estampa. Voy hasta donde está ella y termino de quitarle los pantalones.

—Ha dicho que beso bien —habla ella en sueños.

No puede ser. Debo admitir que es una de las tías más peculiares que he conocido en mi vida. Su bikini es de hace dos temporadas pero a ella parece importarle más bien poco. Le echo la sábana por encima y en ese momento, veo que en el pecho tiene un lunar que llama mi atención. Me encantan los lunares, me parecen muy sexis.

—Me encantas, Sara —digo sin pensar.

Este tipo de confesiones que hacemos de forma espontánea y que no pasan por el colador del coco, son las más sinceras, las únicas que salen del alma.

¡Qué cojones! Tengo que dejar de beber, mi mente se vuelve de un cursi que da asco. Me voy a mi dormitorio y me quito toda la ropa. Dormir desnudo es un placer que nadie debería de prohibirte nunca.

No he podido dormir. Yo, James Cooper, no he podido dormir y esto me pasará factura. Lo sé, me duele demasiado la cabeza. Seguramente la culpa la tuvieron esos malditos chupitos de tequila. No

mezcléis, no lo hagáis, joder.

Me saco de encima algo que me molesta en la cara. No, no puede ser. He dormido con la puta camiseta de Sara en la cara. Puta vida.

Voy hasta la habitación de mi hermano con la intención de devolverle la camiseta a la bella durmiente pero ya no está. Ni ella, ni su pantalón. ¿Se habrá ido sin camiseta? No puede ser. Pienso en acercarme hasta la cafetería y llevársela, pero paso. Tengo que dejar atrás esta mierda de obsesión. Ha dormido con Ryan, que él se levante y se la lleve, qué narices.

—Tú —le digo sacudiendo su cuerpo.

Me siento extraño. Creo que es la primera vez en toda mi vida que he sido yo el que le ha despertado. Bueno, no. Cuando éramos pequeños —y todavía había un resquicio de inocencia en

mí—, solía despertarle los días de navidad. Recuerdo que me ponía tan nervioso que no podía dormir. Me quedaba despierto mirando al techo con todos los sentidos en alerta, esperando la oportunidad de conocer al señor gordinflón de barba blanca y traje rojo. Qué iluso, qué bonito es vivir cuando no eres más que un niño; cuando lo único que te preocupa es si conseguirás que te cambien el cromó que te falta, o si tu madre te dejará jugar a la consola hasta tarde. Ser adulto es un asco.

Ryan me ignora.

—Vamos, príncipe azul, tu princesa está en apuros.

Sus ojos se abren por completo, parece alarmado. Me mira mal, con odio y puedo leer en ellos el temor que siente hacia mi persona. Debe

de ser muy duro vivir pensando que te puede pasar a ti, que quizás el karma regresa para atormentarte por lo mal que hiciste las cosas.

—¿Dónde está?

—Ah, ¿qué no te la has comido para desayunar? Yo qué sé, pero dale esto, se lo ha dejado en mi dormitorio —digo antes de tirarle la camiseta de Sara a la cara.

Su expresión se convierte en todo un poema y yo disfruto con ello. Me giro y me voy directo hacia la ducha, regalándole la bonita visión de mi trasero. Al minuto escucho la puerta de la calle cerrándose tras él.

Adiós, bro, adiós.

CAPÍTULO 10

Confusiones.

*Brindo por la confusión de nuestros
enemigos.*

Frank Sinatra

Me he prometido a mí mismo que me mantendría lejos de ella, pero ha sido una promesa de azúcar, de esas que se hacen una mañana de resaca y que no tienen valor alguno, similar a aquello de «no volveré a beber nunca más».

Así que aquí estoy, atacando de nuevo. Por el amor propio que me guardo, he decidido que

Sara debe ser mía. Sara, Sarita, Sara.

La veo salir de aquel antro y me sorprende descubrirla con la camiseta blanca de mi hermano. Me hace gracia pensar cuál habrá sido su sorpresa al despertar después de una noche de alcohol y besos.

—Buenas noches, Sarita.

Se gira, me ve y me dedica una mueca de auténtico asco. En realidad es un gesto gracioso, como el que haría una niña pequeña.

—¿Y esa cara? Anoche no ponías la misma...

Dejo caer la frase con la esperanza de que la confusión la atosigue durante el resto del día. Me apoyo en la pared, sonrío y dejo que mi rostro exprese el deseo que albergo por ella. La contemplo de forma descarta, como si mi lengua

se hubiera encargado de acariciar antes cada rincón de su cuerpo.

—No me vengas con tonterías, James. Tan solo fue un beso. No significó nada.

Se gira, rehúye mi mirada y solo me viene a la cabeza la imagen de ella hablando en sueños. Le miro el trasero con descaro; lo tiene bonito, la verdad.

—¿Beso? —pregunto, actuando como si estuviera confuso—. ¿En singular? Yo diría que fue más de uno, Sarita. ¿Qué pasa? ¿Es que no te acuerdas?

Me encanta ver cómo las dudas se apoderan de su rostro. Sus ojos se desvían hacia mis labios. ¿Estará recordando nuestro beso? La verdad es que estuvo bien, pero siempre se puede mejorar. Podría besarla en otro sitio... quizá ese

nunca lo olvidaría.

—Es una verdadera lástima que no te acuerdes —digo en el tono más roto puedo.

Me acerco a ella y veo que traga saliva. Dejo que mis dedos repasen sus labios, esos que tengo ganas de probar de nuevo. Retrocede hasta que se topa contra la pared. Sus ojos no se separan de mis labios, así que me muerdo el inferior, invitándola a que ella haga lo mismo.

—Deja de intentar confundirme.

—¿Te confundo? —pregunto, acercando mi boca a su oreja. La confusión es buena. Ahora no hay alcohol que empañe la diversión.

Mi aliento le acaricia el cuello. Sus labios se tensan en una sonrisa y cierra los ojos. Oh, ahí está esa Sarita, la que besa con los ojos cerrados, la que espera que hincó la rodilla en el suelo y le

pidan matrimonio. Y entonces, ya no deseo besarla. No me gusta que me lo pongan en bandeja, qué desilusión.

—¿A qué esperas? —pregunto separándome de ella.

Sara, Sarita, la has cagado. Mi interés se ha evaporado en medio segundo, con lo bien que me lo estaba pasando.

—¿Sabes? Tengo una norma irrompible. Nunca repito con la misma mujer, por lo que nunca sabrás qué tal nos fue anoche.

Anoche no pasó nada, absolutamente nada, pero ella no lo sabe. Quizá mi interés haya caído en picado, tal vez esperaba mucho más de ella. No sé, que no se abriera de piernas tan fácilmente... Qué sé yo, en ocasiones espero cosas que ni yo mismo comprendo.

Veo la confusión en sus ojos.

—¿Qué tiene que ver que tú no repitas con que yo me entere de qué diablos pasó anoche?

Oh, la pequeña Sara parece enfadada. ¿Qué le pasa? ¿Tal vez esperaba que la besara? ¿Quizás esperaba que yo fuera Ryan? Pues no, no soy él. Alzo una ceja ante su estúpida pregunta. ¿No era ella la que iba de lista?

—¿Me puedes repetir la frase? No, no me la repitas —dice, claramente sonrojada—. ¿Tú y yo? Ah, no, tu hermano me ha dicho que no pasó nada.

—¿Mi hermano? ¿El segundo plato de tu noche?

Tanta información la satura. No debe acordarse de nada y lo que le digo no hace más que confundirla.

—¿Segundo plato? Él me contó que...

Alzo un dedo para que se calle y me río con ganas de lo ilusa que es. ¿Cómo puede ser tan inocente? ¿Cómo puede serlo? No conoce a Ryan, ni ella ni nadie. Solo yo sé cuál es su verdadera cara, la que nadie más ve.

—¿Qué te contó? Mira que llegas a ser inocente. Tú y yo pasamos la noche juntos. ¿Mi hermano te dijo que la pasaste con él? Esto es el colmo. Quizá le guste tener la sensación de que cuando recuerdes mis artes amatorias, pensarás en él.

—No te creo.

Es mentira, todo es mentira, pero odio que le crea a él antes que a mí. Lo odio. Niego con la cabeza, cansado de chocar siempre contra la misma pared. Todo lo que haga Ryan siempre será

lo más. Siempre.

—Piensa lo que quieras.

Me giro dispuesto a marcharme, pero algo me frena. Regreso hasta ella dando cuatro zancadas. Quiero besarla, joder. Qué puta inestabilidad me da esta mujer. Un segundo quiero besarla y al otro, también, para qué engañarnos.

Humedezco mi labio inferior. ¿La beso o no la beso? No, no quiero que me resulte tan fácil. Me encantaría poder atormentarla un poquito más.

—Por cierto —digo, disfrutando de mi gran idea—, me encanta el lunar de tu pecho izquierdo.

Y con esa simple frase me voy y la dejo allí plantada, a ella y a su confusión. Que aprenda a creer más a los cretinos que a los príncipes; porque los cretinos siempre dicen la verdad... o

casi siempre.

La vida sigue después de Sara. No voy a cambiar por nada, ni por nadie, así que tengo que salir a la caza de una mujer con la que poder pasar un buen rato. Debo dejar de emplear todos mis encantos para conquistar a Sara aunque en realidad, por el humor de perros de mi hermano, diría que la tengo en el bote.

He recibido un mensaje en el que no había ni una sola palabra que no fuera un insulto. ¿Estará confundida? La confusión, qué jodida es.

Ese mensaje me pone de buen humor, pues significa que el karma existe, y con este nuevo y

recién adquirido buen humor salgo de casa. He quedado con una chica que conocí hace un par de días; una de esas con la que nunca me casaría, pero con la que todo hombre se quiere acostar.

Hemos quedado en una cafetería, de las modernas, no como la de Sara. Tiene música de ambiente, sofás y un sinfín de dulces. Entro y el olor a pastas recién hechas me abofetea. Es un lugar perfecto para conseguir que las mujeres se pongan más melosas entre dulce y dulce.

Voy hasta el sofá que está más retirado. Allí se encuentra la “sin nombre”. No me acuerdo, soy pésimo para los nombres. Me sonrío y juraría que se ha mordido el labio inferior. Morderse el labio es signo de excitación, todo el mundo lo sabe. Bueno, todo el mundo que folla lo sabe, Sara, como hace el amor, se lo muerde por otras

estúpidas razones.

Joder con Sara. Necesito sacarla de mi puta cabeza.

—Hola, nena —saludo, ese nena siempre resulta infalible. A las tías les gusta y de ese modo no quedas como un completo cabronazo por no recordar cómo cojones se llaman.

—Hola, James —contesta, al parecer ella sí que recuerda el mío. Dos puntos para ella. Me siento en el sillón. Esta cafetería sí que me gusta, está llena de jóvenes —y no tan jóvenes— que buscan impresionar a alguien. Bueno, seguramente también habrá gente que venga por las pastas o por las camareras jóvenes y de muy buen ver, pero la gran mayoría hacen como yo y cuando se sientan en el sillón, se deslizan con más o menos desfachatez, haciendo que el espacio personal

quede reducido a nada. Se remueve en el asiento y si sigue haciéndolo, no dejará nada para mi imaginación. Lleva una falda tan corta que sentada en esa posición parece un cinturón. La nueva moda. Si algún día tengo una hija le prohibiré tajantemente que use faldas, porque el mundo está lleno de cretinos como yo, cretinos que colocan la mano en sus piernas. Con un poco de suerte, incluso toco zona indebida sin tener que salir de aquí.

—He traído a una amiga, no sé si te importará, pero le hablé de ti y está loca por conocerte.

En ese momento mi yo interior me felicita y me dice que soy el puto amo. Dos por uno. ¿Quién tiene un plan mejor? Nadie.

Su amiga aparece de la nada con una falda

muy similar, quizás encontraron un descuento en el mercadillo, quién sabe. La mayoría de mujeres no tienen personalidad hoy en día. Mierda, sueño demasiado machista, pero es verdad. Dejo de analizarlas y me centro en conquistarlas. Qué cojones, ambas saben a qué han venido. Así que no sé qué hacemos perdiendo el tiempo aquí. Podríamos a ir a un hotel, a uno de esos que tienen cama de dos por dos. La necesitaré, quiero hacerles muchísimas cosas a ambas.

Justo en el momento en el que me dispongo a invitarlas a ir a un lugar más cómodo, escucho que alguien se aclara la garganta. Alzo la vista y me encuentro con ese par de ojos almendrados. No me está analizando, me mira de una forma extraña y por alguna maldita razón que todavía desconozco, siento cierto temor por lo que debe de

pensar, menuda tontería. Debo ser yo mismo y no esconderme. Este soy yo.

—Hola, James —me saluda. Parece feliz por haberme reconocido y por no tener que ir con sus fastidiosas dudas por la vida—. ¿Puedo hablar un momento contigo, por favor?

No, no puede ser. Espero que no venga en plan «quiero ser el amor de tu vida», porque nunca lo será. Además, parece demasiado inocente como para machacar su corazoncito de ese modo, pero no tengo otra alternativa, la verdad siempre por delante.

Asiento y me voy directo hacia la barra. No quiero que las otras dos escuchen nada, no quiero que me fastidie la noche porque, joder, pinta de maravilla.

Me apoyo en la barra y la miro. Su estilo a

la hora de vestir resulta peculiar. Lleva una camisa blanca con lo que parecen unos perros estampados en ella... un momento, son bulldogs franceses y sus siluetas decoran toda la camisa. Lleva puestos también unos tejanos altos y debo admitir que le quedan bastante bien.

—Te dije, bonita, que yo no repito con nadie. Lo siento, tu turno pasó.

He preferido ahorrarle el bochorno de tener que decirme cualquier cosa, además, conociéndola, sé que terminará manchándome con alguna copa y hay demasiadas cerca de donde estamos.

—Corta el rollo —dice alzando su pequeño dedo en mi dirección. ¿Hola? ¿Qué me he perdido? ¿Le han hecho una transfusión de sangre o algo?— y dime, ¿dónde está la consulta de tu

hermano?

¿Perdón? ¿Ryan, consulta? ¿Qué narices?

Al parecer, Sara ha escogido y como la mayoría de la población, ha escogido mal. Error, Sara, error. ¿Ryan le ha dicho que es médico? ¿A qué cojones juega ahora?

—No ayudo a mi hermano a follar —digo de forma tajante y directa—. No te lo tomes como algo personal, son normas familiares.

Quiero ir hasta mi mesa y llevarme a las otras dos de ahí cuanto antes. Necesito tener la mente ocupada en cuatro tetas y no en la rabia que siento por culpa de mi hermano y de su nuevo entretenimiento.

Paso de despedirme de esta flipada por lo que me voy hacia el paraíso cuando noto que ella me toma del brazo con bastante fuerza. ¿Perdón?

La miro y no sé leer su expresión. Se muerde los labios, ¿estará excitada? Que alguien me dé un puto manual para leerla, no entiendo nada.

—¿Quieres, señor Cooper, que le diga a tus amigas lo pequeña que la tienes?

Me entran ganas de sacármela en este jodido momento y enseñársela, pero no es una buena idea, de hecho, es una idea pésima. ¿Qué coño le pasa? ¿De veras se va a comportar como una niñata celosa?

—Bueno, cielo. El tamaño no importa si sabes usarla bien. Lo sabrías si no fueras una frustrada. Ahora, si me disculpas... Yo sí que tengo una vida sexual a la que atender.

—Bueno, quizá se enteren de tu recién detectada enfermedad de transmisión sexual.

¡La mato! ¿Qué cojones dice? ¿Qué leches

fuma? Me detengo en seco e inspiro hondo. La miro analizándola. ¿Está bromeando? No, simplemente está loca. Se gira y hace un intento de salir corriendo, o eso es lo que creo, pero tropieza. La cojo al vuelo por el brazo y evito que se estampe contra el suelo aunque, pensándolo bien, quizá debería haber dejado que cayera. ¿A qué juega?

—¿Adónde crees que vas? —digo antes de soltarla.

—Pues me gustaría decirte dónde voy, pero tan solo estoy siguiendo mis pies.

Una loca, como ya he dicho, una loca. Los nervios la traicionan de una forma extraña.

—Pues que se estén quietos —digo colocándome tras ella. Su pequeño cuerpo se acopla a la perfección al mío—. Ni se te ocurra

jugar con ese tema, Sarita. No menciones el término enfermedad de transmisión sexual junto a mi nombre, jamás.

Quiero que le quede claro, con este tema no se juega. No es algo con lo que se pueda bromear, es muy serio, joder.

—Dime dónde puedo encontrar a tu hermano, sé que es psicólogo y...

—¿Quién te ha dicho eso?

Odio las mentiras, las odio. Ryan no es psicólogo, joder, ¿por qué tiene que mentir? Tiene un buen trabajo, no tiene por qué inventarse una vida paralela.

—¿No es psicólogo?

Las dudas la abofetean, sus mejillas enrojecen y esta vez es por la vergüenza que siente. Odio a la gente que miente. Podré ser todo

lo cretino que quieran, pero digo las cosas tal y como son. Sin anestesia.

No sé qué hacer. No me apetece complicarme la vida. No con ella que, a pesar de que pueda parecer un completo desastre, también parece una buena chica. Niego con la cabeza y me espero lo peor. ¿Llorará? Deseo que no lo haga. La miro y veo que esboza una extraña sonrisa. ¿Qué cojones? Loca es poco.

—¿Tiene que ser psicólogo? —pregunto. Me guardo para mí la coletilla de “para poder follar contigo” porque le guardo un mínimo de respeto a la chica.

Por un momento dudo. Dudo sobre qué hacer con ella, sobre si hablarle claro y decirle cómo es mi hermano y también, que no es oro todo lo que reluce. Miro hacia la mesa y mis dos nuevas

mejores amigas me sonríen.

A la mierda, ya se apa nar  ella con la vida como lo hice yo en su momento. Además, a veces parece que debemos aprender a base de palos y en muchos casos, cuando alguien nos advierte de algo, acabamos pensando que lo dicen solo por fastidiar.

— Quieres saber dónde trabaja mi hermano, o no?

—S , por favor.

—Bien, trabaja en el periódico que hay en la calle paralela a la de tu cafetería.  Sabes dónde está?

Sus ojos se iluminan, como si el cielo se hubiera abierto y el mismísimo Jesucristo hubiera bajado a saludarla. Qué cojones. Me da rabia la devoción que profesa por mi hermano.  Por qué?

No lo puedo ni llegar a entender.

—¿Qué te ha hecho mi hermano para que sonrías así? —escupo las palabras porque me queman en la boca. Quiero entenderlo. No, quizá no pero, joder, me da rabia.

Lejos de contestarme, sonrío más y suspira como si fuera una niña estúpida enamorada. Se gira sin decirme nada, creyéndose superior a mí y entonces, actúo sin pensar, la tomo del brazo y acerco mi boca hasta su oído.

—Esta noche estoy ocupado, pero te juro que terminarás pidiéndome que te folle. Lo tengo clarísimo, y te aseguro que todo lo que se propone James Cooper, lo consigue.

Paso mi lengua por su cuello antes de girarme e irme. Lo haré, juro que lo haré.

—Señoritas, ¿nos vamos a un lugar más

cómodo?

CAPÍTULO 11

Tres.

Dos es compañía, tres son multitud.

El recepcionista del hotel me mira asombrado.

—¿Quieres la que tiene jacuzzi?

—pregunta sin poder apartar la vista de mis amigas.

—No, una normal estará bien.

En otro momento habría dicho que sí al jacuzzi, pero ahora no quiero perder el puto tiempo. Quiero sacarme este sentimiento de frustración del cuerpo. Una vez tengo la llave,

entramos en el ascensor y el ambiente comienza a caldearse.

Barbie Uno me lame el cuello mientras que la otra busca algo en mi entrepierna. La *Barbie Pelirroja*, la que está ocupada con mis partes bajas, se lanza y me desabrocha el botón del tejano justo cuando la puerta del ascensor se abre. Al momento, entra una pareja de ancianos y nos mira con una mueca de sorpresa en el rostro.

—¿Puedo ir a mirar? —dice el hombre.

Con esa simple pregunta se gana un bolsazo de su mujer. La anciana parecía delicada, pero la tía ha reaccionado deprisa. Por suerte, la habitación está situada cerca del ascensor, de lo contrario, terminaríamos follando sobre la puta moqueta.

Cierro la puerta de una patada y me quito

la camiseta antes de lanzarla al suelo. Las dos observan mi cuerpo como si nunca antes hubieran visto a un hombre. El ansia burbujea en sus ojos. Dejad de mirad y venid, no estamos para perder el tiempo.

—No quiero tonterías. Somos mayorcitos y hemos venido a pasar un buen rato. ¿Sí?

No quiero celos estúpidos que destrocen la noche.

Asienten mientras se deshacen de sus tops. No llevan sujetador, ¿para qué? El plástico se mantiene solo. Debo admitir que tienen un cuerpo bonito, pero es tan artificial que incluso pierde un poco la gracia.

Voy hasta la chica de pelo cobrizo y la beso, tomándola de la nuca y acercándola a mí con un exceso de avaricia. Mi cuerpo me grita

desesperado que necesita mucha acción, como si toda la testosterona estuviera tomando el control de mis acciones.

Mis pantalones caen al suelo y algo húmedo acaricia mi sexo, que no tarda en reaccionar, irguiéndose firme frente aquella lengua que empieza a martirizarlo. La pelirroja deja de besarme y se arrodilla también ante a mí. Ambas lenguas se pasean por mi sexo como si este fuera un puto caramelo.

Siento sus cálidos alientos e incluso, las escucho reír cuando sus lenguas se encuentran. Las dos me miran con complicidad antes de besarse entre ellas. La morbosidad de aquella imagen me pone a mil por hora. Sus lenguas juegan conmigo de nuevo, pero necesito más acción. Las tomo del pelo dejando las delicadezas para todos aquellos

que quieran hacer el amor y las llevo hasta la cama, las lanzo hacia ella y las dos corren a tumbarse sobre la misma.

Ambas me observan, impacientes, mientras se deshacen de la poca ropa que todavía llevan puesta. Me coloco entre las dos y me tumbo boca arriba mientras termino de colocarme el preservativo. La rubia no espera, monta sobre mí y comienza a mover sus caderas a buen ritmo. Grita de placer mientras continúa moviéndose, estiro mi brazo y toco el interior de la pelirroja. Está húmeda, ardiente de deseo. Se muerde el labio cuando cambio el ritmo y se inclina para besarme, pero niego con la cabeza.

—Bésala a ella.

No siento deseo de besarlas, no sé qué cojones me pasa. Se supone que esto debe de ser

lo más, que tirarme a dos tías la misma noche, en la misma cama, ¡joder! Pero mi mente trata de escapar.

¡Su puta madre!

Aparto a la rubia y ahora las coloco a cuatro patas. Como no espabile mi fiesta terminará aquí. Todo por culpa de Sara y de esa mierda de obsesión en la que se ha convertido. ¡Si ni siquiera me gusta, joder!

Una vez las tengo en esa posición, las penetro por detrás. Paso de una a la otra, haciendo que las dos se retuerzan de placer. Ninguna es discreta con sus gemidos, lo cual agradezco pues de ese modo, no me detengo a pensar en nada más.

La rubia llega al orgasmo y se deja caer en la cama. Giro hacia la del pelo cobrizo y coloco sus piernas sobre mis hombros. No tarda mucho en

llegar y busca mis ojos antes de alcanzar el orgasmo. Estoy agotado aunque mi erección sigue en su máximo esplendor. Pero sé que no voy a acabar, soy así de estupendo. Mi cuerpo continúa a cien y mi mente a mil, pero en otro puto sitio, y en el momento en el que me doy cuenta de ello, dejo de perder el tiempo. Me levanto y voy hasta mi ropa.

—¿Qué pasa? ¿Adónde vas?

Sabía que esa pregunta llegaría. Las mujeres no pueden únicamente quedarse dormidas después del sexo, necesitan analizarlo todo. No me he corrido, lo he notado, gracias.

—Vosotras estáis servidas, ¿no? Pues ya está.

Sueno más borde de lo normal, pero no me dejan otra elección. Suficiente tengo con esta

mierda como para tener que compartirla con ellas.

—Es por la chica del bar, ¿verdad?

—pregunta la rubia.

Ruedo los ojos. ¿En serio? Nos hemos acostado, ya está. No necesito que me psicoanalice ni que intente hacer de mi mundo algo mejor.

—Nos has utilizado para darle celos —sentencia.

¿Alguien puede cerrarle la boca?

Cierro la puerta sin decir nada más. Siento que estoy enfadado; enfadado conmigo mismo porque debería de estar por encima de todo esto, por encima de las mujeres, de lo que haga o deje de hacer mi hermano.

Sara ha escogido, pero se está equivocando. No se trata de que no me haya escogido a mí, yo no le convengo. Yo no tengo

amor para nadie, pero mi hermano le hará daño. Ryan se vende como el hombre de tu vida y quizás, en algún momento llega a creer que así es. Sin embargo, la única realidad es que el amor se le acaba tan rápido como le llega.

Los días pasan y mi mente parece haberse recuperado de la intoxicación que padecía. El sexo vuelve a ser normal, y con normal, me refiero a que los fluidos salen de mi cuerpo. Menos mal, de lo contrario, estaríamos hablando de un importante problema de contención.

La verdad es que durante estas dos últimas semanas he intentado mantenerme ocupado y no

pasar demasiado por casa. He estado mirando pisos, quizás haya llegado el momento de vivir solo.

He encontrado uno bastante amplio, pero la maldita mujer de la inmobiliaria solo podía acudir a las diez de la mañana. ¿No hay más horas para quedar? Detesto madrugar. Cuando el despertador suena, lo único que siento es el deseo de estamparlo contra el suelo.

Me levanto y me dirijo hacia la cocina cuando la veo. Sara está comiéndose una tostada. Resulta curiosa con el pelo tan alborotado y con solo una toalla cubriendo su cuerpo. Ha follado. Mi hermano la ha traído aquí como el que pasea su trofeo.

La miro detenidamente aprovechando que ella no se da cuenta de mi presencia. En su mano

lleva una cubitera. Termina la tostada y abre esos ojos almendrados.

—Pero bueno, ¿qué tenemos aquí? Una mujer desnuda con una cubitera en la mano. Déjame adivinar... Mi hermano te ha dejado con el calentón, ¿verdad?

—No estoy desnuda —se defiende. Miente fatal.

Sus mejillas se vuelven de un tono rojo carmesí.

Lo está. Está desnuda a tan solo un metro de mí. Sus ojos buscan la puerta del baño y yo me imagino lo fácil que sería tirar de esa toalla y poder contemplar su cuerpo. No, debo portarme bien.

—Apuesto a que no llevas nada bajo esa toalla... Pero, sea como sea, ¿quieres que te ayude

con el hielo?

Me pregunto dónde estará mi hermano. ¿La ha dejado aquí y se ha ido? Qué desconsiderado por su parte.

—No es lo que piensas —se defiende, como si ella supiera qué narices estoy pensando.

Quizá debería aprovechar la ocasión y cumplir mi promesa, aunque, mejor no... no me apetece ser el segundo plato de nadie.

—Encanto, yo no pienso, pero, en vista de que no te apartas, deduzco que será por algo. ¿Necesitas ayuda?

Sé su respuesta. Ella está enamorada de Don Perfecto; además, yo no hago el amor ni todas esas cursiladas de mierda que salen por su apetecible boca, pero, para variar, Sara asiente. ¿Qué cojones?

No dudo, me acerco a ella y dejo que su cuerpo quede atrapado entre la pared y yo. A la mierda lo de no ser un segundo plato, conmigo no se acordará de qué es lo que hizo antes.

Busco su clavícula y paseo mi lengua por ella.

—Este tipo de ayuda no... —comenta nerviosa.

¡Y una mierda! ¿Que no busca este tipo de ayuda? ¡¿Y por qué su respiración está agitada?! Venga, ¡no me jodas! Ha esperado a que pase mi lengua por su piel para decirme que no. Lo está deseando, pero su mente es demasiado estrecha como para admitirlo.

—¿Qué necesitas? —susurro junto a su oído.

Está temblando. Me desea, lo sé, lo puedo

notar. Sus ojos intentan no cruzarse con los míos y sus labios están entreabiertos, muriéndose por ser besados y mordisqueados.

—Nada, déjalo —comenta con la boca pequeña.

Necesita un empujón, uno pequeño y caerá. Lo sé, lo presiento y en esto, pocas veces fallo.

—Dímelo o... tiraré un poco de aquí.

Cojo la punta de la toalla y por un momento, quiero que no me lo diga. Quiero dejarla desnuda y quiero que me desee, joder. Quiero que me suplique que la folle una y otra vez. Quiero hacerlo y así, sacarla de mi puta cabeza.

—Se lo diré a Ryan.

Esa frase, esas putas trece letras me molestan y no puede llegar a imaginar cuánto. Ryan, siempre él. Maldito sea.

—Huy, qué miedo, prueba otra vez —digo mientras mis dedos sujetan con mayor convicción la punta de la toalla. Su delicado cuerpo intenta retroceder en vano y yo siento que mi polla se pone dura. ¡Joder!

—¡De acuerdo! No puedo andar bien. ¿Contento?

A la mierda con la erección. ¿Que no puede caminar? ¡Venga ya! Coloco mis manos a ambos lados de su cara y la miro a los ojos. Está muerta de vergüenza, imagino que no es algo de lo que alguien pueda sentirse orgulloso.

¿Y qué narices pretende hacer con el hielo? No puedo contener una carcajada. Agacha la mirada y sus labios se tensan formando una delgada línea.

—No sé para qué te cuento nada. ¿Podrías

apartarte, por favor?

Siento pena por ella. Parece humillada y esa no era mi intención. Únicamente me ha sorprendido.

—Está bien, está bien... —digo y percibo cierto alivio en sus ojos. Un momento, no quiero convertirme en el amigo que presta su hombro para llorar, no con ella. Ni de coña—. Nunca me había encontrado con nada parecido. ¿Tan grande la tiene mi hermano?

Sé perfectamente cómo la tiene, pero me gusta molestarla.

—Eres un cretino.

Sonrío ante el cumplido.

Sigue con la toalla alrededor de su cuerpo y yo con ganas de quitársela. Cree que soy un cretino y me muero de ganas de demostrarle en qué

proporción puedo llegar a serlo.

—Cariño, eso pasa por falta de práctica y también de delicadeza por parte de mi hermano. Yo te lo habría hecho mejor y además, ahora podrías continuar andando de maravilla.

—Tu hermano ha sido delicado —le defiende levantando la cabeza con dignidad. Si sigue así, la toalla caerá y podré recrearme con las vistas—. Dices tener mucha experiencia, pero no tienes ni la menor idea de cómo ayudarme. Haz el favor de dejarme espacio, pareces una lapa.

Estúpida.

Le quito la cubitera. ¿Qué narices va a hacer con eso? Lo usamos para picar hielo y hacer mojitos, nada más.

La miro sin saber qué hacer. ¿La ayudo o que le jodan? Era virgen, la dulce y delicada Sara

era virgen. No me lo puedo creer, ¿todavía hay chicas de veintitantos que continúen siendo vírgenes? ¿En serio?

—Debes de tener los abductores contraídos.

Me mira asombrada. ¿Qué? Sé decir “abductores”. Puedo ser un cretino, pero no soy un analfabeto. Una cosa no quita la otra.

—Supongo que debiste mantenerte en constante tensión, cagadita de miedo. Podrías haberme dicho que eras virgen, me hubiera gustado hacer los honores.

Lo habría hecho encantado. Las mujeres tienen la manía de idealizar la primera vez. Creen que por encima de todo, debes estar enamorado y que tiene que ser en una cama, con velas y tras un plan romántico. ¡A la porra el romanticismo! Se

engañan pensando que es algo que solo se regala a una persona especial, pero esa persona quizás en un mes, tal vez en un año, te falla... y entonces, tu regalo deja de tener significado.

—No creo que el hielo funcione —continúo—. Mejor prueba con crema hidratante, masajéate los muslos y haz que estos se destensen.

Está procesando la información. Las aletas de su nariz se mueven antes de alzar la barbilla y me sorprende con un empujón en el pecho.

¿Qué mosca le ha picado ahora? Quien la entienda, que la compre. Manda cojones, Sarita. Sin saber el porqué de ese comportamiento, de esa forma de ser tan distinta a las demás, me siento todavía más atraído por ella. Odio que no babeo por mis huesos, así que ataco de nuevo.

—De todos modos, tengo una fórmula

mucho más rápida y eficaz... Podría relajarte con un orgasmo. Cuando lo has hecho con mi hermano, ¿te has mareado? ¿Has notado cómo tu vientre explotaba? ¿El mundo te ha dado vueltas?

Su expresión, lejos de mostrar excitación, se llena de indiferencia.

—No me ha drogado, James. Hemos hecho el amor.

Me rindo. «Hemos hecho el amor», me burlo en mi mente.

—Nena, el sexo es una droga. Dile a mi hermano que te folle, lo necesitas. Aunque yo estaría más que dispuesto a demostrártelo. ¿Qué me dices, Sarita?

El rojo carmín vuelve a poseerla y creo que este se convertirá desde ahora en mi color favorito. Abre la boca y la vuelve a cerrar. ¿No

sabes qué decir? No digas nada, tan solo quítate esa puñetera toalla.

—Que te den por el culo —suelta e intento no reírme de su recién descubierto mal humor—. Ah, no, que quizá te gusta.

Se gira en plan «indignación máxima». Quiero tirar de la toalla, pero ella ha sido más rápida y la agarra con toda su fuerza. Da cuatro zancadas y se esconde en el baño tras un sonoro portazo.

La puerta principal se abre y mi hermano aparece como un auténtico príncipe azul con el desayuno.

—Cielo, ¿dónde estás? —pregunta sin percatarse de mi presencia.

—Aquí, ¿no me ves, cariño? —me burlo, molesto por su presencia. Ya podría haber tardado

un poco más, no sé, como cien años quizá...

—¿Dónde está ella? —pregunta de nuevo, dejando la bolsa sobre la mesa. Se acerca a mí y me mira como si yo fuera un asesino en serie—. ¿Qué narices haces aquí, James?

¿Que qué hago aquí? ¡Vivo aquí! No sé por qué narices lo hago, pero vivo aquí. Le miro con total indiferencia, como si sus palabras o su presencia no me molestaran.

La puerta del baño se abre y Sara aparece una vez más con la toalla enrollada en el cuerpo. Se dirige hacia él y le besa con cariño y ternura.

—¿Cojeas? —pregunto, intentando romper este ambiente empalagoso que están creando.

Se sonroja aunque trata de disimularlo. Mira a Ryan, y lo hace como si él fuera el único hombre del mundo. Todos los tontos tienen suerte.

Que les den a los dos. A una por ilusa y al otro, por traidor.

Paso por su lado y no puedo evitar soltar una última pulla. Ya que me consideran un cretino, les daré más razones para hacerlo.

—¿Te has puesto mi crema? —pregunto, fingiendo olisquear el ambiente. Lo ha hecho, noto el perfume que emana y... joder, ¿desde cuándo me gusta la idea de que ella lleve algo mío? Puta vida.

CAPITULO 12

Fóllame.

*La gente dice que no existen mujeres
frías,
solo hombres inexpertos.*

Irvine Welsh

No hay otra persona en el mundo. Nadie más.

Mi hermano me ha pedido —precisamente a mí— que recoja a su querida novia para después llevarla a casa de nuestros padres a cenar.

Yo, James Cooper. ¿En serio? Al principio pensé que se trataba de algún tipo de broma de mal

gusto. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que coincidimos los tres. Me mudé de aquel piso que hasta el momento compartíamos y desde que vivo solo, la vida resulta mucho más fácil.

No me veo obligado a ser testigo del amor que se profesan los dos. Me ha sorprendido, la verdad. Pensé que mi hermano se cansaría de ella mucho antes. Siempre ha sido así. Siempre que ha querido algo, al poco de tenerlo lo ha aborrecido.

El plan es sencillo. Tan solo debo esperar a que ella salga de su clase del gimnasio y llevarla a casa de mis padres. No es complicado, pero —siempre hay un pero— cuando llevo más de diez minutos esperando, las luces de la entrada se apagan casi por completo. ¿Qué diablos? ¿Dónde se habrá metido Sara?

El conserje entra en el cuarto de las

herramientas y le saludo con un simple gesto mientras que en mi interior maldigo una y otra vez. ¿Por qué no me habré negado?

—Perdona, ¿todavía está Sara? —pregunto sintiéndome estúpido, quizás ese hombre no tiene ni la menor idea de quién narices es Sara.

—Sí, está en el vestuario.

Maravilloso, ahora me toca esperar... más. Pienso en irme. Que venga mi hermano a por ella.

El hombre parece nervioso, no hace más que mirar el reloj una y otra vez para después hacer lo mismo con su teléfono con palpable desesperación. En ese momento, una idea —una de esas que nunca debería tener— se cruza en mi perturbada mente.

—¿Tiene prisa? —pregunto con fingida preocupación.

En realidad no me importa si ese hombre tiene prisa o no pero, en ocasiones, me gusta aparentar ser un ciudadano amable.

—La verdad es que tengo que hacer un recado —comenta antes de secarse el sudor de la frente con un pañuelo de tela.

No necesito demasiadas excusas para convencerle de que puede marcharse tranquilo. Cuando Sara salga, bajaré la persiana y él, que regrese más tarde para conectar la alarma.

Una buena acción que, cómo no, viene acompañada de una doble —y perversa— intención.

Mi mente viaja a mil por hora. Iré al vestuario, saludaré a mi hermosa cuñada y si puedo, le daré un pequeño susto.

Deambulo por las instalaciones siguiendo

las indicaciones que el amable conserje me ha dado. No hay pérdida, según ha dicho. Los vestuarios de las chicas están en la segunda planta. Cuando llego, giro el pomo despacio, intentando no hacer ruido para que la sorpresa sea mayor.

Entro con sumo cuidado, pero Sara no se encuentra a la vista. Desde mi posición puedo escuchar el agua de una de las duchas y en ese momento, sé que mi plan es mejor incluso de lo que había imaginado. Está desnuda y no la veo, no todavía, pero la alarma de alta temperatura ha saltado entre mis piernas. Mi sexo parece revolverse curioso.

No, no puedo ir y simplemente observarla, no. Aquello no está bien. Es mi cuñada. Vale que siempre he buscado la forma de tentarla, pero no puedo hacer esto. Es demasiado depravado incluso

para mí. No ahora que lleva saliendo un año con mi hermano.

Me acerco con sigilo. ¡Joder! Me siento como un puñetero enfermo y sin embargo, no me detengo. ¿Para qué? A través de la cortina aprecio su marcada silueta. El agua cae y resbala por su piel, húmeda y suave. ¡Joder!

Mi mente macabra piensa que quizá, podría entrar en aquella ducha y simplemente, poseerla. No tiene por qué reconocirme... Tal vez piense que soy su novio, mi hermano, el casto de Ryan. Puedo hacerlo, puedo ser él por unas horas.

Lo haré, joder, claro que lo haré. Lo haré porque mi sexo está a punto de reventar porque, a pesar de todo, soy un mezquino y un egoísta y la quiero para mí. Quiero sentirme dentro de ella. Lo necesito, lo ansío.

¡Joder, lo haré!

Doy un par de vueltas por el vestuario, inquieto, nervioso de los pies a la cabeza. ¿En qué cojones estoy pensando? No, definitivamente no puedo hacerlo. No soy tan hijo de puta o sí, quién sabe. Tengo que irme, he sobrepasado la línea. Ya está. Vete, James, vete.

Quiero dar media vuelta, lo juro, pero justo cuando estoy a punto de hacerlo, la cortina se abre de par en par.

Sara me mira y sus ojos parecen asustados. ¡Dios! Me ha cazado. Lo sabe. ¿Qué narices le voy a decir? Mi corazón cabalga a doscientos por hora, pero no me muevo, ni siquiera pestañeo.

Su mirada se suaviza al instante, incluso afirmarí­a que me ha parecido distinguir un ápice

de lujuria en ella.

—¿Qué pasa?¿Te gusta lo que ves?

¿Sara juguetona? Que me maten. Justo en este instante comprendo que ya no hay marcha atrás. Mis hormonas se han activado, mi sexo ha decidido tomar la iniciativa y, cómo no, lo único que quiere es salir y explorar.

—¿Te importa que me duche contigo?

—pregunto en un tono demasiado tímido para mi gusto. No tengo ni idea de cómo le habla Ryan.

No me ha reconocido. Mi dulce y —por lo visto— pícara Sarita no me ha reconocido. La excitación se multiplica en mi cuerpo con solo imaginar que la puedo tener.

No contesta, simplemente no contesta. Vamos, di algo, ¡por el amor de Dios!

Se gira para coger el bote de champú y

decido interpretar ese acto como una clara invitación. Me desprendo de mi ropa y me da igual dónde ponerla, como si desaparece.

Entro en la ducha y aprecio su precioso cuerpo. Su trasero —Dios, ¡qué culo!— llama toda mi atención. Quiero agarrarlo, con ganas, con mis dos manos, pero no lo hago.

Me acerco a ella y solo pienso en lamer cualquier parte de su piel.

—¿Quieres que te enjabone? —pregunto, ardiendo entre mis propias llamas, cuando en realidad quiero decir: «¿Quieres que te folle?». Pero no es plan. Debo mantener las formas si pretendo conseguir llegar a la meta. Y mi meta está más que clara: Toda ella.

Asiente; ni me mira, ni me habla. Ahí está de nuevo la tímida Sara, pero solo dura un

momento, todavía no sabe lo que es bueno. Prometo engullir toda esa timidez de una vez por todas.

Tomo el jabón y comienzo desde el cuello. Es placentero poder tocarla al completo. Sus pechos, firmes y redondeados, caben en mis manos. Son perfectos, joder.

Sigo descendiendo, mis dedos buscan su sexo con desesperación y, a pesar de encontrarnos bajo la ducha, puedo apreciar lo caliente que está. Tira la cabeza hacia atrás y la apoya en mi cuello. Aprovecho, la lamo, la muerdo. La siento húmeda, preparada solo para mí. Puedo escuchar sus pequeños gemidos y ahora solo quiero que grite, que sienta infinito placer y que no se quede con ganas de más. Quiero demostrarle de lo que yo soy capaz, yo... solo yo, no mi hermano.

—Ryan, esto está mal, estamos en el gimnasio —dice con la boca pequeña, pero en ningún momento se aparta.

Que me llame Ryan me sienta como una patada pero, ese es el plan, ¿no?

—¿Está mal?

Mal está que me llame Ryan pero, incluso así, merece la pena. La obligo a girarse. Quiero que me mire, que vea cómo la hago gozar.

—Muy mal —contesta con un leve puchero en los labios, gesto que deseo borrar con mis dientes. La beso, no soy cortés ni delicado, eso ya se acabó.

—¿Sabes qué es lo que está realmente mal? —pregunto, acercándome todavía más a ella. Puedo notar cómo sus pechos rozan mi torso y sus pezones se endurecen con el contacto. Ansío

sujetarla por las nalgas y adentrarme en ella, con dureza, sin delicadezas—. Que todavía no me hayas tocado —añado cerca de su cuello.

Busco su mano y la llevo hacia mi miembro. Dios, ¡se me para el corazón cuando me lo coge! Gime. ¡Eso es! Pienso mientras intento controlar mis impulsos, que están locos por salir a jugar.

La penetro con mis expertos dedos y alcanzo una velocidad elevada. Su precioso cuerpo se estremece ante mi tacto. Su mano sigue acariciándome, tratando de mantener el mismo ritmo que la mía. Se esfuerza a pesar de su inseguridad y gimo. Experimento un tremendo placer al pensar que es la primera vez que ella toca de aquel modo a alguien y ese alguien soy yo.

—Ryan —me susurra. Evito gruñir por los

pelos, pues solo quiero escuchar mi nombre entre sus labios. ¡Puta rabia!

—Dime, preciosa.

—Nos van a pillar. —Su voz tiembla con mis caricias.

En ese instante, me da completamente igual que nos pillen. Me detengo un segundo, pero solo puedo pensar en seguir con aquello y llegar hasta el final. Sujeto su pierna y la levanto, dejándola completamente expuesta, a mi entera merced.

—¿Quieres que pare? —pregunto por cortesía. No puedo engañar a nadie, quiero escuchar cómo dice que no, tiene que suplicarme que siga.

—No —responde con rotundidad. Sus caderas oscilan en un intento de llamar mi atención, un reclamo para que la embista. Sonrío.

Es tan caliente e inocente al mismo tiempo que solo de pensarlo me pongo a cien.

—Entonces, ¿qué quieres que te haga?

La veo dudar. Su boca continúa entreabierta, todo su cuerpo grita «quiero más». Necesita más, pero duda. ¡Putas dudas!

—Hazme el amor.

Resoplo. No puede ser.

Estamos frotándonos en una ducha, húmedos, excitados y ella solo piensa en que le haga el amor. Resulta tan cursi que me parece vomitivo.

—¿Hazme el amor? Sara, cariño, estamos en la ducha. Di lo que realmente quieres que te haga.

Esta vez no duda.

—¡Quiero que me folles! —grita

mirándome a los ojos.

¡Esa es mi chica!

No la hago esperar. La penetro de una sola embestida, está lo suficientemente caliente y su lubricación es máxima. Entro en ella y me muevo como solo yo sé mientras dejo que mis caderas busquen un ritmo constante. ¡Está tan jodidamente estrecha...! Disfruto al máximo de cada movimiento al mismo tiempo que ella parece acompañarse a mi trepidante ritmo, aunque no sabe muy bien qué hacer.

Noto cómo se escurre, cómo su cuerpo cede ante el placer y dejo que su espalda se apoye en la pared. Me aferro a sus nalgas y resoplo, ¡qué culo! Firme y respingón. La elevo de forma que mis penetraciones le llegan ahora con mayor profundidad. Se está esforzando, se mueve y hace

que yo disfrute todavía más.

—Me encantas —digo, esta vez con total sinceridad.

Me centro en su pezón con ganas, lo lamo y lo mordisqueo también. Le gusta, le gusta tanto que tira la cabeza hacia atrás, dejándome su largo cuello a mi total disposición. Paseo mi lengua por él y sé que está a punto de llegar, lo noto en su sexo, siento sus espasmos.

—Ryan —llama con urgencia.

—Déjate llevar.

Obedece. De pronto, un interminable orgasmo sacude su cuerpo. Percibo su sorpresa, como si nunca antes hubiera sentido algo parecido y no sé por qué, pero siento un extraño orgullo que me llena por completo. Me siento triunfante. Por primera vez desde que tengo uso de razón,

antepongo su placer al mío.

Ella ya ha terminado por lo que salgo de su interior. Mi erección se queja, pero no le hago caso. A continuación, bajo la mano, lo busco y lo agarro con firmeza antes de comenzar a acariciarlo, estoy muy cerca del orgasmo.

Sara me mira pero sus ojos están perdidos. Quiere ayudar, pero no sabe cómo. Apoyo mi mano en su hombro y lo presiono ligeramente para darle a entender que sería todo un placer que se arrodillara frente a mí.

No me lo puedo creer. Lo está haciendo. Continúa mirándome de esa forma tan inocente y que tanto me pone y no lo dudo más. Llevo mi polla hasta su boca y la relleno encantado.

¡Joder! Esto es maravilloso. Sus labios se muestran inexpertos pero no se detiene. Me lame,

me devora con toda su voluntad. De hecho, lo hace tan bien que no puedo evitar un gemido, que escapa de mi garganta antes de que haya sido siquiera consciente de ello.

—Sara —susurro su nombre justo antes de que el orgasmo me sacuda.

Ella lo recibe con avaricia, incluso agradecida, y se asegura de que no quede nada más en mi interior. A continuación, se levanta y me sonrío; parece feliz, muy feliz.

—Te quiero —me dice.

—Eres genial —contesto con una amplia sonrisa.

Lo digo de verdad. Su expresión se altera por momentos y su mirada se posa en uno de mis lunares. ¡Mierda! No quería que me descubriera, ¡joder!

—¡James! —grita horrorizada y se lleva las manos hacia el rostro.

—Hola, preciosa —saludo, intentando no dejar de sonreír.

Detesto que me mire como si no fuera más que un monstruo. Lo hemos pasado tan jodidamente bien... Me hubiera encantado poder alargar un poco más el momento.

Su odio aumenta y distingo las lágrimas que irrumpen en su preciosa cara. Siento dolor, un dolor que no esperaba llegar a sentir. ¡Joder! Trato de consolarla, pero me rehúye y me siento jodidamente mal por ello.

—¡No me toques! ¡Ni se te ocurra volver a tocarme! ¡¿Me entiendes?!

Su mueca de asco me ofende, pero jamás cederé y me mostraré dolido. ¿Yo? ¿James? Los

cretinos no sufrimos, simplemente sonreímos de lado.

Mi cabeza trabaja a mil por hora. Ese «te quiero» que ha salido de sus labios me ha sentado realmente bien, pero no puedo pensar en eso en este preciso instante. Es hora de responder como lo haría un maestro cretino.

—Hasta hace un momento no parecías tener problemas con el hecho de que mis manos exploraran cada parte de tu cuerpo —ataco esperando que duela. Y lo consigo, puedo verlo en el brillo de sus ojos.

—No —niega, pero sé que está mintiendo.

—¿No? —Me acerco un poco más—. ¿A quién quieres engañar? ¡Estabas disfrutando! No puedes negarlo.

No puede hacerlo, lo he notado. Mi polla

lo ha notado y ahora me siento furioso, no puede negar lo evidente. No pude hacerlo.

—Pero...

—Aquí no hay peros —corto tajante—. Te gusta. Admítelo.

Empujo su barbilla hacia arriba, quiero que me mire y que no se interpongan entre nosotros más mentiras. Si miente, que lo haga mirándome a los ojos.

—¡Sí! —confirma con un grito desgarrador mientras me golpea el pecho—. ¡Me ha gustado! Pero eso no cambia las cosas... ¡No cambia absolutamente nada!

Claro que lo cambia, lo cambia todo. Me desea, y yo la deseo a ella. Se ha dejado llevar... Podría enseñarle tantas cosas. Necesito volver a hacerlo. Quiero hacerlo, pero quiero que esta vez

sea conmigo, con James, con el cabrón, con el cretino.

Pongo mis manos a ambos lados de su rostro y busco su mirada. No soy brusco, pero necesito que mantenga toda su atención puesta en mí.

—Claro que cambia.

—No me toques —ordena, pero su tono ahora es otro. Duda, retrocede, pero no se aleja. Seguimos completamente desnudos en esta estrecha ducha.

—Sara, el daño ya está hecho. Yo no pienso contárselo a nadie... Deberíamos aprovechar. Será nuestra única ocasión para hacerlo. A ti te ha gustado, a mi me ha gustado. Luego, podemos despedirnos y pasar página.

—No —dice una y otra vez, pero su cuerpo

no se mueve.

—Por favor —le ruego. No sé por qué lo hago, bueno, sí que lo sé. Porque lo deseo, realmente deseo volver a hacerlo, pero como James. Quiero que me llame por mi nombre y pienso que quizás, de aquel modo se esfume esta maldita obsesión que tanto me atormenta.

Soy un hombre de una sola vez. Después de lo de Laura, me he convertido en un hombre que no repite. Sin embargo, con ella tengo dudas. Y yo, James Cooper, no puedo tener dudas, por lo menos no con este tema. Lo volveremos a hacer, como James y Sara. Fin de la historia.

—Por favor, James —suplica, pero sé lo que en realidad significa.

La toco, lo hago en el vértice de sus piernas y ella jadea. Noto su humedad, su

necesidad y sé que su cuerpo me reclama a gritos.

—Tu cuerpo me quiere, me necesita, pero solo quiero que me lo digas tú. Dímelo, Sara.

En su sexo aumenta la excitación.

—Me voy —dice, pero su cuerpo sigue gritando otra cosa.

La freno, la tomo de las muñecas y las coloco por encima de su cabeza. Cruzo una línea muy fina y no quiero forzarla, por el amor de Dios, nunca lo haría. Sé que me necesita tanto como yo a ella y acaricio cada milímetro de su cuerpo mientras todo él se estremece con el tacto de mis dedos.

Me mira y veo el fuego en sus ojos.

—Fóllame —me dice sin apartar sus ojos de los míos.

Ardemos los dos. Fuego con fuego. El

inicio de mi maldita perdición.

CAPÍTULO 13

Cretino.

*No regales tu tiempo a nadie, y menos a un
cretino,
se creerá que te ha hecho un favor.
Alfredo Vela*

Fóllame.

Eso ha dicho y, joder, ha sonado como música para mis oídos. Lo he conseguido, porque tal y como dije en su día: todo lo que se propone James Cooper, lo consigue. Aun así, me sabe a poco.

Necesito más, qué cojones, lo necesito todo.

—¿Quién quieres que te folle? —pregunto, deseoso de escuchar mi nombre en sus labios. Quizás esté jugando con fuego y esto provoque que ella se eche para atrás, pero necesito arriesgarme, necesito hacerlo. Quiero escucharlo de sus labios, que sea completamente consciente de que soy yo, el cretino, el que se la está follando y que sepa que aquí no estamos haciendo el amor porque, en realidad, el amor se hace fuera de la cama. Hay tiempo para eso, hay tiempo para todo.

—Tú —me dice con la voz trémula por la excitación.

No me basta, no quiero ese “tú” de su boca; no, quiero oír mi puto nombre. James. Quiero que lo diga.

Muevo mis caderas e introduzco mi polla entre sus muslos, quiero que la sienta, que vea qué es lo que se está perdiendo al no decir esas cinco letras que me harían tan jodidamente feliz.

—¿Quién? —insisto, atrapando el lóbulo de su oreja entre mis dientes. ¡Joder! Quiero follarla, quiero hacerlo ya pero antes debe decir la maldita palabra mágica.

Me muevo como si estuviera dentro de ella y su boca se abre, regalándome jadeos que irradian sexualidad.

Se cubre el rostro con las manos tratando de contener un orgasmo que está muy cerca. ¿En serio? ¿Así de fácil? Vamos, Sarita, di mi nombre.

Aparta las manos y me contempla con extrema urgencia.

—James, fóllame de una puta vez.

Sus deseos son órdenes para mí. Sara deja a un lado la estúpida idea de hacer el amor, enreda sus dedos en mi pelo con dureza y no puedo más que responder con un gruñido.

Nuestras bocas se juntan, chocan formando un beso de infarto, un beso que sabe a sexo, que expresa lo que nuestros cuerpos gritan a viva voz.

Me aferro a su culo, clavo mis dedos en sus nalgas y la levanto. La apoyo contra la pared y me hundo en ella sin pedir permiso. Mi sexo sabe adónde ir y el suyo me da la bienvenida, abrazándolo por completo.

Me muevo, se mueve, grito, grita. La combinación es perfecta, demasiado perfecta.

Salgo de ella y nada más hacerlo, siento que la necesito de nuevo. Sus ojos me buscan perdidos, parece no entender nada.

—¿Qué haces? —pregunta, tratando de recuperar el aliento.

—Estaré encantado de follarla, señorita Ramírez, pero estoy buscando un lugar más cómodo. Ya has tenido una experiencia en la ducha.

La cargo a horcajadas hasta el banco, que parece mucho mejor que la ducha. La tumbo sobre el mismo, sujeto sus piernas y las coloco a lado y lado de mi cabeza. Me mira expectante y siento que quiere más, la deseo, joder. Acabo de follarla hace apenas un momento y quiero más, mucho más.

Me hundo de nuevo entre sus piernas, sintiéndola mucho más profunda. Abre la boca y ahoga un sonoro grito. Sin embargo, quiero que grite, quiero que disfrute como nunca antes lo ha hecho.

—Disfruta, encanto.

Le meto un dedo en la boca y ella lo lame como si fuera mi polla. Bendita locura. Quiero alargar el momento al máximo porque, para qué engañarnos, esto se va acabar.

—¡Dios, Dios, Dios...! —repite una y otra vez cuando un eterno orgasmo la asalta.

Su sexo se contrae y todo su cuerpo se tensa. Lucha contra lo que está sintiendo pero no me conformo, para nada. La martirizo, llevo mi dedo hasta su clítoris y juego con él haciendo que el placer no cese.

—Tienes que parar —me dice, conteniendo los gritos.

Se aparta de mí para ponerse en pie, sin poder mantener apenas el equilibrio. La miro a ella y miro la erección que sigue viva entre mis

piernas, firme, deseosa de más.

No pienso parar, por lo menos no ahora. Hay tantas cosas que quiero hacerle... La obligo a dar media vuelta y hago que apoye las manos en el banco antes de entrar en ella por detrás. La pillo desprevenida. ¿Es que nunca antes se lo han hecho así?

Arquea la espalda con lo que provoca que mi polla entre por completo, notando aún más el roce.

—¿Te lo han hecho alguna vez así?
—pregunto, aun sabiendo la respuesta—. ¿Te gusta cómo te lo hago? ¿Te gusta cómo te folla un cretino?

—¡Cállate! —grita claramente furiosa.

Sarita se ha enfadado. Al parecer, no le gustan las verdades. No, no se va a hacer la

estrecha, no ahora, no aquí.

—¿Por qué? —contesto en el mismo tono. Busco algunos de sus mechones, me enredo en ellos y tiro hacia atrás al tiempo que continúo embistiéndola. Si sigo así terminaré rápido, lo noto, por lo que me obligo a aguantar. Esto no puede acabar, no ahora—. Deja de fingir y deja de comportarte como la señorita que eres con mi hermano. Admite que te pone que te hable sucio. Reconoce que nunca habías sentido nada igual.

No dice nada, se queda callada y sin embargo, no deja de mover las caderas en busca de más placer. Le gusta, claro que le gusta. Con una mano busco una de sus tetas mientras que con la otra, continúo sin soltarme de su pelo.

Regreso al botón del placer y lo toco como solo yo sé hacerlo. Sé donde tocar, sé cómo tocar

y sé hasta dónde puedo hacerla llegar. Ahora solo quiero que ella también lo sepa.

—Admite que él no te lo hace como yo.

Vamos, Sarita.

—Le quiero a él —responde a la defensiva. Sus palabras me hieren.

Quema, mi pecho quema tanto que salgo de ella al momento. La miro a los ojos tratando de leer su expresión. Su boca está entreabierta, jadea deseosa de un nuevo orgasmo. ¿Cuántos lleva? He perdido la cuenta.

—Nadie dice lo contrario, Sara.

Meto mi dedo en su boca con la intención de que saboree su propio placer, el que me ha regalado a mí y a nadie más. El que la ha hecho estremecer una y otra vez. Pero quiere a Ryan, le ama. No hay más.

Aprovecho para acercarme a ella, las ocasiones son únicas y hay que vivirlas como si no existiera nada más.

—Terminaremos lo que hemos empezado y mañana será otro día. No le contaré nada a mi hermano él nunca lo sabrá, será nuestro secreto. Puedes olvidarlo si quieres... Bueno, si puedes.

En ese instante es cuando me doy cuenta de que ella me importa. Quería tirármela tan solo para fastidiar a mi hermano, pero algo ha cambiado en este último rato. Puta vida.

Parece contenta con mi discurso y eso me escuece todavía más. Tal vez existiera una remota esperanza, una inútil y estúpida esperanza de que ella al final me escogiera a mí, pero, al parecer, eso no va a suceder.

Nos besamos, nos follamos, le hago todo lo que sé. Dejo que mi lengua repase cada uno de los rincones de su sexo. Se estremece como si nunca le hubieran hecho nada parecido y me da rabia. Podría enseñarle tanto... ¡joder!

Cuando acabamos le regalo un último beso en el interior del muslo.

—Tranquila, podrás caminar bien —me burlo con sorna.

Me visto con sus ojos clavados en cada parte de mi cuerpo, no puede dejar de analizarme. ¿Tratará de memorizarme para poder fantasear conmigo más tarde?

—Vístete —ordeno—, debemos irnos.

—¿Ir? ¿Adónde?

Su pregunta me hace gracia. ¿Qué es lo que

tenía en mente? ¿Acaso pensaba que había ido hasta ahí solo para follármela y luego marcharme? No, estoy aquí gracias a su novio y al puto destino.

Me da rabia que afirme querer a mi hermano, me da una rabia inmensa.

—Ryan me ha pedido que viniera a por ti. Cenamos en casa de mis padres, cuñadita.

Dejo que sea el cretino el que hable, eso es lo que quiere, ¿no?

CAPÍTULO 14

Carpe Diem.

*Aprende como si fueras a vivir toda la vida,
y vive como si fueras a morir mañana.*

Charles Chaplin

Lo habitual suele ser que después de un gran polvo, tu rostro sea el reflejo más fiel de la felicidad, pero Sara no es normal. Sara tiene cara de pasa. Maldita sea.

No quiero que lo pase mal. Realmente me encantaría que me dijera: «gira a la derecha y vayamos a cualquier otro sitio», al fin del mundo,

por ejemplo, pero eso no va a suceder. No con Sara. Con cualquier otra mujer tal vez, todas me desean, todas han querido más; pero ella no es como las demás.

—Si no cambias esa cara, sabrá que pasa algo.

Me dedica una mirada cargada de odio profundo y oscuro. No debería importarme, al fin y al cabo, he conseguido mi meta, pero lo cierto es que me molesta.

—Ya veo que a ti no te pesa la consciencia.

No, a mí me pesan los huevos, no te jode. Tal vez siga pensando que no tengo corazón, que en el pecho tengo una bomba mecánica, nada más. Lo que no hace más que demostrar que no conoce una mierda de mí.

—Cielo, no te pongas así, ninguna mujer se resiste a mis encantos. Y tú no ibas a ser la excepción.

Me abofetea con fuerza pero sonrío. ¿Está molesta? Apenas unos minutos atrás suplicaba más y más, a mí, al cretino que ahora tanto le molesta.

—Cariño, si te gusta el sado, tendrías que habérmelo dicho; me habría encargado de que tu hermoso culito acabara rojito. Si te lo piensas mejor, ya sabes.

Me odio incluso yo mismo, pero ella solita se lo ha buscado.

—¡Nunca! —me grita—. ¿Me oyes bien? Jamás me pondrás un solo dedo encima.

Alzo una ceja en su dirección. Habla demasiado, dice muchas cosas, pero ahora mismo estoy seguro de que se abriría de piernas otra vez.

Empiezo a pensar que me estoy equivocado con ella y que en realidad, Sara es como cualquier otra mujer. Joder, tengo que olvidarme de ella. Si no lo hago, estaré metido en un puto problema, y yo no quiero problemas.

—Tranquila, fiero. Si sigues así, conseguirás que se descubra todo. Y no queremos eso, ¿verdad?

Se enfada. Tiene un gracioso modo de hacerlo, pues sus ojos quedan bien abiertos mientras que sus labios permanecen bien cerrados. Baja del coche súper indignada y cierra la puerta con un sonoro portazo.

Quiero decirle algo, pero no lo hago.

Se dirige hacia el porche como si el mismísimo demonio la hubiera poseído, erguida y con unos pasos demasiado bastos para ella.

Mi hermano, cómo no, nos espera frente a la puerta. Fin del juego. Aunque, de hecho, quizá pueda seguir atormentándola, del mismo modo en el que su presencia me atormenta a mí.

Ryan la besa en los labios y me estremezco al pensar que en parte se está comiendo mis babas, y lo que no son mis babas también.

Observo cómo se abrazan y creo que voy a vomitar. Él tiene palabras de cariño reservadas para ella, qué asco. Debería irme, eso es justo lo que debería hacer pero, por lo visto, soy un estúpido.

Entramos en casa y todo apesta a amabilidad. Siento que revivo de nuevo el primer día que él trajo a Laura. Laura forma parte del pasado, la tengo más que olvidada, pero jamás podré borrar de mi memoria la traición de mi

hermano.

Tomamos asiento alrededor de la mesa, todos tan amables, sonrientes y familiares, todos menos yo.

—James, cariño —dice mi madre—, a ver si aprendes de tu hermano y sientas la cabeza de una vez por todas.

Sonrío. Ahí está mi madre y el profundo amor que siente por mi hermano. Sara tose y da un largo sorbo de agua, momento en el que decido que llevo demasiado tiempo callado y que esta conversación me aburre.

—Tal vez Ryan también podría aprender de mí. ¿Verdad, Sara?

Le lanzo la pregunta y aprovecho para centrarme en sus ojos, los mismos que unos minutos atrás suplicaban un poco más de acción.

—Yo soy atea —responde sin ningún sentido ni lógica.

Cree haber salido airosa de mi ataque, pero no tiene ni la menor idea de que eso no es posible. La observo, no puedo dejar de hacerlo, siento una extraña obsesión por ella. Se suponía que una vez nos hubiéramos acostado todo habría terminado, que habría logrado mi meta y que con ello, habría hecho que se tragara sus palabras —y algo más también—. No obstante, al parecer estaba equivocado y aquí estoy, mirándola.

—Sarita —le digo, a sabiendas de que odia que la llame así—, tienes un poco de pan en la comisura del labio.

El miedo comienza a atormentarla. Cree que la voy a delatar, sin embargo, está muy equivocada, solo quiero que caiga de nuevo. Sé

que nunca repito, pero con ella haré una puñetera excepción. No como si nos fuéramos a casar, va más allá de todo eso. Se trata de una relación paralela, algo que no tiene futuro pero que, por el contrario, promete resultar tremendamente excitante.

Ryan no es tonto y percibe la tensión que reina en el ambiente, por lo que rápidamente mueve ficha. Le acaricia la mejilla de forma casta y pura. Si fuera yo el que estuviera en su situación le metería mano por debajo de la mesa. Qué diferentes somos, joder.

Mi madre los contempla con todo el orgullo reflejado en los ojos.

—Madre, se te cae la baba
—interrumpo—. Aprovecha con ellos, yo me quedaré soltero hasta el último de mis días.

—No digas tonterías. Eso solo lo dices porque la mujer indicada todavía no ha llegado a tu vida.

Mi padre saca a relucir su lado más romántico cuando entrelaza los dedos con los de mi madre. Este quiere tema hoy, sin duda.

La mujer indicada, repito. Pobre iluso.

—¿Hay alguna Sarita para mí en el mundo? —pregunto en el tono más melodramático que se puede llegar a emplear. Sara me lanza una mirada y veo el miedo en sus ojos, un miedo que me provoca asco. Cambio de expresión antes de hablar y dejo las sonrisas para otro puto momento—. Todas las mujeres son iguales: Unas zorras. —Chúpate esa, Sarita—. Todas, menos mi madre —termino de decir para acabar de cortar la tensión que se ha generado en apenas un segundo.

Espero a que Sara añada algo antes de darme cuenta de que no tiene nada que decir. No quiero mirarla, es más, quiero abandonar esta puta comida de mierda, pero me tengo que aguantar.

Mi madre, dispuesta a no dejar que yo lo estropee todo, saca un tema cualquiera con el que amenizar la cena hasta que esta termina, por fin, y Sara huye hacia la cocina. Ryan la sigue, para variar.

Debo largarme cuanto antes, no hago más que perder el tiempo cada segundo que paso aquí.

Aprovecho un momento en el que mi padre llama a Ryan y decido que tal vez sea el más idóneo para despedirme de mi cuñada. Le diré algo rápido ya que lo único que quiero es incomodarla un rato más.

Me apoyo en la puerta de la cocina y la

encuentro en el interior de la misma, totalmente ajena a mi presencia. Lleva puesto el delantal de mi madre.

—Estás muy sexy —digo en voz alta, permitiendo que los demonios salgan a pasear. Quiero que caiga una y otra vez.

—Creí que dijiste que fingiríamos que no ha pasado nada.

Cruza los brazos a la altura del pecho, parece ofendida, o tal vez se sienta desnuda. Cierro los ojos por un instante y recuerdo la imagen de su cuerpo bajo el mío, de su boca llena de orgasmos.

—¿Qué he hecho mal? —pregunto como si nunca hubiera roto un plato.

Abre la boca y la cierra de nuevo, como si tratara de procesar lo que en realidad quería decir.

¿Se habrá quedado mudita?

—Nada —termina—, tú nunca haces nada.

Está enfadada, nerviosa y por qué no, excitada. Da media vuelta y coloca los platos que ha enjuagado de nuevo en el fregadero para, acto seguido, quitarse el delantal. Al parecer, sigue siendo torpe. Como no lo logra y se niega a pedir ayuda, abre un cajón y saca unas tijeras con las que corta el cordón.

¿Nerviosa, nena?

—Entonces, ¿estás enfadada porque no he hecho nada? —pregunto entre curioso y divertido—. ¡Qué complicada eres! Con lo fácil que resulta el Carpe Diem.

Termina de quitarse el delantal y lo tira en plan dramático. ¡Arriba las telenovelas! Camina hasta la salida con el enfado marcado en sus

facciones, pero no sabe que no tengo la menor intención de dejarla escapar, no ahora que me lo estoy pasando tan bien...

Me interpongo en su camino y ella me da un empujón. Tiene fuerza la condenada.

—¡Apúntate esa, chica! Vive y deja vivir. No te metas en los asuntos de los demás.

Parece realmente furiosa cuando me señala con el dedo antes de adoptar un gesto de pocos amigos. Alzo las manos a modo de rendición aunque nunca me rendiré, lo sé, lo tengo decidido.

—Lo que tú digas, monada.

Soy yo el que se va tan solo por no darle el placer de dejar que ella me plante a mí. Me marchó, consciente de que sus ojos están clavados en mí y de que nunca en su vida olvidará lo que ha pasado hoy.

Y yo tampoco.

CAPÍTULO 15

Cretino is back.

*Hagámoslo. Intentémoslo una última vez. Si no resulta,
te prometo transformarlo todo en un sueño.*

Fernanda Ristaeu

Juro que he intentado apartarme, pasar página, olvidarme de Sara y de sus ojos almendrados, lo juro.

En ocasiones, sin embargo, intentarlo no es suficiente y menos todavía porque, aparte de cretino, soy un caprichoso y ella, se había

convertido en un capricho de los caros, de esos que sabes que no te convienen y que, no obstante, sigues deseando.

Digamos que por culpa del destino, del capricho o de mis tres piernas, he acabado regresando a la cafetería. La puerta pertenece sin duda a otra época, es de esas que emiten un sonido realmente feo cuando la cruzas. Sara se gira para comprobar quién ha entrado y ahí estoy yo, su peor pesadilla

—Buenas tardes, preciosa —saludo en un tono que no sé describir. Arrastro las sílabas alargando el momento, tratando de captar así toda su atención. He echado de menos esa mirada y por lo visto, no era consciente de hasta qué punto.

—¿Qué haces aquí? —suelta como si yo fuera el ser vivo más desagradable del planeta.

Arqueo una ceja y juraría que imita mi movimiento. ¿Eso significa que ha pensando en mí? Tal vez sí; aunque estoy seguro de que intenta evitarlo.

—Esa no es forma de tratar a un cliente, encanto —digo, recordándole que su jefa la mira con ojo avizor.

He vuelto para quedarme. He vuelto para atormentarla. Quiero que me preste atención, que caiga de nuevo. ¡Joder! Quizá, si volviéramos a acostarnos una vez más, me olvidaría de esta estúpida tontería y se esfumaría por fin esta inquietante obsesión.

Sara me mira como si el mismísimo diablo se hallara frente a ella. Me atrevería a decir que, incluso, puedo escuchar un Padre Nuestro.

—Pensé que eras atea.

La he pillado, puedo notarlo. Duda sobre qué decir o qué hacer pero, al parecer, a lo largo de estas últimas semanas, ha conocido el placer que produce el sarcasmo.

—He encontrado el camino del Señor —contesta en tono burlón.

Me encanta.

—¿Tienes muchos pecados por los que rezar? —pregunto y solo me viene a la mente su cuerpo frotándose con el mío en una ducha.

No puedo evitar relamerme al recordar el sabor de su sexo o el de sus orgasmos. Deliciosa.

Parece que mis palabras también le han permitido recordar. ¿Me creía olvidado? Mujer de poca fe. Suspira, ¿acaso se rinde?

—¿Qué te sirvo? —pregunta únicamente, a lo que quiero responder que puede servirse ella

misma en una bandeja. Me muero de ganas de hincarle el diente.

Dejo que mis ojos se recreen con la mueca de su rostro un poco más, quiero disfrutar del momento. Lleva una camisa blanca desabotonada, lo suficiente como para que su escote asome de forma tímida.

—Ponme un poco de hielo —le pido, recordando aquel famoso día en el que la encontré en mi antiguo apartamento, dolorida y frustrada—. Ya sabes, para rebajar la inflamación.

No puedo descifrar su expresión pero sé que está enfadada; eso me ha quedado claro, aunque no sé muy bien por qué. ¿Quizá desearía volver a repetir conmigo? No, no me lo pondrá tan fácil.

—Deja de pensar con la polla de una vez.

Harás del mundo un lugar mucho mejor.

Sonrío, ya era hora de que despertara el carácter de Sara. No me gustan las niñas que a todo dicen que sí, me aborrecen.

Me acerco a ella e invado todo su espacio personal. Quiero sentirla cerca, ¿le pasará lo mismo? En sus ojos me parece intuir que sí, del mismo modo que puedo percibirlo por la forma en la que entreabre su boca.

—Y tú, deja de decir tacos o te alejarás del camino del Señor.

Camino que, por cierto, dejó hace tiempo, concretamente desde que me hundí en ella y me pidió que la follase.

—Caer en la tentación es tan fácil... ¿verdad?

Quiere caer, lo sé, pero sigue intentando

hacerse la fuerte. Toma un trapo y se pone a limpiar. Aprovecho la ocasión para hacerme amigo de su jefa, necesito aliados porque, joder, voy a entrar en su vida; como que me llamo James Cooper que lo haré.

Cuatro cumplidos, solo me hacen falta cuatro palabras bonitas y Dolores, Loli o como sea que se llame la mujer, me sonrío como una tonta.

—¿Tienes un papel? —le pregunto, regalándole una de mis sonrisas también.

Asiente, abre un cajón que tiene a mano derecha y me da un folio y un bolígrafo.

—Que Dios te lo pague —agradezco mientras tomo lo que me ofrece.

Voy hasta el baño, me encierro y escribo un par de notas: una que dejaré ahí mismo y otra que entregaré a su jefa. Sonrío tan solo de pensar en la

cara que pondrá al verla. Son dos notas escuetas pues no soy hombre de grandes palabras, en realidad soy más de hechos, de muchos hechos. Me encantaría poder ver cómo sus mejillas se sonrojan al leerlas y cómo sus ojos brillan por la excitación; porque se excitará, claro que lo hará.

Las dejo en sus respectivos sitios, pago y me voy. Me encantaría poder quedarme un poco más de tiempo, pero mi plan ya está en marcha.

Cretino *is back* y esta vez, ha venido para quedarse.

CAPÍTULO 16

La llamada.

El amor solo existe en la obsesión de obtenerlo.

Manuel Rivas

Un plan perfecto es el que tiene un buen ataque. Uno de esos que no esperas y, si cuentas con aliados, mucho mejor.

Sara ha quedado con sus amigas para tomar algo y se supone que tendrán una tarde estupenda de chicas a la que curiosamente, he sido invitado. Obviamente no ha sido Sara la que me ha enviado la invitación, pues moriría antes de hacer tal cosa,

pero su amiga Esther es diferente.

El local en cuestión está bastante lleno y dudo que me resulte fácil dar con ellas, pero son listas y se han acomodado en uno de esos sofás de fácil acceso. Al parecer, el destino quiere tenderme una bonita alfombra roja.

—¿Está ocupado? —pregunto consciente de que Sara no se había dado cuenta de mi presencia.

Mi chica de ojos almendrados suelta la cerveza como si esta hubiera empezado a arder de forma repentina y me mira con cara de pocos amigos. Ella es así, lo vive todo al máximo: odia a lo grande y ama a lo grande.

—Hola, James, ¿qué tal estás? —pregunta Esther, claramente entusiasmada por mi presencia.

Qué fácil me ha resultado contactar con

ella y qué fácil ha sido conseguir una invitación. ¿He mencionado ya que lo fácil me aborrece?

Recorro con la mirada a las tres mujeres aunque realmente solo quiero mirar a una, pero me gusta hacerme el interesante.

—De maravilla —contesto sonriente—, solo hay que ver la compañía. Estáis todas preciosas.

Las amigas de Sara suspiran, pero parece que ella ni siquiera respire. ¿Para qué? Está recopilando todo su odio hacia mi persona y casi puedo ver cómo lo acumula en la punta de la lengua.

—¿Qué haces aquí?

—Yo también me alegro de verte, cuñada —contesto con indiferencia. Odio que sea tan borde conmigo, bueno, en realidad, lo único que

provoca con ello es retarme todavía un poco más, pero un poco más de cariño por su parte no estaría nada mal, un poco de ese con el que después acabe abriéndose de piernas.

Sara se comporta como una niña pequeña y cruza los brazos en modo «estoy enfada y lo sabes», al tiempo que refunfuña palabras que no logro escuchar.

Finjo que no me afecta su actitud.

—Huy, que tensión, ¿no? Cuéntanos, James, ¿cómo te va la vida?

La que habla es la otra amiga de Sara, la conozco aunque ahora mismo no logro recordar su nombre. En realidad no me apetece hablar con ella, pero tengo que ganar tiempo.

Me siento en el sofá, me coloco entre sus dos amigas y dejo que mis brazos las rodeen hasta

notar cómo la temperatura se caldea. No pienso acostarme con ellas, pero me alegra ver cómo cambia la expresión de Sara. ¿Estará celosa?

Su otra amiga —acabo de descubrir que se llama Raquel—, ha bebido demasiado y al parecer, eso ha eliminado la poca vergüenza que pudiera tener.

Me acaricia y yo hago lo mismo. No lo hacemos de forma ardiente, pero es más que suficiente para que Sara reaccione. Le pide a su amiga que pare, pero esta no parece tener la menor intención de hacerle caso. Entonces, Sara se aleja en dirección al baño y la sigo con disimulo. Esta es nuestra historia. Sara, el baño y yo.

—¿Estás celosa? —pregunto al entrar.

Por su mueca de sorpresa sé que no imaginaba que llegara a ser capaz de entrar ahí.

Pues prepárate, Sara, porque soy capaz de todo.

No contesta a mi pregunta, tan solo me mira con deseo, señal suficiente para mí. Entro en el cubículo y cierro el pestillo de la puerta. Niega con la cabeza, pero lo hace con un movimiento corto, como si algo intentara frenarla sin éxito alguno.

—¿Todavía tratas de resistirte? —pregunto con la esperanza de que ella misma se dé cuenta de que entre nosotros existe una tensión sexual no resuelta.

Me acerco y se gira para darme la espalda, pero me aproximo lo suficiente como para que note mi gran erección. Quiero que la sienta, que recuerde lo bien que nos lo pasamos juntos.

—Quiero irme —comenta en un hilo de voz poco convincente. Me da la sensación de que

habla su consciencia, pero su cuerpo... ese ya me pertenece. Ambos lo sabemos.

—No veo que te muevas... y eso que no hay nada que impida que lo hagas —susurro al tiempo que mis manos pasean por su cuerpo. Lamo su oreja y ese pequeño gesto hace que cierre los ojos. Toda su piel suspira—. Abre los ojos, Sarita.

Obedece y nuestras miradas se encuentran en el reflejo del espejo. Se muerde el labio de forma inconsciente, un acto totalmente involuntario cuando se está excitado. Lo está, qué cojones, lo estamos. ¿Qué tendrán los baños públicos que me ponen tanto?

—Mírate. Tus ojos brillan de deseo y tus labios están entreabiertos. ¿Escuchas eso? Es tu respiración, se acelera por momentos. Es normal, suele pasar cuando las personas se excitan.

Coloco un mechón detrás de su oreja y aprovecho la ocasión para acariciar su mejilla. Está ardiendo, toda ella arde de deseo.

—Por favor —ruega, pero hago caso omiso a sus palabras.

Dejo que mi aliento acaricie su cuello y justo en ese momento, cierra los ojos de nuevo. No quiere vernos, no quiere caer en la tentación, pero lo que ella no sabe es que ya está impregnada de ella.

La tentación nos contamina, paulatinamente, sin que nos demos cuenta. Nos creemos fuertes, nos engañamos con la idea de que tan solo será una vez o que lo que vamos a hacer no está del todo mal por algún absurdo motivo que nos acabamos de inventar y así, poder sentirnos mejores personas. Sin embargo, caemos, lo

hacemos y solo te das cuenta de ello cuando estás metido hasta las trancas.

—Abre los ojos —exijo de nuevo.

Los abre y nos mira una vez más. Sus mejillas están sonrojadas y en esta ocasión no es por culpa de la vergüenza, sino por el calor que desprenden nuestros cuerpos. Puedo sentirlo, joder, estoy seguro de que ella también lo siente. Nuestros ojos brillan deseosos de más acción.

—Pensé que no repetías.

Sonrío ante su frase. Mi nota se lo ha dejado claro. Quizás, y solo quizás, ella sea mi excepción. Puede que no; puede que después de esta noche, mi cuerpo quede satisfecho, pero tengo mis dudas, por ello no voy a prometerle nada. No voy a jurarle amor eterno, pues tan solo quiero que nos dejemos llevar por la necesidad que nos

posee.

—Esto podría dañar tu reputación de cretino.

Es ingeniosa e intenta picarme, pero no lo consigue. ¿Qué más da la reputación? La reputación no te proporciona absolutamente nada, ni dinero, ni felicidad. Es una auténtica basura.

—Nadie se va a enterar jamás de esto ¿no? —le recuerdo aunque, en cierto modo, me gustaría que lo supieran todos. Pero no, no es buena idea. Primero deberíamos comprobar qué pasa. Vivir el hoy y dejar el mañana a un lado—. Nadie se enterará.

Paso a la acción y dejo que mi mano vaya hasta su sexo, acariciándolo por encima de la tela de su pantalón. Siento el calor... Vamos, o eso es lo que creo.

Acerco mi erección a su trasero para que ella sepa qué es lo que le espera. Comprueba que los dos estamos ansiosos por ella. Jadeo en su oreja, Dios, cuánto la deseo.

—Solo nuestros cuerpos —susurro al tiempo que enredo su pelo entre mis dedos.

Cuelo mi rodilla entre sus piernas haciendo que estas se abran. Me desea, lo hace. Nos contemplo en el espejo y veo que ella también está mirando, nuestra imagen es la del sexo personificado. Su boca se abre y emite un pequeño gemido que me sabe a gloria y justo en ese momento, cuando yo iba a desprenderme del incomodo pantalón que nos separa, suena su teléfono.

No puede ser.

Espero que no lo coja, que lo ignore, pero

me doy cuenta de que espero demasiado. Mira la pantalla y comprueba que es Ryan. ¡Maldita sea! ¿Qué hará? ¿Lo dejará de nuevo? No, ella no puede hacer eso. ¡Joder! Al momento, descuelga y suelta un «hola, cariño» que me sienta como una auténtica patada en los huevos.

—Creía que no llegaba a tiempo de responder —comenta en tono agitado, mintiendo como una auténtica arpía.

Mi cara debe de ser un poema y siento auténtica decepción. ¿De veras va a hacer como si nada? Después dirán que yo soy un cretino, pero entonces... ¿ella qué es?

—Dime, ¿qué querías? —pregunta, recuperando su tono habitual—. No, tranquilo, estoy bien. Solo es un pequeño disgusto, no es nada.

No es nada. No soy nada.

Paso de ella. Paso de seguir escuchando su conversación de mierda. Salgo del baño y me voy de aquel maldito lugar. Necesito aire, necesito un cigarro y, qué cojones, necesito un poco de cordura. ¿Qué narices me pasa? ¿Por qué me afecta tanto?

Ella iba a caer, lo sé, sus ojos me miraban con deseo y su cuerpo estaba totalmente entregado. ¿Por qué ha tenido que descolgar el puto teléfono?

Doy vueltas sin sentido, intentando que mi orgullo resurja de sus cenizas y me deje abandonar este estúpido intento de reconquista, pero, joder, es precisamente este mismo orgullo el que me grita que tengo que ganar. Ella tiene que caer, lo hará y entonces la dejaré, la obsesión se esfumará y volveré a vivir tranquilo.

No sé cuántos cigarros me he fumado cuando mi teléfono suena y lo miro con la ilusa esperanza de que sea ella.

—¿Dónde te has metido? —dice Esther entre risas.

Está borracha. Quiero colgar, pero la necesito. Volveré a atacar, claro que lo haré, James nunca se rinde.

—He salido a tomar el aire. ¿Dónde estáis?

Tiendas, se han ido de tiendas. No entiendo la manía que tienen las mujeres de ir juntas de compras, yo prefiero ir solo. Tengo personalidad, no necesito que me aconsejen, además, por todos es sabido que la mayoría de las amigas mienten vilmente. Las mujeres tienden a ser así, es parte de

su naturaleza. Creo que, incluso, lo hacen sin ser conscientes de ello.

Esther me comenta que están en H&M, o eso es lo que yo deduzco por su explicación, llena de insinuaciones y descripciones desprovistas de algún tipo de información relevante.

No me cuesta mucho llegar hasta allí y, al parecer, el destino en esta ocasión se ha puesto de mi parte. Esther y su amiga morena, la misma cuyo nombre sigo sin recordar, se tambalean hacia la sección de lencería. Menos mal que no me han visto porque justo vengo de allí. Sara, siempre a contracorriente, entra en los probadores.

Es tarde, deben de estar a punto de cerrar y no hay apenas gente. No me cuesta demasiado seguirla y al final, no dudo y entro en aquel probador sin ningún cuidado.

La encuentro sin camiseta, con la mirada perdida en su reflejo.

—No sé cómo te lo montas para que siempre terminemos frente a un espejo. Quizá sea una señal, ¿no crees?

Sus ojos se abren como platos y su boca va por el mismo camino. Está a punto de gritar, pero la mando callar con un solo gesto.

Sé que cree que estoy loco pero todo es por su culpa.

—Calla o nos van a pillar —digo medio en broma, sabiendo que mis comentarios la sacan de quicio.

Se enfada —resulta graciosa cuando se pone así— y busca el modo de salir de este lugar, aunque imagino que no querrá hacerlo sin camisa.

—Estás enfermo, ¿verdad?

Sí, de hecho, estoy obsesionado con ella. No sé qué tiene, de verdad que no lo sé, pero es como una adicción.

Sonrío y me acerco un poco más pero ella retrocede y topa con el espejo. Al parecer, nos gustan los espacios pequeños.

—¿Acaso crees que llamando cariño a mi hermano me ibas a ablandar el corazón?

No, no me lo ha ablandado, me lo ha machacado, pero esa información no la necesita. Los chicos que dan lástima no follan, a esos se les abraza, y yo no quiero abrazos. Quiero sentirla, joder si quiero.

—Toma, lo he traído para que te lo pruebes, creo que quedará bien con tu tono de piel.

Le ofrezco un sujetador. La sorpresa se refleja en su rostro pero no parece molesta y eso

es bueno. Se están derribando sus barreras.

—No sé por qué me haces esto —dice con la boca pequeña.

Es fácil, porque la necesito. Sara mira al suelo, tratando de evitar lo inevitable. Me desea tanto como yo a ella, y los deseos están para cumplirse.

Tiro de su barbilla con delicadeza hacia arriba. Quiero que me mire, que vea con sus propios ojos lo que siento por ella.

—Te deseo, aquí y ahora.

Duda, otra vez. Malditas dudas. Tengo que hacer algo. Coloco mis manos en su cintura y el contacto de nuestras pieles hace que salten las chispas.

—Está bien —dice y yo me quedo loco.

¿Sí? ¿Ya está? ¿Tan fácil?

Sus manos van directas hacia el broche del sujetador, sus dedos son ágiles, tanto que, en un segundo, este ya está tirado en el suelo. Sus movimientos son tan sencillos y tímidos que hacen que me ponga a mil.

Estoy excitado, tanto que cuando ella me pide el otro sujetador, se lo doy y aprovecho la ocasión para rozarle la mano con mi dedo. Necesito tocarla.

Se lo coloca igual de deprisa y confirmo que color morado efectivamente resalta con su tono pálido. Está sexy como el demonio. Se mira en el espejo y juraría que le gusta tanto como a mí.

—¿Te gusta? —me pregunta mientras que con uno de sus dedos se acaricia el contorno del pecho.

Asiento, no pienso quitárselo. Lo haremos

así, con su cara de niña traviesa y ese sujetador que realza mucho más su precioso pecho.

Sonríe y se muerde el labio inferior.

—Me alegro. Espero que a tu hermano también le guste, le daré una sorpresa.

Sus palabras me pillan con la guardia baja. Duelen, joder si duelen. Omite mi dolor y se manosea los pechos con aires de grandeza.

Maldita.

—¿No me digas que pensabas que sería para ti? —pregunta con una ironía desconocida.

Se acerca y me pellizca el moflete. Odio que haga eso, odio que se crea más que yo, por lo que su encanto se evapora tan rápido como lo hace mi erección.

Con aires de grandeza se quita el sujetador. Esta vez tiene la delicadeza de cubrirse los

pechos, pero todavía no ha terminado conmigo, no. Tiene que dar la última estacada.

—¿Podrías traerme el tanga a conjunto? Si le voy a dar una sorpresa, debería hacerlo bien, ¿no?

Salgo del probador sin mediar palabra. Estoy enfadado, mucho, y no quiero pagarlo con ella. No me gusta discutir, pertenezco a esa clase de personas que si ven que van a perder los nervios, prefieren alejarse y sacar su furia a solas.

Sara cree que me ha ganado, pero la verdad es que solo me ha dejado tocado, aunque no hundido. Se necesita mucho más que un tanga para hundir a James Cooper.

CAPÍTULO 17

Ser mi hermano.

Si quieres cambiar al mundo, cámbiate a ti mismo.

Mahatma Gandhi

Maldita sea. No puedo sacarla de mi cabeza, es como si toda ella se hubiera instalado ahí dentro. Debo pasar página, ya se apañarán ella y su ilusa felicidad.

Los días pasan y me siento igual de vacío. Empiezo a preocuparme, pues siento como si esta obsesión se hubiera convertido en un maldito

sentimiento que no sé cómo tratar. Me duele el pecho, como si en él hubiera un atisbo de ansiedad. ¿Me habré enamorado? No jodamos, no puede ser. No tiene nada de especial. Nada y todo a la vez, eso es lo que tiene.

Debo de padecer algún tipo de reacción alérgica a que me rechacen, eso debe ser. Debo sobreponerme. Quizá, si salgo a la caza y consigo una mujer o dos... No... Dios, no me apetece quedar con nadie más.

Esto no está bien, no para mí.

Mi mente no hace más que recordarme sus ojos, los almendrados, esos que te traspasan el alma. No podría haberme enamorado de otra, no, tenía que ser de la novia de mi hermano. Puto Karma de mierda, ¡te has equivocado! Tenías que

joderle a él y no a mí. Podría ir y contárselo, eso es, puedo ir y decirle que me he tirado a su novia. Su amor se esfumará y estaremos todos jodidos.

Suena a un plan genial, justo lo que siempre he esperado para devolvérsela a Ryan por lo que me hizo, pero no puedo... no quiero hacerle daño a ella porque así es el puto amor. Siempre acabas sobreponiendo a la otra persona y por esa misma puta razón apesta.

Han pasado algunos días y Sara no ha dado señales de vida. Supongo que estará demasiado ocupada jugando a los príncipes y las princesas con mi hermano. ¡Que les den!

Mi teléfono suena y al mirar la pantalla veo que es Esther, su querida amiga. No pienso

cogerlo. No tengo más ganas de mentir, ni de jugar, mis fuerzas se han ido a la mierda.

La llamada termina pero ella vuelve a insistir. Una alarma suena en mi cabeza. ¿Y si le ha sucedido algo? Quizá sea Sara, tal vez esté en problemas.

Descuelgo con los nervios estrujando mi estómago.

—James, necesito un favor.

—No tengo tiempo —contesto cansado.

Voy a colgar. Necesito aire, tiempo, recuperar mi vida. Me lleno los pulmones antes de despedirme.

—Es Sara.

Mi corazón bombea más deprisa. Me pellizco el puente de la nariz y decido sentarme. ¿Qué le pasará ahora?

—Dime —digo de forma escueta. Doy un sorbo de agua a la espera de que me explique qué es lo que necesita Sarita. ¿Cómo voy a olvidarme de ella de este modo? Si solo con escuchar su nombre ya pierdo el puto culo... Qué asco me doy.

—Necesito que finjas ser tu hermano.

Su frase termina y casi me atraganto.

¿Perdón? ¿Qué me está contando?

—Solo por teléfono —aclara—. Ryan se ha ido dos semanas y ella se ha encerrado en casa en “modo ermitaña”. Hemos pensado que tal vez, si la llamas diciéndole que eres Ryan y le dijeras que salga y eso... quizá...

Continúa hablando sin parar, pero ya no la estoy escuchando. ¿Para qué escuchar más? ¿Qué hago? Una parte de mí quiere olvidarse de ella, su amor me hace daño, pero algo —no sé el qué—

me dice que lo intente una vez más. Dejar de intentar lo que deseamos es de cobardes.

—Está bien.

Acepto por ella y también por mí. Acepto por intentar un nosotros. Esto terminará mal, lo sé, tengo un presentimiento y este solo grita «huye, sé un cretino», pero no puedo hacerlo.

Media hora más tarde mi teléfono suena de nuevo.

—¿Ryan? —pregunta la otra amiga de Sara, la misma cuyo nombre no suelo recordar. Su tono no suena natural, espero que se esmere más en su actuación o esto no servirá para nada.

—Tranquila, más natural —digo flojito por si Sara está cerca del teléfono.

—Quería hablarte sobre ella. Está rara. No quiere salir de casa. Me parece que se está

deprimiendo. Ya sabes cómo es... tan fan de todas estas porquerías dramáticas.

Lo sé, por desgracia lo sé. Ella cree en el amor, con lo fácil que hubiera sido no complicarnos, con lo fácil que hubiera sido dejarnos llevar por las necesidades de nuestros cuerpos. Pero no. Sara no es así, Sara te hace el amor pero no lo hace con el cuerpo, te lo hace con la mirada, con ella te acaricia el alma y sin darte cuenta, ya es demasiado tarde.

Escucho una risa de fondo. Sara se está riendo. No se lo habrá tragado. Es así, espontánea.

—¿Se está riendo? —pregunto mientras mis neuronas piensan qué hacer al respecto.

—Sí, es ella la que ríe.

—Pásamela.

—¿Quieres que te la pase? —pregunta

siguiendo con su actuación de forma cada vez más natural.

—Eso es —termino diciendo.

Escucho cuando le dice que soy Ryan y espero paciente a que ella responda al teléfono. ¿Se lo habrá creído ya? Aclaro la garganta e intento endulzar mi tono.

—¿Sara? —pregunto y hago un esfuerzo sobrehumano por no llamarla Sarita. Sara me parece tan impersonal... Sarita me gusta más, es como más... mío.

—¿Hola? —pregunta con la voz cargada de sorpresa—. No creas nada de lo que ha dicho Raquel. —Vaya, ese es su nombre—. Estoy de maravilla.

Miente fatal. Su tono resulta forzado, como alguien que sonrío sin ganas. Intento pensar qué

palabras emplearía mi hermano, siempre tan políticamente correcto. Yo le diría «ve al cajón de la mesita, coge el consolador y juguemos un rato, aunque sea por teléfono».

Pero Ryan no, claramente no.

—Por favor, haz caso a tus amigas y sal.

Hazlo por mí.

Y ese «hazlo por mí» lo he dicho de verdad. Porque ella no lo sabe, pero quiero que salga por mí y también quiero poner las cartas sobre la mesa. Quiero arriesgarme, aun sabiendo que la ostia puede ser brutal.

Pero el que no arriesga no gana... y Sara es el premio.

Han decidido ir a una discoteca. Perfecto, y esta

vez sí que lo digo con ironía. Sara y el alcohol no se llevan bien, pues todavía recuerdo la última —y única— vez que la vi borracha, esa en la que terminé quitándole los pantalones.

No suelo ser un tipo celoso ni posesivo, pero siento la necesidad de pegarme a ella y evitar así que nadie se le acerque. Voy a la discoteca y espero con impaciencia junto a la barra que hay al lado de la entrada.

¡Que me maten! Sara acaba de entrar. Nunca antes la había visto así. Lleva un vestido de color negro, bueno, en realidad lleva un minivestido de color negro. Mi mente piensa en lo bien que le sienta mientras que mi polla piensa lo fácil que sería quitárselo.

No tengo remedio. Dispongo de dosis de amor y sexualidad a partes iguales. Mi lado

cretino está siempre presente, sin embargo, ahora solo me centro en ella.

Me concentro en seguirla y lo hago sin que me vea. Parece agobiada cuando se pasa la mano por el rostro. No está acostumbrada a maquillarse. De hecho, a mí también me gusta más al natural, pero debo admitir que esos labios de color rojo la vuelven mucho más salvaje. Le quedan bien.

Sus amigas desaparecen entre la multitud y ella maldice en voz alta.

—¿Hablas sola? —pregunto cerca de su oído para que pueda escucharme.

—Esto roza la obsesión —contesta. Se gira para mirarme, tal vez decida golpearme de nuevo, no me extrañaría.

Me mira con desprecio y después pasa por mi lado, propinándome un empujón que le ha

debido de doler más a ella que a mí.

—Lamento lo de antes, tu amiga parecía desesperada.

Mis palabras captan su atención. Me mira e intenta analizarme. La Sara que tiene más mala leche asoma de nuevo, pero esta vez no pienso irme.

—¿No lo sabes? —pregunto con inocencia, como si con lo de antes solo hubiera metido la pata.

Me sujeta por el brazo con todas sus fuerzas y cree hacerme daño, está muy mona cuando se comporta como un gorila de discoteca.

—Dímelo —exige. Debo contener la risa. ¿Qué es lo que quiere que le diga? Tengo dudas. Podría decirle tantas cosas... pero prefiero jugar un poco más a los misterios.

Me inclino hasta ella dejando que mi aliento le acaricie el cuello.

—Es un secreto —susurro junto a su oído.

Se muerde el labio, ese gesto siempre la delata. Su cuerpo se ha rendido por un momento y ha dicho «¡Basta de huir!». Pero su mente... esa es una bastarda cabezota.

—Perfecto. Buenas noches —dice y alza la barbilla como si estuviera por encima de todo y de todos.

Se gira y su pelo acompaña el movimiento de su cabeza. Piensa marcharse y si no hago nada por evitarlo, lo hará y será el fin para mí. No quiero un final en el que yo salga perdiendo, no me da la puta gana.

La sujeto por el brazo para frenarla y ataco de nuevo.

—Si me das un beso, te cuento el secreto.

—No pienso darte ningún beso, James.

Oh, se miente a sí misma, pobre. Sin embargo, ha dudado, lo he visto. Quiere dármelo, únicamente se engaña una y otra vez pensando en el bien y el mal, en las consecuencias de sus actos.

—Está bien —contesto.

No voy a rogarle, ella se lo pierde. Me obligo a desviar la vista hacia otro lado porque si sigo mirándola a ella, la besaré sin que me importe nada más. Muevo el pie al ritmo de la música, deseando que acabe este momento de mierda de la forma más digna posible. Así pues, la ignoro lo mejor que puedo pero, al parecer, eso le molesta.

—Dímelo —me ordena con los brazos en jarras. No se da cuenta pero al colocarse así, el vestido se le sube.

La miro y le sonrío. Va a tener que pedírmelo ella, me he cansado de arrastrarme.

—Dímelo, James.

Resoplo con indignación. Yo también sé actuar, tal y como ella lo está haciendo. A mí no me engaña, ella también siente algo por mí, aunque tal vez todavía no se haya dado cuenta de ello.

—¿Por qué estás aquí?

La indignación regresa a su rostro y con ella, su vestido sube más y más.

—¿Que por qué estoy aquí? Estoy aquí porque me da la gana.

—¿Seguro?

Mira a ambos lados. ¿Qué es lo que busca? ¿Una cámara oculta? ¿Alguien que venga a salvarla?

—Mira, James, déjate de tonterías. Somos

personas adultas. Dime por qué estás aquí. ¿Qué quieres?

A ti. ¡Joder! Tengo que actuar. Me acerco a ella con pasos firmes, como si el medio metro que nos separa fuera demasiado para mí. Me inclino. Quiero besarla, pero eso resultaría demasiado fácil.

—Sara, dices que quieres saber qué hago aquí pero, tal vez la pregunta adecuada sea por qué estás tú aquí.

Está nerviosa. Se rasca las manos de forma compulsiva y se mueve sin parar y no, no está bailando, pero ya no sé qué pensar. No hace más que huir una y otra vez cuando en el fondo, sé que me desea tanto como yo a ella. Joder, en cualquier otro momento de mi vida negaré haber pensado esto. ¿Yo? ¿James Cooper...?

—Estoy aquí porque Ryan me lo pidió...

Sonrío. A saber dónde está Ryan y qué narices está haciendo. Ryan no pinta nada en esto, ya no. Quizás antes así fuera, quizás antes ella solo me interesara para fastidiar a mi hermano, para poder robársela pero ahora, se ha convertido en algo personal.

—¿Estás segura de que te lo pidió Ryan, cariño?

Uso el mismo tono meloso y empalagoso que he utilizado horas antes al llamarla. Sonrío y su rostro va cambiando de expresión hasta que al fin, se da cuenta de que no ha sido su maravilloso novio el que la ha llamado.

—¿Tienes tú el móvil de Ryan?

Está enfadada, muy enfadada. Niego con la cabeza ante tal pregunta y a continuación, da media

vuelta, visiblemente irritada. Se va directa hacia la barra, empieza la acción.

Una vez ahí, se inclina e intenta llamar la atención del camarero. Al hacerlo, su vestido sube todavía más e instintivamente, me coloco tras ella. No quiero que nadie la mire.

—Un vodka con hielo —suelta. Parece una alcohólica y no precisamente anónima. Su convicción me divierte, estoy seguro de que nunca antes ha tomado un vodka solo.

Mi cercanía provoca que su espalda se tense y con ese sencillo gesto, su trasero acaba rozándose contra mí, accionando así la calefacción de nuestros cuerpos.

—¿Qué te pasa, cuñada? ¿Tienes calor?

En una esquina de la barra hay un pequeño montoncito de folletos publicitarios, cojo

uno de ellos y lo uso para abanicarla. Voltea su cuerpo con dificultades en el poco espacio que queda entre mi cuerpo y la barra y me quita el panfleto con la rabia borboteando en su rostro.

No me da tiempo a coger otro que se lanza y me besa. No lo hace de forma casta, qué va, me besa con todas esas ganas contenidas que aguardaban aprisionadas en su interior.

—Habla —dice, cortando así uno de los mejores besos de mi vida.

—Fiera, te recordaba un poco más cariñosa.

Por mí, el cariño se lo puede meter por donde le quepa, pero me apetece picarla un poquito más. Me gusta llevarla al límite, dejar que su lado oscuro aparezca.

Alza una mano pero la freno a tiempo.

—Tranquila, gatita. Fueron tus amigas las que me llamaron para contarme la situación. ¿Encerrada? Vamos, Sarita, rozas lo patético. Me pidieron que me hiciera pasar por Ryan. Qué cosas más curiosas... En ese momento, desfilaron por mi mente miles de ideas: Una ducha, sexo, tú, yo... y un “fóllame” bien clarito.

Los nervios florecen por todo su cuerpo. Se gira, se apodera de la copa que le ha servido el camarero, le da un largo trago e intenta disimular lo malo que realmente está el vodka solo. No me gusta verla tan nerviosa, parece estar sufriendo con esto. Es una indecisa de mierda.

—Pero —añado—, como soy un buen tío, les dije que tenía planes y esas cosas. Sin embargo, al final cedí. Sabía que si llamaban a mi hermano, él perdería el culo por salvar a su

querida damisela en apuros. ¿Estabas así por mí? Puedes estar tranquila, Sarita, no te haré nada.

—¿No lo harás? No hace ni cinco minutos que me has pedido un beso a cambio de información. ¿Y ahora, tienes el morro de decir que no lo harás?

Sí, se lo he pedido y ella me lo ha dado. ¿Qué problema tiene? No le he colocado una pistola en la cabeza para que lo haga.

—Sara, te lo he pedido. No pensaba que me lo fueras a dar. ¿Acaso le das un beso a todo aquel que te lo pide?

Miro hacia otro lado cansado de todo. No sé qué es lo que esperaba al venir aquí. Tal vez que ella cayera rendida a mis pies, como lo hace la mayoría. Sin embargo, ella no es la mayoría y es justo por esa mierda por la que estoy enganchado a

ella.

Estar enganchado a alguien es una puta mierda. Es como subirse a una montaña rusa de emociones. En algunos momentos estás arriba del todo, a toda velocidad y al segundo, ya estás abajo medio mareado.

—Tan solo he sido un juego para ti, ¿verdad? —me pregunta en un tono que no sé describir.

¿Un juego? Sí, lo fue, pero solo al principio. Ahora se ha vuelto mucho más complicado. Dejo que mi corazón hable porque, aunque no lo parezca, si hablara mi mente le diría que no, que la quiero para mí. No obstante, mi corazón, ese que al parecer ha quedado tocado por ella, solo quiere verla feliz.

¡Putá vida!

—Sí, Sarita. Y el juego ha terminado.

CAPÍTULO 18

Sexo sin amor, amor sin sexo.

*El sexo sin amor es una experiencia vacía.
Pero como experiencia vacía, es una de las
mejores.*

Woody Allen

—¿Intentas confundirme? —pregunta.

Lo único que quiero es que se olvide del maldito tema. La estoy dejando en paz, me estoy apartando, estoy echándola de mi vida cuando lo que realmente quiero es no dejarla escapar.

Debería irme, pero no puedo.

—No —contesto tajante sin mirarla a los ojos.

Sara me toma del brazo porque hacerlo de la mano sería demasiado perjudicial para su vida de mujer, tan casta y fiel. Me lleva hasta una zona en la que hay algunos sofás. No se sienta a mi lado, no, se coloca enfrente y hace un movimiento con las piernas que no sé muy bien cómo definir. Las cambia de lado, girándolas con demasiado ímpetu.

Alzo una ceja, ¿intenta seducirme? Parece desilusionada con mi actitud, no lo sé, pero pierde la mirada entre el gentío. ¿Para qué cojones me ha traído aquí?

Me planteo desaparecer y me jode porque soy tan estúpido que solo se queda en eso, en un simple planteamiento. De pronto, aparece frente a

nosotros un vendedor ambulante.

Espero que Sara le mande a paseo pero, como siempre, me sorprende cuando empieza a hablar con él. Ruedo los ojos y exhalo un suspiro, aunque evito que lo vea.

Le da un par de monedas y él, a cambio, le entrega lo que parece una linterna. ¿Qué cojones? La enciende rápidamente y me enfoca con ella directamente a los ojos.

—¿Qué haces? —pregunto. Maldigo mentalmente al tiempo que intento taparme los ojos.

—Basta de juegucitos. Dime, ¿qué quieres? Y no vuelvas a mentirme.

No vuelvas a mentirme.

Intento no reírme aunque la situación me resulta de lo más ridícula.

—Estás amenazándome con... —Le quito la dichosa linterna de la mano y la observo. ¡No me jodas!—. ¿Un rayo de los osos amorosos?

Ha comprado una linterna plagada de osos rosas. Muestra una mueca graciosa y extiende la palma de su mano para que se la devuelva.

—No te amenazo —aclara—, quiero interrogarte. Ahora, devuélveme mi súper foco cegador.

Suelto una carcajada que no puedo evitar. Está fatal de la cabeza, pero me encanta. Le doy la súper linterna y me acomodo en el sofá. Quizás esto pueda resultar divertido. ¿Hasta dónde querrá llegar?

—Estupendo, interrógame.

Parece contenta con el juego. Se inclina hacia delante y tengo que hacerme el valiente para

mirarla a los ojos y no a las tetas. Me alumbra de nuevo con la linterna que, desgraciadamente para ella, empieza a perder potencia.

—¿Qué es lo que intentas? —pregunta en un burdo intento de mantenerse seria. Al final, se rinde y termina sonriendo.

Descruzo las piernas y me inclino hacia ella. Me encantaría decirle muchas cosas como, por ejemplo, que espero que nunca deje de sonreír como lo está haciendo ahora mismo pero, joder, entonces ya no sería yo, ¿no?

Medito qué palabras emplear pero, sinceramente, meditar no es lo mío.

—No intento nada.

—¡*Mec!* —Simula el sonido de un pulsador—. ¡Mientes!

Parece decepcionada con mi respuesta. A

continuación, se deja caer hacia atrás y cruza los brazos a la altura del pecho. Sonríe, ¿qué quiere que le diga, la verdad? No creo que esté preparada para ella.

—¿En qué te basas para decir que miento?

Siento que voy a contárselo y no quiero hacerlo, me pone nervioso no tener la situación bajo control. Apaga la linterna y me observa de nuevo con esos ojos almendrados que me acarician el alma.

—Tú eres James Cooper. Según tu expediente, te consideras un gran mentiroso, acosador y seductor.

¿Mentiroso? Yo nunca miento, siempre digo la verdad. Quizá luego la verdad pase a ser otra, pero eso es porque la vida es así, una puñetera veleta. Sin embargo, odio que piense eso

de mí. Lo odio porque puedo ver más allá de lo que ella me habla y porque pensaba que cada vez que me miraba, me conocía un poco mejor, pero ahora veo que no. Sara se queda únicamente con la fachada.

—Creo que tengo pruebas suficientes, ¿no? —dice con la duda impregnada en la voz. Desea que la contradiga, que le diga lo loco que estoy por ella. No obstante, lo cierto es que tengo miedo, sí; miedo de que después de que se lo diga, le dé exactamente igual. Quizás en esta ocasión el premio sea yo. ¡Maldita sea!

—La gente cambia. Además, tú solo te quedas con lo que la gente opina de mí. No me conoces en absoluto.

No me conoce. Nadie me conoce. Nunca dejo que lo hagan. ¿Para qué...? ¿Para que me

traicionen? Ella habla por boca de mi hermano pero, si ella supiera... ¡Joder! No sabe nada. ¡Nada!

—No vayas de víctima, James. Te conozco lo suficiente como para poder asegurar que todo lo que digo es cierto.

¿Víctima? ¡Ja! Suelto una sonora carcajada. La contemplo, sigue ahí de pie, creyéndose la sabelotodo sin saber absolutamente nada. Me levanto, me he cansado de escuchar cómo dice cosas sin sentido alguno.

Me inclino hacia ella y espero que note toda mi presencia. Que me huela, joder, yo también quiero aspirar su perfume.

—¿En qué te basas? ¿En lo que te hice en la ducha? ¡Vamos, por favor! Creo recordar ciertas palabritas mágicas...: James, fóllame —digo

imitando su voz—. Ahora no vayas de santita.

Otra vez alza una mano que, de nuevo, intercepto sin problema. Quiero besarla, pero no le concederé ese placer. Si quiere que la bese —que lo quiere— que me bese ella a mí primero.

—No todos los buenos son tan buenos, ni los malos tan malos.

Alza el mentón y no sé qué se cree. ¿Qué debe de pasar por su cabeza? La miro y trato de entenderla, pero me resulta difícil, demasiado difícil.

—Un momento de debilidad lo tiene cualquiera.

Debilidad. Ahora me ha reducido a eso. A un desliz, nada más. Me canso de tanta chiquillada adolescente. Bajo la mano y le arrebató la linterna.

La coloco bajo mi cara y la enciendo. No

enfoca una mierda, pero ya lo he hecho.

—Mírame bien —exijo—. No intento nada, me he cansado. Me he hartado de ser el acosador del momento —comento recordando sus palabras, palabras que escuecen como sal en una herida—. Me he cansado de ser el cretino que intenta seducir a su “bastante dispuesta” cuñada —puntualizo con arrogancia.

Mis palabras, lejos de ayudarle a entender mi posición, la hieren. Una lágrima resbala por su mejilla —maldita sea— y la atrapo, aprovechando la ocasión para acariciar su piel con suavidad.

Trago saliva. Quién me mandaría a mí venir... quién me mandaría hablar.

—No somos tan diferentes, ¿no? —digo en voz alta.

Los dos lo estamos pasando mal cuando se

supone que el amor debería ser algo positivo, algo por lo que ser feliz. Pues no. Amor no son más que cuatro letras de mierda.

—Quiero a tu hermano —dice sin ninguna convicción. Es justo en este punto cuando me doy cuenta de que tengo que arriesgar, debo abrirme y si con ello me rompe, ya me recompondré.

—Y yo te quiero a ti —digo, cansado de reprimirme. Lanzo la linterna contra el sofá—. ¿Eso me convierte en el malo de la historia? Me he pasado un año callado, un año intentando distraerme con otras mujeres, dejando a “la pareja feliz” a un lado. Un año en el que me he estado engañando, convenciéndome de que solo me interesabas porque eres la única que no me ha ido detrás, la única que ha preferido a mi hermano.

Laura prefirió a mi hermano. Sin embargo,

acabó regresando a rastras después de que él la dejara tirada, después de que él se cansara. Al final volvió.

—Y es esa la razón...

¿La razón? No lo entiende. Abre la boca para hablar, pero me adelanto y alzo un dedo pidiéndole permiso para terminar de sacar todo lo que tengo almacenado dentro desde hace tiempo.

—Lo que sucedió en el vestuario no fue algo premeditado, no estoy tan enfermo. Entré sin pensar, tan solo quería darte un susto y te vi. Sara, ¡estabas desnuda! Y uno no es de piedra...

Alza las manos como si no entendiera mi idioma.

—¡Estaba en la ducha! ¿Qué esperabas, que me duchara vestida?

No me entiende y que no lo haga me pone

nervioso, joder. Deambulo por el pequeño habitáculo y sé que tengo que encontrar el modo de expresarme mejor, quizás así logre que me comprenda.

—No pude contenerme. Me rebajé, fingí ser mi hermano para poder tenerte... y toqué el cielo. Me hiciste sentir mucho más de lo que he sentido con cualquier otra mujer con la que haya podido estar hasta el momento. Eras diferente, pero yo quería más. Quería que me desearas a mí, que desearas que el puto cretino entrase en ti; que yo —digo señalándome—, la oveja negra de la familia, tuviera un hueco en tu cuerpo. Ese fue mi maldito error.

Cada vez que hablo la cago un poco más. Me observa con pesar y las lágrimas se abren camino por sus mejillas. No, no quiero que lllore,

solo quiero que me entienda.

—Pensé que al conseguirte se calmarían mis ansias, pero eso no hizo más que incrementarlas. Solo quería más y más. ¿No lo entiendes? No puedo más con esto. Todo es por tu culpa. ¡Eres perfecta, demonios! Me encanta ver cómo te sonrojas y me encanta ver cómo sonríes.

A la mierda. He abierto la caja de pandora de mis sentimientos y ya no hay vuelta atrás. Sus ojos me observan y en este momento parece que no exista nadie más. Niega con la cabeza y se sorbe la nariz.

—No soy perfecta. Si lo fuera, no habría jugado con nadie, no habría caído en aquella ducha, no estaría aquí contigo y, por supuesto, se lo habría contado todo a tu hermano. No soy perfecta, soy una cobarde.

Se cubre su delicado rostro con las manos y se echa a llorar. Me rompe el alma ver cómo ha terminado un juego que empecé sin maldad. Se siente mal y no debería sentirse así. Me encantaría contarle la verdad sobre mi hermano, pero no creo que este sea el mejor momento, es ella la que debe tomar la decisión con lo que sabe, de lo contrario, nunca sabré qué es lo que siente por mí.

La rodeo con los brazos y dejo que se hunda en mi pecho. Tiembla por culpa del llanto contenido.

—Soy lo peor —termina diciendo con voz rota.

—No —digo, regalándole un beso en la cabeza—. Tan solo eres la tentación en persona.

Ríe ante mis palabras, bueno, ríe y llora, no sé muy bien realmente qué hace hasta que eleva

la cabeza para mirarme.

—La única tentación que hay aquí eres tú.

Tentación, dice. ¿Acaso se ha mirado al espejo? Aun teniendo un gusto pésimo para la ropa, incluso así es perfecta. Sonríe mientras sus lágrimas siguen desdibujando su rostro. Se separa un poco y eso no me gusta, por lo que la atraigo hacia mi pecho, abrazándola de nuevo.

—Somos lo peor, ¿no? Entonces... ¿qué hacemos, pequeña?

No dice nada, parece que está pensando y los minutos se vuelven eternos. Al fin lo he hecho, me he abierto a ella y por ahora, no ha salido corriendo. Mi corazón bombea más rápido de lo normal, estoy ansioso por saber qué dirá.

Nuestros ojos se encuentran y la miro como si no hubiera otra persona en aquella mierda de

discoteca.

—James, eres el mejor de mis pecados.

La contemplo y veo amor. Joder con el amor. Aparece y desaparece.

Existen personas que te miran y parece que puedan prometerte esa mirada para el resto de los días pero, después... el después es otra cosa.

Se pone de puntillas. Quiere besarme y yo quiero que lo haga, pero la freno. Los besos no solucionan los problemas, los besos son como una tirita: a pesar de llevarla puesta, la herida continúa en el mismo sitio.

—No me beses —le ruego—. No quiero un beso del que mañana me privarás.

Sus ojos me dan la razón y confirmo con ello que iba a besarme, pero no encontraría nada más que un beso de azúcar, de los que no

cuentan... y yo de esos no quiero ni uno más.

—Soy lo peor —vuelve a insistir con la vista clavada en el suelo.

Tiene dudas y me duele que las tenga, pero la comprendo. Su situación no es fácil ahora mismo.

—No —niego, buscándola con los ojos—, escúchame: aunque no seas mía, siempre te recordaré como la chica que me abrió los ojos de una maldita vez.

Adiós, cretino, adiós. Toca pasar página. Toca sobrevivir a esto de la mejor forma y refugiarse entre otras piernas no es la mejor forma.

Sara golpea mi pecho, sé que quiere hacerme daño pero no lo consigue, por lo que me río de su intento.

—Ese discursito no pega nada contigo. Yo

no te he abierto los ojos, lo único que pasa es que no soportas la idea de que yo no cayera contigo.

¡Los cojones! ¿En qué mundo vive?

—Cariño, caíste —le recuerdo. Mierda, ese recuerdo siempre me pone caliente, joder.

Se sonroja y sonrío, pensaba que nunca volvería a hacerlo.

—Pero no repetí —añade en un absurdo intento de hacerse la fuerte.

—*Mec* —imito aquel sonidito tan peculiar—. Mientes, sí que lo hiciste.

Lo hizo. Fue un día, qué digo, fueron unas horas, pero ¡qué horas! ¿Alguna vez repetiremos? Seguramente no, la mayoría de cosas buenas solo pasan una vez en la vida, los que repiten son unos afortunados.

Ambos reímos cuando trata de centrarse en

la conversación. Estamos nerviosos, se nota en nuestras risitas tontas, las mismas que se esfuman tan deprisa como han venido.

—James, solo he sido un reto para ti.

Eso ha dicho, pero ni ella misma se lo cree. No es así, sabe que no es así y lo que menos deseo es que esto quede aquí, por lo menos no con esta sensación de fracaso.

—Déjame demostrarte cuán equivocada estás. Concédeme estas dos semanas para enseñarte que también tengo corazón y que este es bueno. No soy tan malo... —digo sin dejar de acariciar su mejilla, tiene que darme una oportunidad, nos la mereceremos—. Solo seré malo en la cama, nena.

No creo en un amor sin sexo, creo que ambas cosas pueden ir de la mano. Existe el sexo

sin amor, claro está, pero el amor sin sexo es como la carne sin sal: Soso.

CAPÍTULO 19

Tiempo.

*El amor hace pasar el tiempo,
el tiempo hace pasar el amor.*

Proverbio italiano

Tiempo juntos. Hemos decidido pasar más tiempo juntos.

Esto no equivale a tiempo en la cama, ni tiempo en la ducha, ni nada de tiempo con nuestros cuerpos desnudos cubiertos de excitación, no. Estamos hablando de horas de conversaciones, de sofá, de manta y películas. De hacer la cena o, al menos, de

intentar hacerla. De hacer un maratón de *Lost* y acabar más locos que los propios protagonistas. Tiempo para ser como somos, sin intentar ser otra persona, porque las personas cometemos ese maldito error constantemente. Cambiamos, lo hacemos porque creemos que así gustaremos más y lo único que conseguimos es engañarnos a nosotros mismos.

No voy a ser un hipócrita y decir que no he querido tener sexo durante todos estos días. Lo he deseado en un noventa y ocho por ciento del tiempo que hemos compartido, pero con ella he comprendido que las relaciones se basan precisamente en eso, en no perder ese deseo e incluso así, disfrutar de la compañía del otro.

Ha sido difícil, pero ha merecido la pena. Todos y cada uno de los días hemos hecho algo

que ha conseguido que todo se vuelva más fácil, que surja con la misma naturalidad como si nos conociéramos de toda la vida.

Los días pasan, días que voy tachando en el calendario y por desgracia, cada vez quedan menos. Me presento en casa de Sara y esta me abre la puerta, pero su expresión me alerta. Me quedo en el salón y se marcha apresurada hacia el baño. Los minutos pasan y ella sigue allí, por lo que al final, abro la nevera y me cojo una cerveza.

Cuando aparece de nuevo está pálida.

—¿Has terminado con todo el papel higiénico? —pregunto divertido—. Espero que no te importe, he cogido una cerveza.

No contesta, empiezo a pensar que no se encuentra bien.

—¿Qué tal? —pregunta en un tono nervioso, visiblemente incómoda.

—Bien, ¿y tú? ¿Problemas con el señor Roca?

Algo va mal, tal vez debería irme. Se cruza de brazos y la indignación se refleja en su rostro. ¿Qué diablos?

—Así no hay forma de poder mantener una conversación contigo.

—Ah, ¿que quieres conversar conmigo? —pregunto. Dejo la cerveza sobre la mesa para poder prestarle más atención—. Sabes que soy un hombre de pocas palabras.

Estoy bromeando, necesito hacerlo, necesito saber que todo va bien y que esta sensación extraña, como si la tensión se hubiera interpuesto de repente entre nosotros, solo existe

en mi cabeza.

—He pensado que será mejor que estemos un tiempo sin vernos.

Lo suelta como el que habla del tiempo. Sin sentimientos, como si se hubiera convertido en Siri, la de Iphone. ¡Que me maten! ¿Qué está pasando?

Agacha la cabeza cuando la situación se complica. Me acerco a ella, coloco un dedo bajo su barbilla e intento que la alce. La miro a los ojos y sé que va a llorar, otra vez.

—¿Y mi oportunidad? Dijiste que podría demostrarte que me importas.

De hecho, todavía no sabe cuánto. Estos días que hemos pasado juntos han sido maravillosos, no he hecho nada malo. Ayer me quería, joder, ayer me miraba y en sus ojos

brillaba amor, ¿qué ha cambiado?

—No sé si quiero que me demuestres nada. Quiero a tu hermano y no es justo querer a dos hombres. Es más, no creo que sea posible. Tu hermano no se merece esto.

¿Y yo sí? ¡Maldita sea! Es la historia de mi vida. Mi hermano se merece todo y a mí solo me quedan las migajas. Sin embargo, lo peor, lo que más me jode es que he estado equivocado durante todo este tiempo. Tal vez amé a Laura en su día, pero la quise de una forma distinta. Sara, en cambio, me ha acariciado el puto corazón. Se ha metido ahí dentro, jodiéndome por completo.

No sé qué decir.

—Lo entiendo —digo sin entenderlo realmente.

Hago un esfuerzo sobrehumano por no

llorar. Me prometí que nunca más lo haría. La tomo de la mano y ahora hablo desde el egoísmo.

—¿Te puedo pedir un último favor?

Asiente, ajena a lo que le voy a pedir, y cojo aire antes de hablar.

—No he sentido nada parecido por nadie, nunca. No he sido consciente de todo lo que sentía por ti y no sé si algún día volveré a sentirlo por nadie más.

—¡No exageres! —contesta sin querer creérselo.

No estoy exagerando, es más, me estoy quedando corto. Es difícil ver cómo algo se te escapa de las manos y no tienes opción alguna de hacer cualquier cosa para evitarlo. Es difícil pensar en cómo despedirte de alguien a quien amas.

—Sara, me conoces. Yo no soy así, me has amariconado —digo medio en broma para cortar un poco la oscuridad del ambiente.

Me siento tan desesperado que tomo decisiones igual de desesperadas. Por ciertas casualidades, en ocasiones, estas decisiones que se toman en momentos en los que nos encontramos al límite, resultan las más acertadas o quizás, esas mismas son las que te destrazan la vida.

—Yo nunca he hecho el amor. No he creído en eso, ya lo sabes. Y, joder, nunca pensé que hablaría así del tema. Para mí solo era sexo y diversión. Sé que lo que te voy a pedir es muy fuerte y que no me lo merezco, pero... ¿podríamos despedirnos bien? Solo una vez. Amor, no sexo. ¿Qué me dices?

CAPÍTULO 20

Despedida.

*No te confíes de las palabras bonitas,
muchos tienen azúcar en la boca y veneno en el
corazón.*

Cuando dices «¿qué me dices?» esperas que te respondan con palabras o con frases, no con lágrimas. Sara llora y yo tengo que hacer un gran esfuerzo para no hacer lo mismo.

—Será solo una despedida —comento en voz alta más para mí que para ella.

Tengo que mentalizarme. La historia acaba

aquí. Este es el último capítulo de nuestro libro. Quizá solo he sido el prólogo de su historia, pero debemos poner cuanto antes el punto y final.

Me mira a los ojos y sé que ha aceptado. Beso sus lágrimas, odiándome por ser el causante de las mismas, y mis besos terminan en su boca. Nuestros labios se acarician con suavidad, sin prisa, pero tampoco sin pausa. Esa suavidad me mata. Mis ojos pierden la batalla y termino llorando. Yo, llorando, quién me lo iba a decir. Me acaricia las mejillas tratando de borrar mis lágrimas.

—Nunca antes he amado a alguien y creo, qué narices, sé que te quiero. Lo sé porque te necesito, porque solo quiero lo mejor para ti, y si lo mejor para ti es estar con mi hermano, adelante. No haré nada que pueda hacerte sufrir, tan solo te

vido que me ames una única vez. Vamos a olvidarnos del mundo durante unas horas, luego ya despertaremos.

Despertar será duro, duro de cojones, pero viviremos este sueño durante una noche más.

Nos besamos lento y sin prisa, dejo que ella sea la que me guie esta vez y estar a la deriva es... diferente. Se sienta sobre mis piernas y no puedo evitar que un gemido inocente escape de mi boca. Coloco mis manos en sus caderas mientras su lengua recorre el camino que va desde mi oreja hasta mi clavícula.

Le quito la ropa de forma pausada, memorizando cada uno de los segundos y ella me imita. Es agradable sentir sus pequeñas manos acariciándome con cuidado, mientras las mías

suben hasta sus pechos.

—Te necesito, te necesito —le digo con total sinceridad.

Lamo sus pezones con delicadeza, dejando que mi cálido aliento los acaricie una y otra vez. Arquea la espalda, le gusta lo que le hago y no existe un placer mayor para mí que verla disfrutar.

Dejo que mis manos se paseen por su cuerpo acariciando cada centímetro de su piel.

—Mírame —le pido, esperando que abra sus preciosos ojos almendrados—. Mírame.

Por fin lo hace y nos miramos a los ojos. Intento transmitirle toda la devoción que siento por ella. De nuevo me concentro en su pezón pero en esta ocasión juego con los dientes. Ese simple gesto la despierta. Me besa con pasión —quizás una pasión excesiva— y tira de mi pelo hacia atrás

para después lamer mi cuello con ansia.

—Tranquila —le pido, impregnándome de su necesidad—. Quiero amarte, no follarte.

Me mira a los ojos, me mira el alma.

—Te quiero, James. —Esas palabras me llegan demasiado—. Te quiero, te quiero. Creo que el amor es esto, James, lo que estamos sintiendo en este momento. No puedo enseñarte a hacer el amor en la cama, de eso ya sabes bastante. Lo único que cambia es que te dejas guiar por todo lo que sientes.

En este momento lo comprendo. Podemos follar, podemos hacer de todo en cualquier sitio, los besos ya vendrán en otro momento. El amor estará presente, pero no por hacerlo más lento la voy a querer más o por tomarla del pelo, la voy a querer menos.

—Te quiero, Sara.

Siento alivio al decirlo. La subo en volandas y la llevo así hasta la cama, donde atrapo de nuevo su pezón mientras abro sus piernas con las manos.

—Me gustas, nena. Quiero que te quede bien claro.

Beso todo su cuerpo, su cuello, su estomago, sus caderas. Llego hasta su sexo, lo tengo delante de mí, preparado, brillando por la emoción.

—Lo quiero todo de ti. He comprendido que, cuando amas a alguien, sientes la extraña necesidad de querer que sea feliz, por encima de cualquier cosa. Este —digo dejando que la punta de mi lengua acaricie su sexo—, forma parte de ti y también quiero, necesito, que sea feliz.

Ataco vilmente a su sexo con mi lengua y no deajo que esta se detenga. La muevo en círculos, rodeando su punto más caliente. Ella gime, se inclina hacia atrás, pero no desisto. Sus músculos se tensan. Su orgasmo está cerca, tan cerca que tan solo tengo que aumentar el ritmo un poquito más y llega.

—Gracias por regalarme tu orgasmo.

—¿Puedes hacer como que te caes de la cama?

Mi risa resuena entre las cuatro paredes mientras me deajo caer a su lado. Me mira, sonrío y no tarda en moverse. Se acomoda sobre mí. Mi erección está más que lista para introducirse en ella pero, al parecer, Sara tiene otros planes.

Repito mi operación de expedición y recorre mi pecho con la lengua. Toma mi sexo con

ganas, desde la base, asiéndolo con firmeza, y deja que su lengua se pasee por él. Su velocidad aumenta, lo hace con confianza y me mira. No hay nada que me ponga más que me miren mientras me la comen.

—Cariño, si sigues así me correré.

—Esa es la intención —contesta mientras vuelve a la carga dándome lametazos.

—No, no. La cosa es hacer el amor.

Me siento cursi diciéndolo. ¿Hacer el amor? La cosa es follarte, nena. Sonríe sin dejar de lamerme. Sonrisa, lamer y mirar es igual a combinación explosiva.

—Te lo estoy haciendo con la lengua.

Tiro de ella y lo hago porque estoy a punto y no quiero acabar aún, no esta noche, no en nuestra última puta noche. La tiro sobre la cama y

me coloco entre sus piernas, dejando que mi sexo salude al suyo con una sugerente y a la vez, excitante caricia.

Me hundo en ella notando toda su estrechez. Encajamos de maravilla, como si nuestros cuerpos estuvieran hechos a medida. No lo hago lento, es una tontería, también lo quiere deprisa.

—¿Me sientes dentro de ti?

Sara hace un gesto afirmativo y yo hago que me sienta más y más, hasta que nuestros cuerpos dicen basta, hasta que nos unimos en un puñetero orgasmo de esos que te dejan medio atontado.

El techo se encuentra sobre mis ojos y ella a mi lado. Mi corazón no sé dónde está, creo que se lo

he regalado junto con mi orgasmo y ahora, siento un puto vacío que no sé cómo podré sobrellevar.

No sé qué decir. No quiero decir adiós, adiós es una palabra muy fea. La miro con la esperanza de que ella diga algo, lo que sea, tal vez un «quédate, he cambiado de opinión», pero no, ella no dice nada. Gira la cabeza y de lo único de lo que soy capaz es besarla en la mejilla.

Salgo de la habitación con mi ropa en la mano, pues no me veo con cuerpo para vestirme frente a ella. Cierro una puerta que sé que nunca volveré a abrir y me siento... como una puta mierda.

CAPÍTULO 21

Tanto.

*Ahora, que me he quedado solo
Veo que te debo tanto y lo siento tanto.
Ahora, no aguantaré sin ti, no hay forma de
seguir así.*

Tanto, Pablo Alborán

Nunca imaginé que dolería tanto. Tanto. Qué palabra tan desgraciada. Tanto, como aquellas cantidades que no se pueden medir. Tanto como la puta vida.

Jamás me había encontrado en una

situación parecida. Dicen que un problema siempre tiene solución y si no la tiene, es que no es un problema. Lo complicado viene cuando la solución no está en tu mano.

Sara no me ha llamado, no me ha dicho absolutamente nada, como si ya no existiera, como si solo hubiera sido una fantasía, una de esas que empañan el espejo tras una ducha.

Camino sin rumbo. No sé adónde ir pero estar en casa me provoca claustrofobia. Mis pies me llevan hasta mi antiguo apartamento. Quiero pasar de largo pero hay algo que me llama la atención. En la puerta está aparcado el coche de mi hermano. ¿Qué narices hace aquí?

No debía regresar hasta dentro de dos días. Mi pecho arde por la ansiedad. ¿Le habrá llamado

Sara? Paso de largo para huir de toda esta mierda, pero algo me frena. Llamémosle presentimiento o tal vez, intuición infectada.

Doy media vuelta, entro en el portal y subo las escaleras de dos en dos, como si estas estuvieran en llamas. Aporreo la puerta con dureza y un minuto después mi hermano me abre.

Aparece sonriente con una camisa blanca desabotonada y unos pantalones tejanos. Algo no va bien, nada bien. Miro su maleta y la encuentro totalmente revuelta en un rincón, además, sobre la mesa descubro los restos de lo que supongo que debe de ser su cena.

La cama está deshecha y todo se me repite como aquella vez. La misma historia. La gente no cambia, siempre acaba saliendo su lado más primitivo.

—¿Qué mierda has hecho?

—Nada —contesta, pero le conozco demasiado como para oler la mentira en su respuesta.

No, a Sara no. Es irónico que sea yo el que lo piense después de haberme acostado con ella y entre los dos, haber engañado a mi hermano. Pero es diferente. ¡No es lo mismo!

—No te entiendo. Pensé que habías cambiado, ¡joder! ¿Por qué? —pregunto sabiendo que no tiene ningún sentido pues sé que diga lo que diga, no va a servir de nada.

Pienso en Sara y en el daño que le hará cuando se entere... ¿Hasta cuándo seguirá jugando a dos bandos? ¡Maldita sea!

—Sara no se merece esto.

—Ella no tiene por qué enterarse. Tú no lo

puedes entender, es como una necesidad. Tiene que ver con el sexo, el amor va aparte. Yo quiero a Sara.

—Si la quisieras no te tirarías a otras. ¡Joder! La tenías a ella. ¿Por qué?

No sé por qué me empeño en buscar una razón para algo irrazonable. ¿Por qué la gente se comporta así? Los asesinos, los maltratadores, los violadores. La sociedad se empeña en buscar un motivo cuando la única realidad es que no hay una razón, nunca podrá existir una. Debe de ser un gen, algo que está mal en ellos, algo que provoca una extrema irracionalidad.

Ryan se abotona la camisa como si la conversación no fuera con él, como si tuviera una mente tan extremadamente fría como para poder separar una cosa de la otra. Como si no le

importaran los sentimientos.

Maldito hijo de puta.

Dos vidas. Una en la que es el marido perfecto y otra en la que se convierte en el amo perfecto. ¿Amo? Realmente no sé si es eso lo que hace, pero el látex y la dominación existen.

—Sara es diferente. Sara hace al amor, despacito. Ella cree en el amor y me encanta, en serio. Es la mujer perfecta. Quiero casarme con ella, es más, he traído un anillo. Se lo pediré esta noche. ¿Qué? —me pregunta arqueando una ceja—. No me mires así. Tú sigue con tu vida de... ¿cómo lo llama Sara? Ah, sí, cretino.

No puedo creer lo que estoy escuchando.

Encantar, hacer el amor, anillo.

La información me sobrepasa. No puedo dejar que Sara se condene durante el resto de su

vida a ser una infeliz. No.

Mi hermano tiene un lado oscuro, uno que nadie más puede ver, uno en el que hay fiestas con mujeres, mujeres que se dejan hacer, mujeres que hacen, mujeres en general.

Pensaba que lo había dejado, lo juro, pero, al parecer, estaba equivocado. Nadie es bueno sin más, todos tenemos secretos. Unos los comparten a voces y otros se los llevan a la tumba.

—Habla con ella o lo haré yo.

—¿Tú? —me dice con su sonrisa de prepotencia *made in Cooper*—. ¿Quién te va a creer a ti?

La rabia se apodera de mí. Siento tanto coraje que no sé qué decir ni qué hacer. Las palabras salen de mi boca disparadas buscando hacer daño, intentando frenar que ese hombre, por

llamarlo de alguna maldita forma, le destruya la vida a la mujer que yo amo.

—No le gusta que se lo hagan despacito —termino, escupiendo las palabras—, le gusta que la follan.

Y justo cuando acabo sé que la he cagado, que he metido la pata hasta el mismísimo fondo. Intento detenerle cuando sale de casa y le propino un puñetazo en las costillas que hace que se doblegue del dolor. Me empuja y caigo en el sofá. No quiero pegarme con él, no con mi hermano.

Cruza la puerta y voy a ir detrás cuando escucho las llaves. No, cabrón, no. Me ha encerrado. Sé que va a por Sara. Quiero avisarla y llamo a su teléfono con urgencia, pero no está disponible. ¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda!

Las horas pasan y me siento desesperado. Llamo a un cerrajero que tarda dos horas en llegar y justo cuando está a punto de abrir la jodida puerta, aparece mi hermano.

Su semblante es serio y solo quiero estrangularlo. ¡Lo haré, juro que lo haré!

—¿Qué has hecho? —le pregunto cuando entra con el mentón alto.

Puedo oler la prepotencia que desprende todo su ser. Sus ojos están inyectados de rabia y Ryan rabioso puede ser tan letal como un arma de destrucción masiva.

—Follármela —contesta con extremado desprecio—, como a ella le gusta. ¿No? ¿Es eso lo que decías? Ya te la puedes quedar. Toda para ti.

Le odio tanto, tanto, tanto...

La rabia sale de mi interior. Le golpeo, lo

hago una y otra vez. Él se defiende y los dos acabamos con los puños doloridos y la cara magullada, pero lo peor no es eso. Los golpes se curan, lo demás no.

Continúo llamándola, lo hago una y otra vez porque no pienso dejar de intentarlo. Al final, pasadas unas horas, ella descuelga.

—¿Sara? —pregunto con evidente desesperación. Mi pecho va a mil por hora y me muevo en círculos, con la ansiedad arañándome el corazón.

—Dime —contesta con sequedad.

Ha estado llorando, lo sé, lo noto. Está rota. ¿Cómo no iba a estarlo? Había elegido, mal, pero había elegido, y ahora no puedo echárselo en

cara, me da igual. Todos cometemos errores, todos, pero yo necesito estar con ella.

—¿Estás bien? —pregunto, aun sabiendo la respuesta. No, no lo está.

Suspira al otro lado de la línea. No es un suspiro de amor, no, es un suspiro de agotamiento. Un suspiro de alguien que se siente cansado, derrotado.

—¿Qué quieres, James? —pregunta en el tono más frío y despectivo que nunca antes haya empleado conmigo. Lo siento como un cuchillo clavándose en mi pecho, pero no puedo colgar—. No quiero saber nada de ti. ¿Se lo has contado a tu hermano? ¡Le dijiste que nos habíamos acostado! Creía en ti, ¿sabes? Creía que eras bueno... pero ya veo que no eres más que un simple cretino.

—Sara, por favor, escúchame.

Suplico. Necesito explicárselo todo y necesito que entienda que lo he hecho por ella, que mi hermano siempre ha sido así y que ella se merece algo mejor. Dios, ni si quiera sé si yo soy ese algo mejor.

Al otro lado de la línea ya no hay nadie, tan solo queda el eco de un sonido intermitente. Intento llamarla de nuevo, rogar de nuevo, pero ella no tiene ninguna intención de dejar que pueda explicarme.

Los días pasan y la angustia no disminuye. No sé nada de Sara, no sé nada de mi hermano, no sé nada de mí. Sé que existo porque me oigo respirar

y porque me obligo a comer. He perdido peso, he perdido vida.

He intentado ponerme en contacto con Sara, pero el teléfono ya no se encuentra disponible, han traspasado la cafetería y la única opción que me queda es la de encontrar a Esther.

La rubia está distraída en el interior de un bar. Lleva un vestido ajustado de cuero negro, pero su sonrisa se esfuma nada más verme.

—No quiero saber nada de ti —comenta al tiempo que inicia el paso para huir de mí.

—Por favor, necesito hablar con Sara.

Mi vida se ha convertido en esto, en ir rogando de un lado a otro, en ir dando puta pena. La agarro del brazo y ella mira mi mano con auténtico asco. No es nadie para mirarme así. Nadie.

—Necesito hablar con ella —repito, ignorando cómo me hace sentir su desprecio.

—James, se ha ido a vivir fuera. Déjala en paz.

Se ha ido. Aquello suena tan jodidamente mal que puedo incluso escuchar cómo mi corazón lucha por continuar bombeando. Duele, joder si duele.

Esther no siente pena por mí —tampoco pretendo que lo haga— cuando se gira y se va, como quien consigue liberarse de un acosador, y con sus palabras se van mis experiencias. Tengo que lograr seguir adelante, no sé cómo, pero lo conseguiré.

CAPÍTULO 22

Reinicio.

*Por cómo acabó todo siento penita pena.
Quisiera volver al pasado y no encuentro la
manera.*

Primer amor, Maka.

Hay amores que sacuden tu mundo de forma huracanada, destruyéndolo todo a su paso, dejándote solo con huesos y piel. Hay amores que te resetean el corazón, obligándote a tener que enseñarle desde cero cómo volver a latir.

El tiempo pasa y las esperanzas se

evaporan. En ocasiones, me atrevo a pensar que todo fue un sueño, pero no, las cicatrices me recuerdan que fue real.

No he vuelto a amar. No por falta de ganas, sino porque nadie me hace sentir que merece la pena siquiera intentarlo. Nadie. No he vuelto a ser un cretino y aquí estoy, navegando entre dos mundos, sin ser nadie.

Cinco años han pasado. Más de mil ochocientos días. Debo admitir que durante el primer año mantuve la esperanza. Siempre creía verla a lo lejos o me parecía oler su perfume en el metro. El segundo año mi mente se aferró a la verdad, aunque dolió mucho. No supe nada de ella. Nunca. Hasta que hoy ha sonado el teléfono. Era mi

hermano. Ya no me hablo con él, ni siquiera le considero parte de mi familia. No puedo.

No he respondido a la llamada. ¿Para qué hacerlo? No quiero nada de él, pero su mensaje ha resultado ser la llave de la caja de pandora.

«Llámame. Sara está aquí».

Sara. Ha vuelto. No podía hacerlo de forma racional. Ha vuelto cinco años después y para colmo, se lo ha dicho a mi hermano. No aprende, las mujeres, en general, no aprenden.

Todavía dudo sobre si llamarle o no. Me tienta responderle con un simple «felicidades». Me encantan los mensajes sarcásticos. Todo el mundo debería escribir con ironía.

Soy débil y maldigo una y otra vez antes de marcar su número en mi teléfono.

—Sé escueto —le digo sin darle tiempo a

que salude siquiera.

No quiero conversaciones hipócritas. No me importa su vida. Nada, cero. No quiero saber nada de él.

Escucho cómo respira profundamente. Encima. Odio que se haga el indignado, el santo, se le da tan bien... Es su truco favorito desde que éramos pequeños.

—Tú lo has querido —responde—. Sara ha venido. Tiene dos hijos, gemelos. Creo que eres lo suficientemente mayorcito como para no necesitar más detalles.

Las palabras llegan a mi cabeza desordenadas. No entiendo la información. Sara tiene hijos, gemelos. Entiendo que es un palo y me abruma pensar que ella ha podido rehacer su vida después pero, ¿qué esperaba? Ella es perfecta.

Sin embargo, algo falla. Hay algo que se me escapa, que provoca que un pinchazo me atraviese la sien.

—¿Qué edad tienen los niños?

—Intenta adivinarlo.

¡Maldita sea! ¿Será verdad? ¿Habrá sido capaz de tener a mis hijos y no decírmelo? ¿Serán míos o de Ryan? La angustia se anuda en mi estómago. ¡Maldita sea!

—¿Dónde está? —ladro intentando contener la furia que borbotea en mi sangre.

Ryan me da las indicaciones por mensaje. Es el cumple de los niños. Sí, niños. Sara ha tenido dos niños. No he podido resistirme a preguntarle si son suyos pero no lo sabe. Quiere ir en busca de respuestas y yo no pienso quedarme sentado esperando a que me lo cuente después.

Dispongo de dos horas, dos horas que empleo en modificar toda mi agenda. Justo esta tarde tenía bastante trabajo, pero me da igual. Modifico un par de visitas y termino con todo el trabajo en el poco tiempo que me queda.

Mis dedos se quedan blancos al sujetar con fuerza el volante. Tengo tantas putas ganas de verla... Es curioso, en el momento en el que he sentido mayor paz en mi vida, llega la tormenta dispuesta a inundarlo todo de nuevo.

Pulso el timbre sin llegar a creer todavía que esté aquí. Es una casa bonita. Siento un extraño hormigueo en el dedo cuando la puerta se abre y la veo ahí... Sigue igual que en mis recuerdos, aunque sus ojos parecen sorprendidos

al verme.

—Hola, Sara.

Después de cinco años no encuentro nada mejor que decir. Me está analizando. He cambiado, ella me cambió. Ahora voy rapado, pues no quiero ir con el mismo puto peinado que Ryan, ya no me hace gracia que nos confundan. Mi forma de vestir también es diferente, ser un hombre de negocios te lo exige.

Sigue ahí pasmada sin decir nada.

—¿Puedo entrar? No he recibido la invitación pero pensé que quizá se tratara de un descuido, ¿verdad?

Mis palabras le llegan afiladas como una daga, y no es para menos. Sí, estuvo mal lo que hicimos, pero se largó, le resultó mucho más fácil huir y dejarme tirado. ¿Embarazada? ¡Dios...!

La sigo hasta el comedor y al entrar, mis ojos solo buscan en una dirección. Hay dos niños, dos niños pequeños de pelo castaño y ojos claros. Dos gotas de agua. Siento que toda la sangre quiere abandonar mi cuerpo.

—Buenas tardes. Felicidades, cumpleaños.

Me prestan atención. Percibo la sorpresa en sus ojos y observo cómo estos viajan entre Ryan y yo. Sí, al parecer, la sorpresa es mutua.

CAPÍTULO 23

Sin invitación.

Si no tardas mucho, te esperaré toda la vida.

Oscar Wilde

La tensión es palpable en este comedor que resulta acogedor. Nadie habla, los niños han salido de la habitación y con ellos se han llevado la armonía.

Es increíble cómo mi corazón se acelera solo con escucharles reír. Necesito respuestas, demasiadas.

La voz de uno de los niños suena desde mi lado izquierdo, donde encuentro un pequeño

aparato negro que parece un *walkie talkie*.

—Comadreja, aquí Toro, ¿me escuchas?

Cambio y corto.

¿Comadreja? ¿Así la llaman? Intento que mi expresión continúe siendo natural, pero debo admitir que me ha hecho gracia.

Sara se gira hacia la mesita que hay a mi lado con las mejillas sonrojadas. Al parecer, hay cosas que no cambian. Se inclina para coger el aparato y mis ojos no pueden evitar pasearse por su esbelta figura. Sus caderas quizás se hayan ensanchado, convirtiéndola en una mujer todavía más sexy si cabe. Se aclara la garganta antes de presionar el botón.

—Aquí Comadreja. Dime, Toro. Cambio y corto.

Sus palabras parecen un puzle. Las suelta a

trompicones, como si le costara acordarse de qué tiene que decir.

—Hemos encontrado un juguete nuevo y raro. Lobo te lo lleva. Cambio y corto.

El niño es más ágil conversando. Los ojos de Sara se abren como platos, a saber qué será ese nuevo juguete. Vuelve a sonrojarse y en esta ocasión, resulta tan exagerado que parece que su cara vaya a explotar.

Lobo y Toro. Curiosos nombres los de estos chicos. Hombrecitos, que ya están hechos unos hombrecitos y yo me lo he perdido. Me invade una oleada de tristeza con tintes de frustración. Siento que son míos, no sé por qué, pero lo siento.

Uno de los niños entra en el salón, por la camiseta que lleva de color azul sé que es Enzo.

Sostiene algo en las manos de color rojo, pero Sara actúa deprisa y se lanza sobre el niño a toda velocidad, intentando arrebatarse lo que sea que lleve consigo.

—¿Por qué están unidas las dos pelotas por un hilo, mamá?

—Para que no se pierdan —contesta tajante. Sé que está nerviosa, avergonzada y un puñado de cosas más—. Acompáñame a la cocina, esto lo arreglo yo en un momento.

Los veo salir del salón y mi mente se colapsa. Necesito información y la necesito ya. Cuando regresa, estoy de pie muy cerca de la puerta, esperándola. Como siempre, esperándola.

—¿Podemos hablar? A solas, por favor.

Ella asiente. Bien, esta vez no va a huir. Salgo del salón con la esperanza de que me siga

pero no sé adónde ir, no conozco la casa. Sin embargo, parece percibir mis dudas y me guía hasta la cocina.

Me apoyo en la nevera e intento no mostrar más tensión de la necesaria.

—Cuánto tiempo... —digo, escupiendo ironía por la boca.

—Sí, te veo bien.

Bien. Ella también sabe contestar, sabe jugar. Pues vayamos al grano. Me paso la mano por la cabeza en busca de las palabras adecuadas y llevo la mirada hacia el suelo. No puedo concentrarme si sigo mirándola, joder, puto magnetismo de mierda.

—Voy a ser directo, Sara, siempre lo he sido... ¿Por qué? ¿Tan malo fui? Tal vez hice algunas cosas mal, lo sé. Pero, ¿de veras me crees

un ser tan malvado como para no merecer saber que tengo hijos?

Me duele el pecho al decirlo porque me parece algo tan fuerte que no entiendo realmente cómo ha podido hacerlo.

Me mira, con sus ojos almendrados, esos que tanto amé, esos que ahora parecen sentir pena por mí, y yo no busco el pesar de nadie. Quiero respuestas.

—No, no. Lo siento.

Es lo único que dice. Después de todo lo que pasamos, después de todo, tan solo merezco un simple «lo siento».

—Yo te quería. —Siento que me arrastro con esas condenadas palabras.

—Estaba asustada, dolida, confusa... Por eso me fui.

Claro, lo más normal, huir. Huir es de cobardes, joder, alguien debería decírselo. La miro y veo a la misma Sara... y no entiendo su forma de pensar. ¿No le dejé claro lo que sentía? ¡Claro que lo hice!

—Habría estado ahí por ti, para ti.

Esta confesión me rompe porque ya no soy un tipo duro. No con ella. Con Sara me abrí en canal. Ella también llora, estamos apañados... Nos fundimos en un abrazo y su perfume me acaricia en todos los sentidos. Lleva el mismo de siempre, ese que me ha acompañado en mi memoria durante estos cinco años. No quiero soltarla, soy un puto kamikaze condenado, pero no quiero soltarla.

—¿Son míos? —pregunto, sintiendo que el oxígeno se me va a terminar en esta cocina con su respuesta.

—No lo sé.

Me aparto de ella sintiendo una pura y desbordante decepción. ¿Cómo puede no saberlo? Joder, debería haber buscado respuestas y no creerse siempre la víctima de todo cuando tal vez no ha sido más que el propio verdugo.

—¿Sabes, Sarita? Yo era el cretino. Era el malo de vuestra “película pastel” de domingo por la tarde. Pero yo, el cretino, no me acosté con nadie durante todo el tiempo que estuve contigo...

Mis palabras le duelen pero me da igual, es su puto problema. Ya va siendo hora de que alguien le diga las cosas tal y como son, que esto no es un cuento, que es la puta vida real y que todas las acciones tienen consecuencias.

—Te recuerdo —dice cargada de rabia— que fuiste tú quien rogó para meterse en mi cama.

Duele, escuece. Sus palabras impactan como patadas en mi pecho, patadas que me dejan sin respiración, pero no pienso callarme. Me da igual lo que diga, para ella también tengo armamento.

—James, fóllame —la imito lo mejor que puedo.

—¡Cretino! —contesta dolida.

¿Duele? ¡Pues te jodes! A mí también me duele, no soy de piedra, ¡joder!

Suenan unos aplausos desde la entrada y ahí, cómo no, aparece mi hermano. El oportuno, el perfecto, el que nunca le habría dicho nada, el que se habría callado como el hombre educado que es. Todo es una mentira, tan solo vende humo y a pesar de ello, todo el mundo se lo compra.

Sara tira de la camiseta que lleva tratando

de infundirse ánimos a sí misma.

—Hoy no es el día más indicado para mantener esta conversación, ni tampoco el lugar. Así que os diré una cosa: si queréis quedaros, hacedlo, pero no se hablará más del tema, no con mis hijos por aquí.

—Nuestros —decimos mi hermano y yo a la vez. ¡Putá vida!

—Mami, es la hora del pastel —dice uno de los niños desde la puerta.

Distingo el alivio momentáneo en los ojos de Sara, como si nosotros dos nos hubiéramos convertido en un puñetero estorbo en su vida. Me doy asco.

—Con vuestro permiso —añade con incomodidad al abrir la nevera. Saca un pastel del interior y se abre paso entre nosotros. La miro sin

verla. La contemplo recordando el pasado y los momentos que juntos compartimos.

—Mamá, me muero de hambre —dice uno de los niños y estoy casi seguro de que es Leo.

Ambos son iguales, como dos gotas de agua, pero en ellos brilla un aura distinta. Leo me mira, es listo y sabe que algo no va bien. Realmente los cuatro nos miramos mientras pensamos quién de nosotros será es el padre.

—Vamos, se va a enfriar el pastel.

Sara no sabe lo que dice, incluso Leo se ha dado cuenta y le recuerda que los pasteles ya están fríos. Entonces, tras unos minutos de tensión, sale de la cocina y todos la seguimos como si ella fuera el mismísimo flautista de Hamelín.

Y así me veo ahora, siguiéndola de nuevo. Sin embargo, en esta ocasión me siento más

perdido que nunca.

CAPÍTULO 24

Lo siento.

*No siento el menor deseo de jugar en un mundo
donde todos hacen trampa.*

François Mauriac

Escucho a los niños discutir sobre quién ayuda más a su madre y veo en ellos reflejada mi niñez. Ambos soplan las velas y odio haberme perdido los anteriores cumpleaños.

No puedo evitar pegarme a Sara, su mirada se posa en mí y daría todo mi dinero por saber qué es lo que piensa. ¿Qué cojones pasará por su

cabeza?

Me ofrece un trozo de pastel mientras mantiene los hombros erguidos y el mentón alto, tratando de ser alguien que no es. Me siento como si fuéramos dos extraños, dos putos extraños.

Tomo asiento y me concentro en el pastel. No tengo hambre, pero en los cumpleaños no puedes negarte a probar la tarta. Ella, tan torpe como siempre, se inclina y hace malabarismos para coger un trozo cuando me roza la mano. No sé si lo ha hecho aposta o no, o si es lo que pretendía, pero he sentido algo, joder, cinco años y mi cuerpo continúa reaccionando a ella.

—Lo siento —dice mirándome a los ojos, pero estos no me piden perdón, solicitan permiso.

Me voy a volver loco. Se va, como siempre, huyendo de la situación. Se adentra en la

cocina y regresa con más platos. Los murmullos de los presentes inundan la sala, pero yo no escucho a nadie. Miro a Leo que parece querer convencer a su hermano para hacer alguna trastada. Sin duda alguna, de los dos, él es la mente pensante.

—Son buenos niños —me informa Sara, tras colocarse a mi lado y tratar de entablar una conversación cordial.

La observo y quiero comprenderla. ¿Por qué las mujeres resultan tan jodidamente complicadas? Se concentra en mis labios, ¿querrá besarme? Sé que debería ponérselo difícil, mostrar dignidad, pero no me siento con fuerzas para ello.

Es mi puta debilidad, como ya dije, el amor te hace un mierda para el resto de tus días.

—Tienes algo en el labio —comenta al

tiempo que acaricia el suyo. Veo el deseo en sus ojos, la conozco, o por lo menos, conozco su cuerpo. Traga saliva y se va. Siempre acaba yéndose.

—Ahora vuelvo —dice, ya de espaldas a mí.

Estoy cansado de esperar a que regrese y la sigo. Sube las escaleras demasiado deprisa para sus torpes pies y en el último escalón, tropieza y queda tendida con el culo en pompa. Llevo mis manos hacia sus caderas y me pego a ella. Dios, qué bien me siento al volver a tenerla tan cerca...

Se tensa sin saber qué o quién tiene detrás y entonces, la ayudo a subir el último escalón, la tomo en volandas y me pego todavía más a su cuerpo.

Están tan cerca de mí que puedo oler su

perfume. Sigue usando el mismo, el que se convirtió en mi mayor obsesión. Le aparto el pelo de su cuello, dejándolo descubierto y al alcance de un mordisco.

—Amor, ¿tratas de seducirme?

No se mueve, se queda ahí pasmada esperando a que continúe. Lo está deseando, claro que lo hace.

—Tonterías —contesta unos segundos después.

Se aparta de mí y deambula sin sentido por el rellano, nerviosa, creo que ni si quiera sabe qué es lo que venía a hacer. Entonces, se gira de forma automática y choca contra mí.

—Para no querer seducirme, amor, estás rozándome más de la cuenta, ¿no crees?

Cada vez que pronuncio el término amor se

deshace. Lo veo en su expresión y sé que si ella fuera un tío, ahora mismo tendría la polla muy dura. Lo sé y ella también lo sabe.

—El problema es que tú siempre estás en medio.

Así son las mujeres. Quieren que les vayas detrás, que las seduzcas pero, después, se hacen las dignas y estoy hasta las pelotas de que juegue conmigo. Si quiere jugar, jugaremos. Siempre se nos ha dado bien lo de jugar.

Abro la boca con la firme intención de volver a llamarla amor y noto cómo su cuerpo se tensa tan solo con escuchar la primera vocal, pero no continúo. No quiero hacerlo.

Una parte de ella parece que quiera irse, pero sus pies no se mueven. Entonces, se roza contra mí, ¿estará buscando algo? ¿Será mi jodida

erección?

—¿Buscas algo aquí arriba? —pregunto. Estamos donde ella quiere. Aquí, juntos, los dos, con algunas camas demasiado cerca en las que poder recordar viejos tiempos.

Sus mejillas enrojecen y ella niega con la cabeza mientras escupe un no descoordinado. Sonríe, está excitada. Quizás esté pensando si ahora todo sería como hace unos años, si el sexo será igual de intenso, si nuestra conexión, esa tensión sexual que orbita entre nosotros, continuará intacta.

—¿Has subido para nada, amor?

Amor, amor, amor. La llamaría así a cada segundo si con ello lograra que continuara mordiéndose el labio.

—Dicen que subir escaleras fortalece los

glúteos.

Pienso en aferrarme a su culo con ganas y comprobar así si lo tiene duro o no, pero no sería adecuado. Sara me mira con la victoria reflejada en los ojos, cree que me ha dejado sin palabras, pero lo tiene claro.

—Y yo que pensaba que no era más que una falacia aquello de que «donde hubo fuego, cenizas quedan...».

Trata de contener la sorpresa, pero no se le da nada bien. Su frente se arruga mientras piensa a toda prisa una respuesta ingeniosa, pero no la encuentra y no lo hace porque sabe que tengo razón.

Se humedece los labios antes de hablar, está nerviosa. Vamos, Sarita, que todavía no muerdo.

—No sé de qué estás hablando. —Oh, qué desilusión, ha optado por el camino fácil y se hace la tonta—. Han pasado cinco años, imagino que tú también habrás rehecho tu vida y que tendrás pareja.

Demuestra ser una chica lista al preguntar indirectamente si estoy saliendo con alguien. No encuentra el valor suficiente para hacerme la pregunta de forma directa, mirándome a los ojos, tomando las riendas de su vida.

Pues como ella no arriesga, yo tampoco. No quiero contarle nada, no quiero decirle lo infeliz que he sido por su culpa. No quiero contarle cómo esperé y esperé. No, hoy no, tal vez otro día.

Doy media vuelta y bajo las escaleras. Sí, en esta ocasión soy yo el que huye, a veces no está

mal hacerlo. Cuando llego al recibidor me encuentro con Leo, que sostiene el *walkie* con determinación. Enarca las cejas, pensativo, y justo después, aprieta el botón lateral del aparato con ambas manos.

—Comadreja, me he enamorado. Cambio y corto.

El niño lo ha dicho con total convicción. Enamorarse, qué putada más grande.

—¿Qué es eso de que te has enamorado?

Sara aguarda a mis espaldas con sus delicados brazos en jarra e intenta emplear un tono autoritario que no posee. No tiene voz de mando, nunca la ha tenido.

Leo me mira, sonrío y se va corriendo seguido por Enzo. Vaya par de granujas. Aprovecho el momento, me acerco a Sara y finjo

que aspiro su aroma.

—Vas aprendiendo, Sarita.

La confusión se adueña de su rostro. No sé si es por la afirmación, por el ausente “amor”, o por ese “Sarita” recién adoptado de nuevo.

—¿A qué? —pregunta visiblemente alterada.

Tensa los hombros cuando acerco mi nariz a su cuello. Me detengo ahí, inspiro exageradamente para que sepa lo que estoy haciendo y compruebo que su cuerpo todavía reacciona a mí.

—No hueles a hidratante masculina. ¿Ya no la necesitas para destensar los músculos? Ah, no, qué tonto... Ahora usas esto.

Saco un par de bolas rojas que cualquier adulto reconocería a la perfección, unas bolas

chinas rojas que, por cierto, me ha dado Leo hace tan solo unos segundos, como si se tratara del mayor de sus tesoros.

La expresión de Sara evoluciona por momentos, tornándose cada vez más pálida para después, pasar de repente a un tono rojo escarlata. Parece no poder parpadear y mira las bolas, solo a las bolas. No me mira ni a mí ni a mi mano, está centrada en la dichasas bolas.

—¿Este es tu regalo? —pregunto, pero ella me ignora. Sigue con la mirada fija.

—No juegues con eso —amenaza en un tono de voz muy distinto al habitual.

—¿Las necesitas, amor? —pregunto, tendiéndolas a la altura de sus ojos. Se abalanza contra mí y me las arrebatata. Se siente orgullosa por habérmelas quitado, quizá crea que lo ha

logrado gracias a su ingenio y no porque yo me haya dejado. Siempre será una ilusa, forma parte de su carácter, de su vida, y nunca cambiará. Al final, se gira y se dispone a marcharse de aquí.

—¿Sabes...?

Frena, sus piernas se detienen y ella se queda ahí de pie, frente a mí, esperando a que mis palabras le cambien la vida.

—Yo podría haberte llenado... En todos los sentidos. Y todavía podría hacerlo. No te voy a mentir ni tampoco voy a ocultarte nada. Seré un cretino para ti pero, ante todo, soy sincero. Durante todo este tiempo he estado con distintas mujeres, más de las que puedo llegar a contar con los dedos, pero ninguna eras tú. Con ninguna de ellas he ido de compras, con ninguna he sido yo mismo. Sé que no me quieres, sé que para ti solo

importa Ryan; siempre ha importado él, a pesar de que entre nosotros exista esta conexión tan especial.

Quizá solo sea especial para mí, pero debía decírselo. Me he abierto una vez más y eso que juré que no volvería a hacerlo. Sara siempre será mi perdición y lo sé porque tengo la extraña sensación de que en la vida, cuando encuentras a la persona que crees que será tu alma gemela, simplemente lo sabes, la mierda lo es cuando la otra parte no se entera.

Mis palabras parecen dolerme más a mí que a ella o quizá, todavía esté tratando de analizarlas. La miro, quiero follármela y... ¡a la mierda! Seamos sinceros al cien por cien, no a medias.

—¡Quiero follarte! Claro que quiero

hacértelo —le digo en un susurro de alto voltaje—. Una y otra vez. Quiero sonrojarte, hacerte reír... pero ya no te quiero. Lo hice, te quise, y creo que eres la única mujer a la que he amado. Pero ahora... ahora quiero saber... necesito saber si soy padre.

Sus ojos me miran y por primera vez pienso que me cree, que entiende mi posición y que es consciente de que la amé y también de que mi amor era de verdad.

—No sé qué decir.

—Dime que son míos —le ruego desde lo más profundo de mi ser. Hay algo, no sé el qué, que me dice que lo son. Quizá tan solo sea la esperanza de que de nuestra unión naciera algo tan bonito como esos dos pequeños.

—No lo sé —contesta con la voz cargada

de lágrimas escondidas. Va a llorar, menudo día llevamos.

Pero llorar, huir o maldecir, no soluciona los problemas. Para ello hay que echarle valor, esfuerzo y dejar el puto miedo a un lado.

Quiero saberlo, necesito saberlo, qué cojones, tengo derecho a saberlo.

—Pues averígualo.

—Está bien —contesta.

Espero que no sean solo palabras y que los hechos la acompañen. Lo deseo de corazón.

CAPÍTULO 25

Nocilla.

*La verdad tiene dos sabores: uno dulce para el
que la dice,
y otro amargo, para el que la oye.
Rodríguez Marín.*

Sara es rarita, todos lo sabemos. Sara es peculiar, cabezota y estúpida. Sara se ha ido a Alicante. ¿Por qué? No lo sé, se suponía que tenía que ir al médico. ¿Acaso no hay médicos en Madrid?

Esther y yo volvemos a ser amigos, bueno, no es una amiga, es una conocida que ha vuelto a

hablarme. Y sus palabras me aportan gran información. Me ha avisado de que hoy vuelve Sara a las seis de la tarde y de paso, me ha dado su teléfono.

Quiero escribirle y decirle que iré a su casa, que necesito ver a esos niños de nuevo pero, antes de hacerlo, cambio mi foto de perfil. Actualmente, resulta muy fácil distinguirme de Ryan. Yo estoy algo más delgado y voy rapado, pero antes resultaba casi imposible diferenciarnos. Solo había una cosa en nuestros cuerpos idénticos que nos distinguía: el lunar, el mismo que destapó mi estafa, ese que abrió las puertas de nuestro propio infierno. Así pues, me levanto la camiseta y le hago una foto al lunar para después colocarla como foto de perfil en *WhatsApp*. Guardo el teléfono en el bolsillo, voy hasta el coche y me

dirijo a su casa.

La felicito por su una buena elección. Una pequeña casa adosada, bien ubicada, perfecta para criar a dos niños. Aparco el coche y tecleo en el móvil la primera palabra que voy a escribirle a Sara: Amor.

Pienso en qué más decirle, algo así como «¿Has pensado ya en lo que te dije?» «¿Cuándo podré saber si son míos?». Pero en este momento los veo y decido que es mejor hacerlo en persona, todo es mejor en persona.

Los niños ríen. Leo parece entusiasmado cuando señala a su madre mientras hace unos gestos extraños con las manos.

—¿Le besabas en la boca, mami?
—pregunta con inocencia.

¿Besar? ¿A quién? Las alarmas de

posesión asaltan mi cuerpo y me pongo nervioso, o quizá no son más que celos amontonándose en mi estómago, pero finjo que no me pasa nada.

—En la boca no, qué asco —comenta Enzo con una mueca de aborrecimiento en la cara.

—Hola, chicos —saludo sonriente mientras camino hacia ellos. Sara me mira, su boca está abierta y sus mejillas sonrojadas—. ¿Qué os sucede?

Le revuelvo el pelo a Enzo a modo de saludo y Leo me choca la mano.

—Mamá estaba besándose con su amigo invisible.

Alivio. Siento un profundo alivio. Sara mira hacia otro lado y yo me fijo en su mano. En ella sostiene el teléfono móvil y en medio de la pantalla distingo mi foto de perfil. Sonrío. Quizás

me ha besado y yo todavía no lo sé.

—No estaba besando a nadie —se defiende de la acusación de sus hijos. Resulta una imagen graciosa verles a ellos reír mientras ella continúa tan avergonzada.

Leo la imita y el condenado lo hace realmente bien. Sara se enfada, le exige que pare y yo, aprovecho que está demasiado ocupada para acercarme un poco más a ella.

—¿Te suena? —pregunto refiriéndome a la foto de mi lunar.

Me mira sin comprender, inclinando la cabeza hacia arriba para luego dejar caer sus pestañas y seguir después la dirección de mis ojos.

¡Bingo! Se pone tan nerviosa que pulsa el botón del menú principal de forma torpe. Aprovecho que está ocupada para pasar una mano

por su cintura y tirar de ella, atrayéndola así hacia mí. Hay demasiada distancia entre nosotros.

—Me gusta —comenta Leo. Regreso a la Tierra de forma brusca y me separo ligeramente de su madre. Debería mantener las distancias con Sara, tal vez sea lo mejor.

—¿El qué, campeón? —pregunto intentando entablar una conversación con él.

Leo se encoje de hombros sin saber muy bien qué decir y observa a su madre antes de volver a centrarse en mí. Parece todo un hombrecito cuando habla y te mira a los ojos.

—Tú haces que mamá se ponga roja, eso me gusta. Pero Ryan hace que lllore... y eso no me gusta.

Sara baja la cabeza ante la confesión de su hijo. ¿Qué habrá hecho Ryan para que ella acabe

llorando? Pienso en qué decir a continuación pero no se me ocurre nada.

Abro la boca pero Sara me corta a tiempo cuando les pide a los niños que entren en casa. Hace frío y aunque Enzo se queja diciendo que todavía se ve el sol, la última palabra la tiene Sara.

Los niños entran con prisas y van directos hacia el cuarto de baño. Sara me ignora, centrada en preparar unos bocadillos de Nocilla, pero no quiero dejar escapar la oportunidad de poder hablar con ella a solas.

—¿Qué haces aquí, James?

Buena pregunta, aunque la respuesta me parece más que obvia.

—A pesar de que todavía no sé si son míos o no, he pensado que me gustaría pasar más tiempo

con ellos.

No hace ningún comentario al respecto y se limita a seguir preparando los bocadillos para después colocarlos en sus respectivos platos.

—¿Tú también quieres uno? —pregunta. Puedo ver la emoción en sus ojos. Intento ponerme en su lugar y entender que su posición no es fácil. Al final, asiento en su dirección. La miro y deseo olvidar estos cinco años. Sería todo mucho más fácil si existiera un botón para poder borrar las cosas que nos hacen daño.

—Tienes Nocilla aquí —comento mirándola a los ojos.

—¿Dónde?

Extiendo mi mano y le mancho la cara con un dedo. Sus ojos se abren sorprendidos. Ella, en vez de enfadarse conmigo, mete los dedos en el

bote y sonrío, prometiendo venganza en su mirada.

Corro por la cocina con ella detrás; soy más ágil y veloz, pero es divertido ver cómo se esfuerza en intentarlo. La tomo de la muñeca y llevo sus dedos a mis labios. Los lamo y siento que la temperatura aumenta por momentos. Estoy tan concentrado en lamer hasta la última gota del chocolate que cuando los niños entran al grito de «guerra» me pillan desprevenido.

Los dos meten también las manos en el bote y se acercan hacia nosotros. Sara quiere huir, pero eso nunca será una opción para mí. Huir es de cobardes, por lo que acaba untada en Nocilla casi por completo. Me duele la cara de reír.

Tras lavarnos las manos intento sacarles a los niños toda la información que puedo. Me encanta

ver cómo se explican, cómo siendo tan pequeños son tan jodidamente listos. Por un momento, siento como si los conociera desde hace mucho tiempo. Vemos la tele, hablamos, comemos y cuando el día llega a su fin, terminan pidiéndome que vuelva al siguiente. Me encantaría volver, pero todavía me gustaría más no tener que irme.

Cuando salimos y vamos a despedirnos, Sara me besa. Lo hace colocando ambas manos en mi cabeza y deja que su lengua acabe robándome el chicle.

Me marcho con una sensación extraña, con la impresión de que mi vida está escrita por otro y que yo, simplemente me dejo guiar. Sara me ha besado y me ha gustado que lo haga, pero no quiero besos que después me negará, no quiero

volver a pasar por lo mismo una y otra vez.

Me meto en el coche y conduzco directo al edificio en el que trabaja mi hermano.

—Hola, James —me saluda Jéssica, su novia, su secretaria, su grano en el culo.

Mi nombre en su boca me da asco. Me mira como si yo fuera un caramelo. Algo en su mente no está bien y además, se cree con algún poder sobre mí. Cree que porque mi hermano esté con ella yo también caeré, pero no. Ella no es Sara y, joder, ni siquiera se parecen.

—He venido a ver a mi hermano, no es necesario que le avises, ya sabe que estoy aquí.

Asiente mientras masca un chicle de forma descarada. No puedo evitar pensar en Sara y en su forma de robarme el chicle de un modo tan vil. Sonrío y me da la sensación de que Jéssica se

emociona por ello.

«Quita, bicho», pienso para mis adentros mientras voy directo hacia el despacho de mi hermano.

—Tú dirás —me dice nada más entrar.

—Buenas tardes para ti también

—contesto, recordándole que existen los modales.

—No tengo todo el día.

Él y su «no tengo todo el día». Él y su tiempo limitado. Él, él, y solo él. Me arrepiento de haber ido, pero ya que estoy aquí, acabaré con todo esto.

—Esos niños —empiezo.

—Hablaré con mi abogado para que haga todo lo que esté en su mano para poder obligar a Sara a hacerse una prueba de paternidad. Ella no es nadie para decidir por nosotros. Tengo que

terminar con esto.

Esto. Me duele que use ese término para referirse a la situación en la que nos encontramos. No podemos olvidar que son dos niños, con sus corazones, con sus almas. Niños.

—¿Esto? Estoy tan dolido como tú pero, créeme, debemos pensar en hacer las cosas del modo menos traumático para esos niños.

—¡Estoy hasta los cojones de pensar en los demás! —grita poniéndose en pie. Su despacho está limpio y ordenado, igual que su vida. Él siempre tiene que tenerlo todo bajo control, pero la vida es desordenada y una hija de puta. Debería saberlo ya.

—Está bien —digo, y por un momento dejo de pensar en mí y pienso en todos—, hagamos esto de la mejor forma. Habla con ella. Hazlo.

Me duele pensar que ellos dos hablarán sin mí, pensar que quizás, ella también le besa a él y que estamos condenados a no ser más que un trío amoroso durante el resto de nuestras vidas. Pero lo que me duela a mí es otro asunto. Debemos solucionar las cosas cuanto antes porque ya hemos esperado mucho, demasiado.

CAPÍTULO 26

Confesiones.

La confesión de uno humilla a todos.

Antonio Porchia

Mi teléfono suena. Es Sara. ¿Habrà hablado con mi hermano?

Descuelgo e intento alargar el momento de paz.

—Hombre, la ladrona de chicles —saludo recordando ese momento.

No se ríe, por lo que deduzco que no está de buen humor y dejamos pasar unos segundos de

incómodo silencio.

—Quiero que nos veamos —comenta directa, sin coletillas ni medias tintas.

—Vaya, amor, no te recordaba tan desesperada. Bueno... —Trato de molestarla y conseguir que saque su genio, su risa, lo que quiera, pero que saque algo. Sin embargo, no contesta y no sé qué pensar—. Está bien, pero que sea en un sitio público, no quiero que me violes.

Mejor quedar en un sitio público donde yo también pueda controlarme. Quiero hacer lo correcto y sé que eso solo será posible estando lejos de ella, lejos de la tentación, donde no pueda caer.

Quiero sorprenderla con la ubicación y quedamos en *Mama Framboise*, porque cuando digo que Sara me cambió la vida, lo digo en todos

los aspectos. Siempre he tenido vista para los negocios, siempre he sabido dónde y en qué invertir, pero nunca me he involucrado lo suficiente. Tenía locales e inversiones, pero sin hacer prácticamente nada. Sin embargo, desde que ella arrasó con todo, mi mundo cambió. Ahora soy propietario de distintos negocios y esa cafetería es uno de ellos. Es bonita y está realmente cerca de donde Sara trabajaba antes. Intenté comprar aquel viejo lugar, pero no lo ponían a la venta así que opté por uno cercano, uno en el que contrato a jóvenes estudiantes e intento que no sean tan torpes como Sara —debo mirar por mi negocio—. Los negocios me van bien y en parte, se lo debo a ella.

Aprovecho hasta que llega Sara para hacer una entrevista, pues es algo que no me llevará

demasiado tiempo. La chica parece educada, es bonita y tiene un poco de experiencia.

Estamos a punto de terminar cuando Sara aparece. De pronto, el color se esfuma de sus mejillas cuando mira a la chica que tengo enfrente.

—Hola, amor —la saludo, dejando claro que solo estoy interesado en ella y en nadie más, pero actúa de forma extraña.

—Tienes un bicho en el café —dice al tiempo que coge mi taza antes de salir corriendo.

Me disculpo con la chica, Natalia creo que se llama, y le digo que la llamaré después. Estoy seguro de que mi taza no tenía nada. Sara huye hacia el baño y yo voy detrás. Parece la historia de nuestra vida.

Entro sin miedo a que nadie me diga nada, ¿quién va a replicarle al dueño?

—¿Estás celosa, Sara? El numerito de la taza ha sido ridículo.

—No —miente con la barbilla alzada y los ojos cerrados.

—¿Entonces, quieres hacer un trío con mi amiga, amor?

Se lo pregunto cansado de este estúpido juego. Ahora me importas, ahora te beso, ahora me escondo en un baño...

Sus labios se tensan por la rabia que la posee y forman una línea fina.

—Lee mis labios, amor —dice, imitándome. Después suelta un «no» sin sonido y los celos la absorben por completo.

No se da cuenta, está tan ciega que no se da cuenta de que yo no quiero compartirla con nadie, que solo quiero vivir con ella. Suelto una

carcajada, me apoyo contra la pared y hago una pompa con el chicle que tengo en la boca.

—¿Quieres compartir el chicle?

Sus ojos almendrados miran mis labios, pero algo no va bien. Balbucea un tímido «lo siento» y sé que no se está refiriendo a este numerito, ni a la taza, ni a nada que tenga que ver con lo que está sucediendo ahora mismo. Ese “lo siento” abarca más, algo más lejano.

—¿Nos han presentado? —pregunto, dándole un giro inesperado a nuestra conversación—. Sé que no es lo más habitual y que en ningún cuento de hadas, los príncipes se presentan en un baño, pero debes admitir que este sitio tiene estilo.

Sonrío, orgulloso de la decoración, pero está demasiado sorprendida como para articular

palabra alguna. Sin embargo, sonrío y eso es lo importante, ¿no?

—Me presento: me llamo James, pero algunas —digo mirándola a los ojos con mis cejas pobladas alzadas— me llaman Cretino. Follo bien. Porque lo hago, ¿no?

Ante mi duda, suelta una carcajada y esta suena de maravilla. No es una conversación para mantener en un baño público, pero ¿qué más dará el lugar?

—Si quieres te cuento un secreto —continúo, tratando de que mi voz se escuche entre los susurros—. También sé hacer el amor. Me enseñó una chica llamada Sara. ¿La conoces?

Me mira de la forma en la que alguien mira a otra persona esperando un beso. Humedece sus labios, los prepara. Acaricio su pelo y dejo que

mis dedos se enreden en él. Ella abre la boca y cierra los ojos.

—Pero como alguien muy sabio dijo una vez... En los baños no se hace el amor, en los baños se folla.

Sus manos me buscan y dejo que mi sangre vaya donde le plazca. Le quito la chaqueta y no sé qué hacer con ella. Odio la ropa, podría desaparecer con un chasquido. La lanzo con la esperanza de que se quede colgando del picaporte, pero resulta realmente difícil para alguien que está empalmado.

La chaqueta cae y varias cosas salen de sus bolsillos. Observo la cara de Sara y sé que algo no va bien. Distingo unas bolsas de plástico y en una de ellas veo la taza que Sara me ha quitado hace unos escasos minutos.

¿Está recogiendo muestras? ¿Es eso lo que intenta? Hay dos bolsas. Dos putas bolsas. No logro ver qué contiene la otra, pero me trae sin cuidado.

Me siento traicionado de nuevo, joder, otra vez.

—¿Has ido a ver a mi hermano antes de venir? —escupo la verdad como si esta me escociera en la jodida boca.

Parece no entender nada, claro, ella nunca entiende nada. ¡Maldita sea!

—Sí, ¿por qué?

¿Por qué? ¿Por qué? ¿En serio? ¡Putas vida!

Niego antes de girarme, no quiero que me vea mal. Ella no me merece. Ya no, joder, no.

—No sé cómo no lo he visto venir. La historia se repite de nuevo. Mi hermano, tú y yo.

El tridente maravilloso. Le quieres y yo no puedo hacer nada para evitarlo. Por mucho que me esfuerce, siempre estaremos los tres, ¿verdad? Bien, en otra ocasión me habría ido, pero sé que te quiero con toda mi alma, sé que llevo cinco años pensando en ti. Y no, no quiero pasar por esto de nuevo. Si tú quieres continuar con los dos, adelante. Juguemos. Sé que mi hermano no lo permitirá, pero podemos vernos a escondidas. Soportaré ser el otro. Lo haré. Seguiré comportándome como un cretino delante de todos. Flirtearé con otras mujeres y dejaré que, de cara a la galería, vosotros dos juguéis a ser la pareja feliz. Si de verdad me quieres, lo haré, si tú compartes tu amor con los dos. Puedo soportarlo. Prometo que esta vez no se lo contaré a mi hermano.

A medida que voy hablando me voy convenciendo de ello. Duele, joder si duele, pero si es la única forma de tenerla, que así sea. Duele como el infierno y su silencio ante mis palabras me está matando lentamente. Ella toma aire, mete la mano en el bolsillo y saca esa dichosa bolsa de plástico que antes ha escondido.

—He ido a ver a tu hermano por esto —me dice enseñándome la bolsa—. Necesitaba tener una muestra de ADN de los dos para saber quién es el padre.

Mi cabeza trabaja a toda velocidad, pero todo lo que pienso me hace daño, todo.

Quiero maldecir, quiero irme, pero no es la puta solución. Intento calmarme y relajo los hombros aun sintiendo todo ese dolor.

—¿Tan solo has venido por esto? —digo y

me duelen mis propias palabras—. ¿Para buscar pruebas? ¿Por eso me estabas besando? ¿Por eso me besaste el otro día? ¡Maldita sea, Sara! ¿Qué es lo que quieres? Quieres quedarte con el que sea el padre... ¿Es eso?

—¡No! —grita furiosa golpeándome el pecho—. ¡Ya tengo tu muestra! ¿La ves? —dice y agita ante mí la bolsa donde está la taza partida en dos—. Te estaba besando porque quería hacerlo. Porque me resulta imposible no hacerlo.

Quiero creerla, juro que quiero hacerlo, pero duele. Me aparto. Necesito respirar, necesito aclarar mis pensamientos, joder. Tengo una duda, ácida y corrosiva.

—¿También le has besado a él? ¿Tampoco puedes contenerte con él?

Siento los celos apoderándose de mí. A la

mierda con lo de compartir, a la mierda con lo de ser el otro. La quiero para mí, solo para mí.

Me toma de la mano cuando en realidad no quiero que lo haga, me hace sentir débil, me hace sentir una mierda.

—No, no le he besado. James, han pasado cinco años. No hay día en el que no haya pensado en ti. Y, sí, debo admitir que, cuando te he visto, he sentido cosas. Te he besado dejándome llevar por lo que siento, porque todavía me excitas y todavía haces que mi estómago parezca una montaña rusa. Pero tengo miedo. Tú dices que me amabas y me resulta difícil creerlo. Podrías haber tenido a cualquier mujer, pero me escogiste a mí. Sin embargo, si es verdad que me amabas... ¿Por qué me traicionaste?

Sus palabras me sobrecogen. ¿Cualquier

otra mujer? Menuda tontería. Sabía que tarde o temprano me preguntaría por ese maldito día.

—Antes has dicho que fuiste tú el que se lo contó a tu hermano. ¿Por qué lo hiciste?

Insiste y ha llegado la hora de contar la verdad, aunque duela. Intenté contárselo en su día, pero no quiso escucharme. No lo hizo.

—Porque te quiero —contesto, resumiendo lo que sucedió, pero a ella parece no servirle. Quizás el amor no sea un motivo de peso.

—Si me querías... —añade con suavidad—. ¿Por qué no respetaste mi decisión? Fuiste egoísta. ¿Es eso? Pensaste: conmigo o totalmente sola...

¿Egoísta? No, no, no. Lo contrario, pensé en ella. Pensé en su futuro de mierda y en su felicidad, pero mis pensamientos no sirvieron

absolutamente de nada.

Sé que mis palabras le dolerán, pero tiene derecho a saber la verdad.

—No te merecía —le digo con total seguridad—. ¿Alguna vez te preguntaste dónde estuvo durante esas dos semanas? Me refiero a Ryan.

Ella todavía se culpa de todo, lo veo en sus ojos. Todavía piensa que Ryan tan solo fue la víctima de toda esta historia. No lo ve, sigue sin verlo. ¡Dios, que alguien venga y le abra los ojos!

—Ryan es un hombre de valores, o eso es lo que pretende aparentar. El responsable, el educado Ryan. Pero todo hombre tiene su lado oscuro. A mi hermano, el angelito, le gusta el sexo sucio. Y no le culpo, a mí también me gusta, pero voy de cara y a pesar de ello, soy el malo. Mi

hermano siempre ha creído en el matrimonio, en ser la pareja perfecta, en tener dos niños, bueno, él siempre ha querido un niño y una niña. Ambos irían a un colegio religioso y todos comerían perdices. Pero tiene un concepto de pareja un tanto peculiar. A él no le va eso de señora en la calle y puta en la cama. No, porque las putas tienen un alma fácil de corromper. Así que ahí estabas tú, su dulce Sara, aquella que no había caído en las redes de su hermano; el cretino. Dime una cosa, Sara, ¿te folló después de saber que nos habíamos acostado o simplemente te dejó? ¿Nunca te planteaste cómo demonios sabía hacer todas esas cosas que te hizo? Claro que lo pensaste, pero estabas demasiado ocupada culpándote a ti misma, culpándome a mí.

Uno más uno son dos. Las piezas del puzle

empiezan a encajarle, con dolor, imagino, pero encajan.

—Sabía que mi hermano te engañaba y también, que tus valores no iban a permitirte acostarte conmigo. Así pues, como me caías bien, decidí darte un poco de acción. Decidí enseñarte que existía más mundo. Lo que no imaginé es lo que iba a sentir cuando lo hicimos. Después, todo se me escapó de las manos. Quería prepararte, que tú tomaras la iniciativa con mi hermano y así, quizás él dejaría de buscar otros... placeres. Cuando te conocí, supe que no había otra mujer como tú y te quería para mí. Yo, el cretino, dejaría mi vida sexual atrás por ti. No entendía por qué mi hermano no era capaz de hacerlo. Te di todo lo que pude, te abrí mi corazón, hicimos el amor pero, aun así, no parecía suficiente.

Sara llora sin consuelo.

—Era suficiente, claro que lo era, pero no quería hacerle daño a Ryan. Creía que le había fallado. No quería hacerte daño...

Niego con la cabeza tomándola de la mano. Debo terminar de explicárselo todo, necesito sacarlo de dentro y cierro los ojos para contarle lo que viene ahora.

—Fui a verle. Le dije que eras buena chica, que contigo no necesitaba a nadie más. Le dije que estaba cansado de escuchar lo bueno que era él. Le pedí que te cuidara, pero no parecía escucharme. Así que se lo dije, le dije que me había acostado contigo, que había sido lo mejor que me había pasado en la vida y que no te merecía. Lo siento, no debí decírselo, pero te quería y lo volvería a hacer, pero... Joder, nunca

imaginé que estuvieras embarazada. Debería de haber insistido, haberte rogado que me escucharas, pero no me diste la oportunidad.

CAPÍTULO 27

Mover ficha.

*No podrás nadar hacia nuevos horizontes
si no tienes valor a perder la vista de la costa.*

William Faulkner

Uno se siente mejor cuando lo suelta todo.

Aquí estamos, sentados en una de las mesas de la cafetería. Todavía no le he dicho que es mía, pues estoy disfrutando demasiado de todos los elogios que le está dedicando sin saberlo. Frente a mí, sobre la mesa en la que estamos tomando algo, están sus dichosas bolsitas. Sara

sigue con la mirada triste posada en la taza rota.

—No creo que sirva de nada —dice refiriéndose a mi muestra. Odio verla tan decaída, es normal después de tanta información, pero forma parte del pasado. Hay que echarle huevos y vivir el presente.

—Puedo darte una muestra de mi saliva, ya sabes.

Sonríe. Mini-punto para mí. Muevo las cejas, lo que provoca que su sonrisa se convierta ahora en una carcajada.

—¿Lo harías? —pregunta y noto cuánto le cuesta mirarme a los ojos después de hacerlo.

¿Por qué no? Me encojo de hombros ante su pregunta.

—Sí, lo haré.

No dice nada, se calla y mira hacia otro

lado. Sus dedos juegan con la bolsa mientras su café se enfría. Intento pensar en qué decir, pero no se me ocurre nada. Estoy asustado, de un día para otro, todo mi mundo ha quedado patas arriba.

—Tengo miedo —termino confesando—. No quiero pensar que unos simples papeles puedan dominar mi vida.

—Yo también tengo miedo. Tu hermano me ha dicho que si son suyos, intentará arrebatármelos.

Sus palabras me hielan la sangre.

—¡Y una mierda! —digo golpeando con fuerza la mesa.

La rabia amenaza con hacerme perder los papeles. Intento controlarme, ya no somos unos niños como para ir montando ciertos numeritos, pero es un tema delicado, demasiado serio.

Necesito salir de dudas cuanto antes. Todos hemos cometido errores, pero ya va siendo hora de que pongamos el contador a cero. Todos debemos continuar con nuestras vidas.

Dos días después, Sara nos cita en su casa. Odio que nos haga venir al mismo tiempo y que no sea capaz de quedar conmigo a solas, después de todo. Ahí estamos los tres de nuevo, en el mismo salón. Estoy nervioso, tanto que no me puedo ni sentar.

—¿A qué se debe esta reunión? —pregunta mi hermano con ese tono de hombre de negocios que tanto detesto.

—Quería explicaros algo... He ido al laboratorio para pedir la prueba de paternidad.

¡Putra vida! Si nos ha llamado a los dos es

que no son míos. ¿Por qué no podía decírnoslo por separado? ¿Por qué puta razón?

—Todavía no tengo el resultado.

¡Dios! ¿Y para qué nos llama? Un email, con un email esto se hubiera solucionado. No soporto que estemos los tres aquí. Espero que termine rápido, me quiero ir.

—¿Esto es todo lo que querías decirnos?

—No —corto a Ryan—, hermano, ¿no ves que nos invita a café para amenizar la espera?

Estoy tan asqueado —o más— que él. No entiendo el porqué de esta reunión. Sara parece molesta por mi comentario. Lo siento, no era mi intención, pero tampoco está resultando ser de mi agrado esta mierda de reunión.

—Bien, la cuestión es que Enzo y Leo son gemelos univitelinos. Eso significa que...

—Sabemos lo que significa —corta mi hermano—, básicamente porque nosotros lo somos. Somos iguales, porque lo somos.

Sí, por desgracia, querría añadir, pero es lo que hay. Cada uno es como es.

Aprecio la decepción en los ojos de Sara, que trata de combatir jugando con el tapón de un rotulador.

—En fin, con lo listo que eres, Ryan, habrás deducido que las probabilidades de saber con certeza quién es el padre son escasas. Tenéis el ADN tan parecido que resulta casi imposible distinguir quién es quién.

Creo que los tres soltamos el aire de nuestros pulmones a la vez. La genética es un puto asco.

—Si hubieras tenido las piernas cerradas

esto no hubiera pasado.

Ryan habla y yo solo quiero matarle. Voy a contestarle, juro que voy a hacerlo, pero Sara se adelanta y lo suelta todo. Le habla muy claro.

—Uno: esto no habría pasado si me hubieras follado bien. Sí, estoy siendo vulgar, pero tú me dijiste que tendría que habértelo pedido. Dos: esto no habría ocurrido si tú fueras un poco más sincero y no tan embustero. ¿Te gusta el sexo duro? ¿Qué problema hay? ¡Me engañaste con más de una! Y ahora, vienes a acusarme con tus sucias manos... Y tres: no me arrepiento. Sí, lo has escuchado bien. No me arrepiento porque fue así como pude conocer a tu hermano que, aparte de ser un cretino, tiene más corazón que tú. He tenido dos niños maravillosos y los he criado lo mejor que he podido. ¿Qué? Ryan, el santo, está dolido porque

he visto cómo es la realidad. Tranquilo, no te guardo rencor. No me duele que me engañaras hace cinco años. ¿Sabes por qué no me duele? Fácil, porque no te quiero. Me he dado cuenta de muchas cosas. Si te hubiera querido con todo mi corazón no te hubiera engañado. Bueno, quizá la primera vez en la ducha sí, pero no habría repetido. No habría sido necesario porque me habría sentido completa contigo. No hablo sexualmente, James, no me mires así —dice, aunque realmente no sé cómo la estoy mirando—. Hablo desde un punto de vista emocional. Tú habrías sido mi todo y no lo eras. Por eso, la personalidad de James me parecía tan magnética porque, simplemente, éramos más afines. Por Dios, ¡incluso vimos *Lost* engullendo comida basura como animales!

No puedo evitar sonreír al acordarme de aquello pero todavía estoy asimilando todo lo que ha dicho. Cuando quiere, se expresa bien, incluso Ryan parece afectado por sus palabras.

—No quería hacerte daño —dice mi hermano—. Te quería, Sara, y no quise herirte, no era mi intención. Pero no puedo dejar mi otro lado. Yo siento que...

Todavía creará sus propias mentiras. No entiendo la forma de trabajar de su cabeza, no la entiendo.

—Si me querías, tendrías que habérmelo dicho.

Él afirma que no es fácil y ella... ella es de otro planeta e intenta aconsejarle. Le pide que busque una chica que le llene en todos los sentidos y yo me canso tan solo de escucharlo, pero admito

que tiene razón. Sin embargo, mi mente no deja de pensar en qué dirán esas pruebas.

—Y a ti, James, solo puedo pedirte perdón por huir. Quiero agradecerte que me abrieras los ojos.

—Y las piernas —añado con una sonrisa. No me gustan los momentos tiernos con gente delante. A mí me gustan las confesiones en la intimidad, pero ella es testaruda y continúa hablando.

—Gracias por todo —sigue con la ilusión en la mirada—. Siento haber huido y no haberte valorado. Todavía te quiero. Sé que es una locura y que no es el lugar, y también sé que tendríamos que probar y que no es seguro que funcione, ni tampoco que tú me quieras. Definitivamente, estoy hablando demasiado...

Por supuesto, hace mucho rato que debería de haber callado.

La beso. La beso para que calle, para que entienda que en la vida o se arriesga, o no mueves ficha. La beso como si no hubiera nadie más en aquel salón, pero el problema está en que sí que hay más gente, más mundo aparte del nuestro.

—Mamá, ya estamos aquí.

—James —me llama el inconfundible Leo—. ¿Quieres jugar a los *Pokémon*? Yo soy el espermatozoide... ¿Y tú?

CAPÍTULO 28

Orgasmos.

*Dios aparece mucho más en los orgasmos
que en las charlas teológicas.*

Valerie Tasso

Me presento en casa de Sara con un saco de dudas a la espalda. Nuestras lenguas se calientan y prometen muchas cosas como amor eterno pero después, la vida puede llegar a ser muy distinta. La vida pone trampas, manías, peleas y lo que un día parece de color de rosa, al mes se torna un poco más grisáceo.

—Hola —saludo sin añadir ningún término cariñoso que pueda nublar sus sentidos.

Estamos solos en su casa, sentados en el sofá, después de dejar entre nosotros un espacio normal. Tengo que ir al grano, romper el hielo, calmar mis dudas.

—Creo que ayer no me quedó muy claro el tema. Es decir, me quieres, te sientes atraída por mí pero... ¿en qué punto estamos?

¿En qué punto estamos? ¿Eso he dicho? Somos mayorcitos, los puntos no se preguntan, se viven, pero, joder, con Sara es mucho mejor preguntar.

—Tenemos que conocernos —contesta titubeante.

¿Conocernos? ¿En serio? ¿Empezamos de cero? ¿Desde el punto uno?

—Ah —balbuceo, conocernos... Pues, hagámoslo—. ¿Es que no nos han presentado? ¿O quizá no me recuerdas? ¡Qué más da! Me presento de nuevo. Soy James Cooper, de padre americano y madre española. Cretino en según qué ocasiones, disfruto del sexo, pero también de la buena compañía. Dime, amor, ¿quién eres tú?

Sonríe, parece desubicada pero contenta.

—Soy Sara. Sara Ramírez. No puedo decirte si, hoy por hoy, me gusta el sexo. Lo que mi mente recuerda es bueno, muy bueno, pero ahora que he sido madre quizá no siento nada. Espero que no sea así porque el otro día, me coloqué unas bolas chinas y parecía que mis paredes seguían en buen estado. No sé por qué te estoy contando esto, pero lo que ves es lo que soy.

Me río con ganas pues no recordaba su

incontinencia verbal. No calla, lo suelta todo, sin sentido, con sentido, como sea.

La beso porque me apetece, porque para conocernos, no todo puede ser teoría, la acción también tiene su papel.

—Debemos ir despacito —dice, pero sus gestos la contradicen. Me toma de la cabeza con ímpetu, como si echara de menos no poder tirarme del pelo. Lo siento, cariño, me he rapado.

—¿Lo quieres lento, amor? —pregunto usando mi nuevo término favorito.

—Creo —me dice frenándose— que debemos ir despacio. Evidentemente nos sentimos muy atraídos pero, ahora mismo, mi vida es mucho más compleja. Las decisiones que tomo respecto a los hombres... bueno, será la primera decisión sobre el tema. Debo meditarla y tomármela con

calma.

—Cariño —digo mientras le acaricio la mejilla—, entiendo que es un tema complicado y sé que las responsabilidades son lo primero. No te pido que me permitas instalarme aquí y tampoco digo que los niños se enteren de nada por ahora. Pero eso no quita que mi cuerpo te necesite, aquí y ahora.

Aguarda inmóvil en una postura extraña. Sus piernas están cruzadas, prohibiéndome la entrada. No hace falta, claro que no hace falta.

—Sarita, para.

—No sé si te quiero —afirma con temor. Sus palabras me dan miedo, o quizá miedo no sea el término más adecuado, quizá lo que siento por ella solo es respeto.

Estamos en una situación distinta, con más

factores, con más edad, no todo es tan fácil. Odio que no lo tenga tan claro como yo, pero no puedo culparla, ella piensa por tres, no por uno solo.

—No me quieres —digo en tono seductor, tratando de romper los miedos y las tensiones.

Sus piernas están ahora más separadas y me lo tomo como una clara invitación. Dejo que mi nariz repase su cuello y que mis manos acaricien sus pechos. Desabotono su camisa, al final parece que ha aprendido a combinar la ropa y su sujetador negro de encaje me vuelve loco. Ahora me parece más mujer, no como la Sara que conocí. Atrapo su pezón entre los dientes. Dicen que si sabes hacerlo bien, puedes conseguir que una mujer tenga un orgasmo tan solo jugando con su pezón. Quizás escriba un libro sobre el tema: “El pezón y sus artes amatorias”.

—¿Dónde dices que no me quieres?

—pregunto, dejando que mi aliento seque la humedad que ha dejado mi lengua.

Me besa, no sé si lo hace porque no sabe qué decir o simplemente, porque no quiere que pare. Me coloco entre sus piernas y continuo atormentando su pezón.

Sus manos se vuelven inquietas, me empujan y me separan de ella antes de dirigirse directas hacia mi pantalón.

—*Chis* —la freno—. Hemos esperado cinco años, no tengas prisa.

Veo la sorpresa en sus ojos, pero continuo con mi sesión de tortura orgásmica *pezoniana*. Pero Sara es cabezota como ella sola y no se rinde tan fácilmente así que, deja que sus manos bajen hasta mi culo y lo agarra con fuerza. No dice nada,

pero traduzco ese gesto en algo así como «te quiero dentro, ya».

—Señorita Ramírez, no la recordaba tan ruda.

En ese momento sé que tengo que dejar mi experimento “orgasmo en pezón” para otro momento porque, al parecer, tenemos una necesidad más grande, mucho más grande.

La ropa desaparece de nuestros cuerpos de forma atropellada, me coloco un preservativo y entro en ella como si fuera la primera puta vez.

La siento estrecha, la siento mía. Sus dedos se clavan en mis hombros pidiéndome que no baje el ritmo y yo continúo gustoso. Puedo notar cómo intenta controlar su respiración, agitada, y mi cuerpo entero experimenta una corriente de placer.

Ella no puede contenerlo más y alcanza el

orgasmo con un grito que nace desde su garganta. Sus músculos se relajan pero todavía no he terminado con ella. La coloco de medio lado y me tumbo sobre ella, a sus espaldas. Tomo su pierna, la alzo y entro mucho mejor.

—¿Tengo sangre? —pregunta en un tono entre preocupado y cómico.

Ella y su teoría sobre que la virginidad crece. Voy hasta su sexo e introduzco un dedo, está húmedo, está ardiente, pero no hay sangre. Solo quedan los restos de su cálido orgasmo.

—Nada de sangre por aquí, amor —digo lamiendo el dedo que ha estado en su interior.

Continúo moviéndome con su pierna alzada, dejando que nuestros sexos friccione, provocándome de ese modo un placer inmenso. Ella parece no poder coordinar las palabras pero,

aún así, se ofrece para colocarse encima. Cuando lo hace, disfruto de la perspectiva que me da. Sus pechos se mueven al compás de sus caderas, subiendo y bajando una y otra vez.

Alargo el momento, concentrándome al máximo para no acabar antes de tiempo. Se cansa, por lo que decido ayudarla tomándola por las nalgas.

Su cuerpo se viene arriba de nuevo y sus ojos se quedan blancos.

—Acaba, con-migo, Ja-mes —dice de forma entrecortada.

—¿Ya has tenido suficiente, amor?

Asiente como si estuviera en el limbo. Estoy deseando acabar, pero me gusta que ella me lo diga.

—No te he escuchado.

—Sí, James, me he ido cuatro veces.

¿Cuatro? Hay una que me he perdido.

Sonríó ante su respuesta. La tomo de las caderas y entro en ella con una embestida dura.

—¿Cuatro? Pues me iré ahora, con tu quinto orgasmo.

No me hace esperar mucho más. Se va y yo lo hago con ella. Nos quedamos abrazados, muertos, saciados. ¿Alguien puede sentirse mejor?

CAPÍTULO 29

El papel.

*Solamente oír tu voz
ver tu foto en blanco y negro,
recorrer esa ciudad,
Yo ya me muero de amor.*

Blanco y negro, El canto del Loco

Los cretinos tenemos prohibido llegar los primeros a los sitios. Estoy de camino.

Envío un mensaje y maldigo a los atascos y a su puta madre. Odio las reuniones en pleno centro, me hacen ir de culo todo el día.

Subo el volumen de la radio, la música alta es buena para todo: para cuando tienes que evitar quedarte dormido, para cuando estás cabreado, para cuando estás triste. La música lo vuelve todo un poco mejor.

Me cuesta la vida llegar, pero llego. Toco el timbre nervioso. Sé que lo que diga un puto papel no tiene nada de importancia, que padre es aquel que los cría y yo, joder, quiero criarlos.

Sara abre la puerta y me sonrío.

—¿He tardado mucho, amor?

—Sí, señor Cooper, le estábamos esperando.

—Después de ti —digo y aprovecho cuando se gira para pegarme a su espalda. Aparto un mechón de pelo de su cuello y dejo que mi aliento la acaricie al hablar—. ¿Sabes por qué

siempre es mucho mejor ir detrás? Para poder tocarte el culo mejor.

Dejo que mi mano manosee uno de sus cachetes mientras ella ríe divertida. La calidez que he sentido en el recibidor se esfuma al llegar al salón, donde saludo a mi hermano de forma fría. Sara respira hondo y lee en voz alta las observaciones que hay dentro del sobre.

—Después de analizar el ADN de los sujetos uno y dos, se llega a la conclusión de que estamos frente a un caso de gemelos semi-identicos y no ante gemelos idénticos y/o univitelinos, como se informó.

»Los gemelos semi-identicos se forman cuando dos espermatozoides fertilizan un solo óvulo. Así pues, comparten el mismo ADN de la madre, pero diferente ADN del padre. Como los

dos posibles padres poseen diferente ADN, se procede a realizar la prueba.

—Dame eso que lo lea con mis propios ojos —digo, arrebatándole el papel. Estoy muy nervioso—. Toda la vida pensando que compartíamos el mismo ADN y ahora resulta que no es así. Creo que cuando nacimos, lo de ser idénticos o no se basaba únicamente en si nos parecíamos más o menos porque, de lo contrario, no lo entiendo.

—Pero, somos del mismo padre, ¿no?
—pregunta Ryan.

Sara parece ajena y pregunta si nuestro padre también tiene un hermano gemelo.

—Dame —dice, pero me niego. No quiero que lo lea, quiero besarla primero. Me acerco y pienso que este momento tendría que ser más

íntimo. Nuestro, joder, de los dos.

Estoy tan concentrado en ella que mi hermano me quita el puñetero papel.

—No importa lo que diga esto —dice, alzando el folio—. Vosotros dos estáis juntos. Lo vais a intentar así que, adelante. No sé si soy el padre, pero voy a ser el tío que los consentirá. Son de mi sangre. Tú, hermano, críalos bien.

Ryan rompe la prueba frente a nosotros como si ese papel no significara nada. Siento que por primera vez en mi vida, mi hermano está pensando más en mí que en él. Le abrazo y me siento bien haciéndolo.

—Tú también tienes que criarlos, hermano.

Después de un abrazo eterno al que ella también se ha unido, Sara nos habla de la paciencia. Los niños son pequeños y debemos

hacer las cosas a su ritmo. Los cambios bruscos no son buenos.

El timbre suena y los gemelos entran en la casa como dos torbellinos, riendo y gritando sin parar. Corretean hasta su madre y la abrazan con el cariño más sincero del mundo. Ese cariño puro que siente un hijo hacia una madre.

Enzo me observa curioso antes de hacerme un gesto para que me agache, al que obedezco sin dudar. Le miro a los ojos, los tiene grandes como los de su madre, pero el color es Cooper sin ninguna duda.

—¿Me regalas una sonrisa? —me pregunta y mi corazón no puede hincharse más.

Sonrío del modo más sincero pero justo cuando Leo pregunta por los papeles del suelo, mi

sonrisa desaparece. Dios, ese niño es un torbellino.

Sara me cuenta que mi hermano ha dejado a Jéssica y que, al parecer, quiere centrarse, conocer a alguien de verdad, a alguien que le llene en todos los sentidos y así, dejar las mentiras a un lado. Eso me hace feliz.

Esther y él parecen conectar, ambos se ríen sobre algo que Esther explicó en una de sus sesiones de *TupperSex*. Sara está recogiendo un par de cosas y la abrazo por detrás. Quizá debería de haberme contenido, lo pienso cuando Leo me mira con cara de pocos amigos.

—James, ¿tú sabes quién es nuestro papá?

No sé qué decir. ¿Qué digo, joder? Miro a

Sara en busca de ayuda. No quiero mentirles, pero tampoco quiero precipitarme.

—Chicos, quiero contaros una cosa —dice Sara y mis huevos se me ponen por corbata.

—Ya lo sé —comenta Leo cruzándose de brazos como lo hace su madre—, James es nuestro papá.

Creo que he dejado de respirar. Le miro con total adoración. Intento no llorar, joder, los hombres no lloran, pero que le den a los hombres, yo soy James.

—Soy listo —añade, dejando cero oportunidades a que nadie le diga lo contrario. Sara asiente y Leo sonrío con aires de superioridad.

Estoy cagado, me da miedo mirar a Enzo, él es mucho más sensible, no sé qué pensará.

Joder, qué grande se me hace esto.

—¿Dónde has estado? Has tardado mucho.

Me arrodillo frente a él mientras una puta lágrima se me escapa. No tendría que llorar, no delante de los niños. Tengo que ser fuerte. Trago saliva.

Enzo me pone la mano en la mejilla y seca mi lágrima.

—No llores, estamos aquí, no nos hemos perdido.

—Mamá, tranquila. Ya no nos tendrás que enseñar a pegar en la cantimplora del pipí, ya tenemos un padre.

¿Cantimplora del pipí? Sara está fatal. Patada en los huevos, de toda la vida.

—Oye, soy buena contrincante contra los niños malos —comenta haciéndose la ofendida

mientras alza a Leo en brazos. Los miro adorando la escena, adorando a mi nueva familia.

—Yo te lo cuento —dice Enzo como si creyera que no entiendo nada. Asiento solo por escucharle hablar, por saber más de él, de su vida, de todo.

CAPÍTULO 30

Uno.

*Uno está enamorado cuando se da cuenta
que la otra persona es única.*

Jorge Luis Borges

El sexo con Sara es espectacular, parecemos dos adolescentes faltos de amor, así que aprovechamos cuando los niños se duermen y, ¡joder...!

Me acabo de despertar y Sara no está, por un momento me he sentido desubicado y no sé dónde estoy, ni si todo ha sido un sueño pero, gracias a Dios, Sara entra por la puerta con mi camisa puesta que le queda como un vestido, uno

sexy que quiero volverle a quitar.

Está sonriente, feliz, con los ojos brillantes y las caderas moviéndose en un ligero pero agradable vaivén.

—¿Dónde estabas? —pregunto curioso, mientras me incorporo en la cama.

—En el salón. —Sus labios tienden a estirarse en una sonrisa que volvería loco a cualquiera.

—¿Debería asustarme? ¿Quieres que me vaya? ¿He hecho algo malo? —pregunto con grandes dotes de actor melodramático—. Sara, dime, ¿qué quieres?

Espero escuchar un «fóllame, James». Joder, esa frase me ha perseguido durante todos estos años. Fóllame, Fóllame.

—Quiero que me desnudes.

Bueno, aceptamos «quiero que me desnudes» como aperitivo de «fóllame».

Mis manos valientes se atreven con cada uno de los botones, siento urgencia por quitarle esa camisa pues no sé lo que tardarán los niños en despertarse y aparecer por aquí.

En su vientre tiene algo pegado, parece un papel. Miro el papel y la miro a ella. ¿Es un papel pegado con celo? Me pongo nervioso. Es el dichoso resultado de las pruebas de paternidad.

Intento leerlo, me acerco. El padre es la muestra número uno. ¿Y quién cojones es la muestra número uno?

La miro, nervioso, ansioso y cómo no, desesperado.

—¿Qué significa esto, Sara? ¿Quién es el número uno?

Ella no contesta y su expresión resulta extraña. ¿Tendrá miedo a decirme la verdad? Es única montando numeritos. Sus labios vuelven a estirarse.

—Tú. Porque no importa quién sea el primer amor, lo que en realidad importa es quién es y, sobre todo, quién será el último.

—¿Yo? —pregunto nervioso, sin saber a qué se refiere. No sé si está hablando de su único amor o del padre de sus hijos, no lo sé—. ¿De verdad?

Ella asiente a todo.

—¿Soy el uno?

—Eres el único.

EPÍLOGO

Ser padre, así, de repente, no es fácil. Puede parecerlo cuando los ves un rato en el parque, donde te haces el tío enrollado y juegas hasta que quedan agotados, o cuando tienen una rabieta, pero reaccionas de forma enrollada. Lo verdaderamente difícil es ser ese tío enrollado las veinticuatro horas del día. Vale, lo admito, ese tío no existe. Venga, no me miréis así. Todas las personas tenemos un día malo y si conocéis a alguien que no lo tenga, analizadlo rápidamente. Seguramente sea un alienígena o, quizás, un robot. Sin embargo, lo verdaderamente importante de todo esto es no tirar nunca la toalla; no dejar que tus días malos los

paguen aquellos que menos lo merecen y tener siempre a la familia como un pilar de apoyo mutuo, donde es obligatorio sonreír y pedir perdón.

Sara es un desastre, encantadora, pero un desastre. Nunca recuerda dónde ha dejado las cosas y después se tira una hora y media buscándolas sin éxito.

—Cariño, te juro que hoy te haría cosas sucias, te lo juro —dice dejándose caer en la cama con un sonoro quejido—, pero ¿qué tal si lo dejamos para mañana...?

La miro, está agotada. Yo también estoy agotado, pero sigo deseándola aunque no tenga fuerzas. Su mano me busca y entrelazamos los dedos.

—Mañana, te lo prometo... —me dice y al segundo se queda dormida.

No puedo evitar contemplarla mientras duerme, es algo que hago todas las noches desde que me mudé aquí. ¿Cuánto hace ya? ¿Dos años?

La vida en pareja no es fácil, pero no la cambiaría por nada, ni por nadie. Todos los días son una nueva aventura. Leo, ese pequeño granuja, me trae loco. Es puro nervio, un ligón descarado que me preocupa. A su edad yo era un santo y mirad luego cómo acabé.

Enzo, en cambio, ha salido a su madre. Es torpe como ella y tiene idealizado el amor. Es dulce, tan dulce que tengo miedo de que alguna bruja descabellada le destruya el corazón. Por suerte, para eso todavía falta mucho.

Sara y yo seguimos siendo como esos dos adolescentes hormonados. Vale, últimamente se encuentra más cansada, pero eso es algo normal.

—¡Me he dormido! ¡Nos hemos dormido!

¡Mierda!

Abro los ojos, consciente de que esas palabras anuncian un terremoto inminente. Sara se pone en pie de un salto y yo digo adiós a mi polvo mañanero.

La puerta de la habitación se abre y Leo entra por ella.

—¿Qué te tengo dicho de llamar? —le recuerdo, todavía sentado en la cama sin saber qué ponerme.

—Menos mal que tienes unos hijos responsables que saben vestirse solos, pero no llego al cartón de leche. Qué manía tenéis de

dejarla en el armario de arriba.

Sara ya se ha vestido. Tiene un don para hacerlo a toda prisa, ahora entiendo sus problemas a la hora de combinar la ropa. Se pone lo primero que encuentra y punto. Es feliz.

Mi mujer sale de la habitación como si fuera el mismísimo Flash y al segundo, entra de nuevo y me besa en los labios a toda prisa.

—Buenos días, apúntamelo en la lista de deseos.

Me río de su ocurrencia, por lo menos se acuerda.

—¿Cuál? ¿La de los Reyes Magos? Estamos en abril.... —contesto solo para picarla.

Rueda los ojos pero su expresión no es la de siempre. Está pálida, me mira y después sale corriendo hacia el cuarto de baño, a través del

cual la escucho vomitar.

—Mamá está enferma. Te toca llevarnos al cole —anuncia Leo con una ceja alzada.

Cojo un cojín y se lo lanzo.

—¡Soy yo el que siempre os lleva al cole!

—Lo sé, lo decía por si pensabas escaquearte.

—¿Escaquear? Anda, vuelve a la cocina y si no llegas a la leche, coge una silla.

—Mamá dice que es peligroso que me suba a las sillas teniendo sus genes. Dice que me puedo caer.

Siempre tiene que tener la última palabra, siempre. Termino de vestirme y doy unos toquecitos a la puerta del baño.

—¿Estás bien? —pregunto sin querer molestar.

—Sí, tranquilo. Algo me habrá sentado mal...

Bajo las escaleras a toda prisa. Enzo, el patoso, sí se ha atrevido con la silla y ha preparado el desayuno para todos. Sonríe cuando dice «buenos días».

Cojo mi cartera, hoy tengo el día completo. Engullimos el desayuno y salimos de casa tras desearle a Sara que tenga un buen día también.

Me paso el día enviándole mensajes. Dice que soy un pesado y un acosador, que me busque una vida, pero sé que en el fondo le gusta.

Las reuniones son un coñazo, un auténtico coñazo. En una de ellas, mi teléfono suena y lo cojo sin mirar siquiera la pantalla.

—¿Qué haces esta noche? —pregunta Ryan

al otro lado de la línea—. Necesito un poco de aire.

Sonrío ante su comentario mientras termino de firmar un par de contratos.

—No te rías, Esther es muy intensa y para que lo diga yo... Necesito huir una noche.

—Estaría encantado de ayudarte, pero no puedo. Sara no se encuentra bien y debo quedarme en casa. ¿Nos vemos el fin de semana? He quedado con Fran, también está agobiado con eso de ser padre y no encontrar trabajo.

Ryan se queja, pero acepta.

Salgo del trabajo un poco antes de lo esperado pues no he parado ni siquiera para comer. Llego a casa y todo está en silencio. Joder, cuando una casa en la que hay niños está en silencio, tiembla.

—¿Hola? —digo tras dejar mis cosas en el recibidor.

Sara baja las escaleras de dos en dos con una mueca de sorpresa. Lleva un vestido de color negro y tiene un solo ojo pintado.

—¡Llegas pronto!

—¿Es la última moda? —pregunto señalándole la cara.

¿Desde cuándo se maquilla para estar en casa?

—Ah, no, es que llegas pronto.

Me besa en los labios, se da media vuelta y sube las escaleras con la misma gracia.

—Dame cinco minutos, voy a intentar que ambos ojos queden iguales, es mi reto del día —dice en un tono gracioso.

—¿Dónde están los niños? ¿Cómo estás tú?

—pregunto alzando la voz. Se detiene en el descansillo y me sonríe, parece que se encuentra mucho mejor.

—Se los he dejado a Esther esta noche, ya sabes, para que vayan practicando.

Suelto una carcajada. Ryan quería huir sin saber que tenía a mis hijos en casa, ahora se querrá cortar las venas. Voy hasta la cocina, huele tremendamente bien y destapo la olla. Pollo a la *Coca-Cola*, mi plato favorito.

Hay algo que se me escapa. ¿Es que acaso es nuestro aniversario? Joder, siempre se me olvidan estas cosas. ¿Qué cojones hago? No tengo ningún regalo. Quizá si cojo un lazo y me lo pongo en la polla le haga ilusión.

Soy su regalo.

Bah, quizá funcione.

Sara entra en la cocina y me toma de la mano. Está preciosa, bueno, siempre lo está, pero hoy está... sexy. Quizá tenemos noche de solteros. Los dos solos, una buena cena y una cama grande.

—Tengo un regalo para ti —me dice y yo maldigo. ¿Por qué soy tan malo para recordar las fechas? Pienso en el lazo y en que quizá no sea tan buena idea.

Llegamos al salón y veo velas por todas partes. Sobre la mesa hay una caja alargada, parece de un bolígrafo o quizá de un reloj.

A este paso, el lazo tendrá que ser de raso y tal vez debería untarme en chocolate también. El chocolate puede salvar todas las situaciones.

Abro la caja tras quitar el lazo que la envuelve. Lo mido a ojo y creo que este mismo me puede valer. Sin embargo, estoy tan concentrado en

las medidas que no me doy cuenta de que ya he abierto la caja y de que lo que hay dentro no es ni un reloj, ni un bolígrafo.

Lo miro sin saber qué hacer.

Un predictor.

No es uno de esos para listos donde hay una o dos rayitas, en los que nunca he llegado a comprender qué es qué; es uno digital y en él puedo leer: embarazada 2-3.

—¿Dos o tres más? —pregunto aterrado.

—Dos o tres semanas —contesta con un hilo de voz.

Los nervios, la alegría y el amor me invaden a partes iguales y reacciono estrechándola entre mis brazos.

—Estamos locos, joder —digo llorando—, pero seremos unos locos felices.

Ella sonríe conmigo y asiente. Me mira con devoción y picardía.

—Será mejor que me quites este vestido y me folles ahora que puedes. Después ser  complicado.

No hace falta que me lo diga dos veces. Ha dicho «folles», que viene del verbo follar y que se transforma en fóllame. Y eso son palabras mayores para mí.

AGRADECIMIENTOS

Gracias a ti, sí, a ti, a la persona que está leyendo esto. Sin ti, nada de esto existiría, o quizá sí, pero estaría en el interior de un cajón (seguramente desordenado) de mi casa.

Gracias a todas las personas, animales o cosas, que han hecho posible que este libro sea posible. Porque detrás de un libro hay un trabajo increíble de muchas personas. Lectoras apasionadas pidiendo más, lectoras cabreadas exigiendo más, amigos animándote, padres ayudándote con el niño, niño implorando atención... Gracias también a las colegas de esto llamado “escribir”, por vuestros consejos y por

darme la mano en este salto que tanto respeto me daba.

Gracias a Nune por esta preciosa portada y gracias a Estefanía por la dedicación en corrección, maquetación y en resolver mis miles de dudas.

Gracias al grupo de lectoras que nunca habéis olvidado al Cretino. Él es tan vuestro como mío. Sobre todo, gracias a las que siempre estáis ahí, ya sabéis quiénes sois y que os quiero con toda mi alma.

Y, cómo no, gracias a la vida, por enseñarme, por hacerme mucho más fuerte, por darme un inicio de año lleno de sueños por cumplir. Gracias al “Musos” por inspirarme en este y otros libros que están por venir.

#Ponuncretinoentuvuda y no te arrepentirás.